consonni

María Ovelar

Suya era la noche



«María Ovelar es esa loca soñando hipersexualizada, atenazada por el mundo, por la culpa, que construye su identidad a tientas».

–Olga Novo

«Una escritura vigorosa y poética, que da cuenta de una manera novedosa de mirar». **–Clara Obligado**

«Mireia picotea el pasado como un pájaro hambriento en busca de aquello que la separó de Victoria. La piensa y la reconstruye con pasajes llenos de anhelo y también de odio y frustración. María Ovelar narra la búsqueda de la propia identidad, de las muchas que conforman a una, con una prosa orgánica y carnal que se lee y se siente».

–Silvia Hidalgo

Suya era la noche

María Ovelar (Alicante, 1982) es escritora, periodista y traductora de inglés, francés e italiano. Es profesora de escritura creativa en la Escuela Fuentetaja, autora de los poemarios *Las oceánicas* (Valparaíso Ediciones, 2021) y *Diccionario de términos eufemísticos* (Valparaíso Ediciones, 2022) y de relatos publicados en antologías y revistas. Después de trabajar durante trece años para *El País*, ha seguido colaborando con este y otros medios como *elDiario.es* o *20minutos*. Trabajó como profesora de Literatura en la India y como copy creativa. Es la fundadora del sello LaSafo, con el que organiza retiros y tertulias, y ha participado en residencias artísticas como Axóuxere o Can Serrat. Su obra explora el lenguaje como herramienta de liberación, combinando poesía, narrativa y performance. *Suya era la noche* (consonni, 2025) es su primera novela.


Fotografía: © Ben Vine

Suya era la noche

María Ovelar



Autoría **María Ovelar**
Corrección **Sonia Berger** y **Amelia Pérez**
Imagen de cubierta **Laura Pérez**
Bookwire

Edición **consonni**
Bookwire
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D
48003 Bilbao
www.consonni.org

Primera edición:
marzo de 2025, Bilbao

ISBN: 978-84-19490-59-9
Depósito legal: BI 01779-2024

Esta obra está sujeta a la licencia Creative Commons CC Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional CC BY-NC-ND 4.0. Los textos, edición, traducciones e imágenes pertenecen a sus autoras/es.

Esta obra ha recibido una ayuda a la producción editorial literaria del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

consonni es una editorial interdependiente con un espacio cultural en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo.
Ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él. Escrito en minúscula y en constante mutación, consonni es una criatura andrógina y policéfala, con los feminismos y la escucha como superpoderes. Nos la jugamos en las distancias cortas.



Suya era la noche

Índice

1987-2001. Ella

2005. Adán

2009. Vínculos

2012. Los Nuevos Vorticistas

2014. Alicante

2017. Madrid

2020. Nosotras

Agradecimientos

Con los ojos entornados, Mireia juega a dibujar en el techo escenas de su último fin de semana. Prácticamente no recuerda nada. Salir de la cama y recoger el piso le da tanta pereza que prefiere seguir fustigando su memoria con ese juego cruel. Se concentra en las olas de luz alrededor de la lámpara. Nada. En el traqueteo del furgón de la basura. Nada. En el calor que desprende la estufa. Nada. A cada fracaso por recordar lo que ocurrió, hunde más el colmillo en el labio, no le importa la herida, la prefiere a las horas sin dormir, sin poder rememorar lo que pasó el último fin de semana que salió de fiesta.

El brinco de su gato sobre el colchón la hace reaccionar. Se toca el pijama y en un acto reflejo se lleva la mano a la nariz: todavía huelen las pequeñas salpicaduras de vómito. No queda papel higiénico, ni tierra ni comida de gato, ni aguacates para el desayuno. Va siendo hora de bajar a la calle. Necesita que le dé el aire, aunque sean más de las dos de la madrugada. Al menos está abierto el Carrefour de la plaza. El armario sigue tan confundido como su mente: prendas de distinto tipo en una percha, cordones de zapatillas y botas enredados, pelo de gato y mucho polvo en las esquinas. Coge el mismo pantalón negro, las mismas Vans, el mismo bolso (dentro permanecen el monedero, las gafas de sol y el paraguas) que llevaba la última vez que salió.

La noche se le cae encima al pisar la calle. La espesa negrura de las horas en las que casi todos duermen. La soledad que siente es tan espesa que le cuesta ver sus propias manos. No se fija en el entorno, pero lo intuye: las persianas llenas de grafitis de los restaurantes; los contenedores de reciclaje cercados de cajas, botellas, bolsas, más bolsas; los bancos como crisálidas de cartón en los que duermen los vagabundos. Un veinteañero, absorto en la música que escucha, la golpea. Mireia siente el hombro palpitar. Le gustaría darse la vuelta, exigirle una disculpa, zarandearlo. Pero, en vez de eso, sigue caminando encorvada, las manos en los bolsillos.

La artificiosa claridad del súper le hiere las pupilas, así que saca las Ray-Ban del bolso y se las pone. Le cuesta elegir el tipo de papel de váter, no se aclara con el etiquetado, ¿duran más los de capa doble? Uy, pero si también los hay de triple, ¿o salen más baratos los

de toda la vida?, ¿y qué hay del reciclado?, ¿comprar un paquete de más rollos compensa? Joder, qué caros los aguacates, ¿y si los sustituye por otra cosa? No, los aguacates se quedan, por algo sigue matándose en el curro. Para Totoro, compra la tierra que no está perfumada, la otra al gato no le gusta. En la cola del súper, se arrepiente de haberse quitado el impermeable, una cara conocida, alguien de la noche, no recuerda cómo se llama, si se hubiera dejado puesto el abrigo, podría taparse con la capucha. Se cambia de fila, disimula.

Como al final ha comprado un par de cosas más, se ve obligada a aceptar una bolsa de plástico y a maldecirse por no haber cogido una de tela. Se traga la frustración medioambiental y deja que se le solidifique junto al cansancio. Cuando deja atrás a un grupo de magrebíes que escucha reggaetón desde un móvil, se fija en las farolas y se acuerda de cuánto les gustaba a Victoria y a ella sortear sus sombras cuando paseaban borrachas de madrugada.

Es en parte por Victoria por lo que no consigue dormir. Estaba tan colocada la noche en la que la echó, que solo recuerda fantasmas. Todas las veces que ha bajado a la calle desde la juerga de ese fin de semana ha sido para buscarla. La llama y no la encuentra. La busca y no aparece. Ha visitado los bares por donde salían; las terrazas donde charlaban sobre hombres; el olor a madera húmeda de las librerías de viejo de la Cuesta de Moyano; ha perseguido el cloqueo de los barriles que los repartidores giran por el adoquinado de Lavapiés y ha rastreado entre las servilletas estrujadas en el suelo de los bares; hasta debajo de las bolsas vacías de los gramos ha mirado. Pero no la encuentra. Y solo quiere llorar, porque sabe que es lo que siempre ha querido. Que Victoria desapareciera.

La quiere tanto como la odia. Gracias a Victoria, la reina del pop, la instapoet, la influencer de la que hablan cientos de personas, Mireia ha conseguido en parte lo que vino a buscar a Madrid: ser aceptada y celebrada en los círculos indies, ser deseada. Pero no es suficiente: quiere ser novelista.

Se ha jurado no drogarse. Para escribir, para editar..., necesita estar sobria: ya no se aguanta más ciega.

El olor a pis la abofetea cuando abre la puerta de casa, así que lo primero que hace es cambiar la tierra del gato, que en seguida la estrena. Recoge la caca con una pala y la tira por el váter. El sonido del agua centrifugándose por el agujero la imanta. Se queda ahí parada incluso cuando el váter se ha tragado la deposición. Permanece quieta ante el vacío como tantas otras veces; inmóvil, como cuando se ha pasado con la coca o el spid y las palabras no le salen. Pero debe seguir. Se ha prometido cambiar.

Tras prepararse un té de jengibre y unas tostadas de aguacate, se enfrenta al escritorio armada con la bandeja de comida. Mientras el ordenador arranca, ojea el manuscrito donde ha compilado textos sobre Victoria, que escribe cuando llega borracha a casa y que no sabe cómo estructurar. No solo quiere lanzárselo al mundo, quiere contárselo a sí misma. Escribir sobre su amiga es su terapia. Y su venganza: la quiere tanto como la detesta.
Ella tuvo toda la culpa.

Aquel after no tuvo nada de especial: desconocidos entrando y saliendo, corrillos en la cocina; vecinos timbrando cabreados, Suertes filosofando, y el resto, un carrusel de graznidos y bailes. Mireia vuelve a tocar los rayos de sol que perforan la amplia ventana, el humo del tabaco en su lento avanzar por las paredes entre carteles de películas de Hitchcock. Las risas bailan apareadas con los latidos de la música electrónica y alguien grita «lárgate», «lárgate».

Quien grita es Mireia.

Pero eso fue al final, eso fue al final de la fiesta. Mireia necesita saber qué pasó antes. Borra el último párrafo y vuelve a empezar.

Cuando regresa a la fiesta, ha amanecido de nuevo, y parece que el piso ha virado al este. Tambaleante, con los ojos achinados, evalúa su posición desde la ventana, ¿pero el piso no se encontraba en la plaza Dos de Mayo, entre una pizzería y un chino? Cuando abre una de las hojas y asoma la cabeza, no capta más que ralladuras, como si los árboles de la acera acabaran de ser repintados. Por fin,

entiende: se encuentran en una zona fronteriza, en un espacio sin tiempo.

A sus espaldas, la gente le ríe las gracias a un solista que ha tocado en el festival, pero este solo se fija en Victoria. La ha perseguido por cada rincón de ese ático en el que las plantas secas se retuercen hartas de que los invitados las rieguen con alcohol. Victoria, cansada del asedio, hace un parón para ladrar obviedades al oído de Mireia: deja de pensar en el libro, Mire, que estamos de fiesta. Va, tómate una, y le pone una pastilla en la boca. A Mireia le cuesta decidirse: mira la pastilla con aprensión. A su alrededor, todos parecen divertirse; necesita ser una más; desconectar de su timidez, diluirla en lo físico.

Después de gatear por suelos movedizos, la lengua pastosa, Mireia observa nuevamente por la ventana: tal vez la casa ha estado siempre tan al este, pero sus límites se han ensanchado; sin duda, se perfila más grande. ¿Y Victoria? No para, Victoria no para, derrama whisky, grita con la voz astillada, se disfraza con el vestido de las apariencias, ese contestar al interlocutor exactamente lo que quiere oír, para dejarlo con la palabra en la boca cuando se encapricha de otra atracción más estimulante. Victoria ya la está empujando para que se siente en el corrillo que se ha montado alrededor de Suertes. Mireia obedece; admira al cincuentón, siempre tan perspicaz como si no estuviera drogado. Victoria le trae un chupito y Suertes se lo bebe. Victoria le alarga un cedé y Suertes esnifa.

A la pregunta de a qué se dedica que le hace un chico, Suertes contesta que ejerce de cliente de su camello. «Nadie nos obliga a drogarnos», sigue perorando, «nadie nos obliga a consumir este producto libre, puro, sin marketing. Pero aquí estamos, con dos gramos como dos soles y un regalito. ¿Que a qué nos puede llevar? A comer techo el martes, pero estamos a domingo. ¿Que por qué soy un buen cliente*?* Porque cumplo. Yo pago y el dealer me da. Llama, bajo y subo con dos papelas de alegría. Porque la coca es un tablao flamenco; el duende que da. La coca es un festival; el ambientazo que da. La vida no es un horario; la vida son los camellos, que te engañen, el murmullo».

Suertes es calvo, sus fosas nasales casi tan grandes como sus gafas de pasta. «¿Por qué no irás al festival de Alburquerque?», le pregunta el mismo chico. «Porque me lo han prohibido mi psicóloga y mi dealer. Además, ¿para qué ir pudiendo leer a Elvira Sastre o a Victoria Sanz en casa? ¿A quién se le ocurre escribir bajo un pseudónimo tan normalito como ese, Victoria Sanz? El fenómeno poetuitero, eso sí es un producto de marketing, no la coca. ¿Pero es capaz el poetuiterismo de darte el subidón de la coca? Por supuesto que no. Leopoldo María Panero, eso sí que es droga, pero eso no vende, porque en España solo vende el Valium, la sensiblería fácil». A pesar de que a Mireia le ponen hasta sus comas, no puede evitar sentirse molesta; se han reído de Victoria. Pero en vez de defenderla, sonríe ridícula y coge el cedé que le alargan.

Tal vez no deba aceptar, ¿qué es? ¿una raya de metox?, ¿spid?, ¿ketamina?, y Victoria le arrebata el cedé y se la mete primero.

Mireia no logra hablar, tal es el ciclón de palabras que le bombardean los oídos. Vuelve a gatear por paredes acuosas, y el aire se le hace sal; y la luz, arena, y se siente mal, como un personaje de la novela que está escribiendo.

Es entonces cuando Victoria erupciona. Le da un beso de tornillo a Suertes, vuelca una copa y tira el cenicero de cristal que se quiebra con el chisporroteo de un horno de residuos industriales. Su ex la abronca, y el cantante se bambolea con la risa contenida. Mireia siente esa explosión en el pecho y entonces se lo dice: «Lárgate, Victoria, lárgate». Cuando Mireia despega los labios para explicarse, para decir por qué la odia, es como si intentara hablar en un sueño: solo surge una voz estrangulada. Al sentir los gestos de desaprobación y las miradas de burla, Mireia se hace bola como aquellos bichitos a los que fastidiaba de pequeña.

Con el pijama puesto, Mireia cierra el ordenador. Camina zigzagueante por la casa. Confía en que andar ordenará sus ideas.

Piensas en ella.

La reina del pop, la instapoet, la influencer.

Quieres descubrir por qué la has acabado por odiar.

Mireia también detestó a Victoria, pero jamás quiso que su anhelo de hacerla desaparecer se hiciera realidad. Sabe que la echará de menos: Victoria se lo ha enseñado todo, a disimular lo puesta que va, a aparentar interés cuando habla con pesados, a fingir un orgasmo, a sobrevivir en Madrid. Pero Mireia quiere cambiar de vida, y para ello es fundamental que no vuelva a quedar con su amiga.

Victoria, la impenetrable, para alcanzarla sería necesario destruir edificios de cristal, prejuicios, habladurías; Victoria, la puta, tantas veces lo han repetido. La impredecible, que debió acompañarse con instrucciones de uso. La borde que engarzaba comentarios traviesos para desequilibrar a las niñas bien que se le acercaban y que ella detestaba: «A ver si te enteras, tu novio quiere follarme».

Victoria, la bocazas.

Mireia conoce bien los secretos de Victoria. Lo que no le contó ella, lo leyó en sus diarios. Todo ese material le sirve para escribir. Pero hay tanto que no entiende, tantas lagunas en su historia… No es solo que se pasaran con las drogas. Hay tanto que el inconsciente decidió olvidar. Mireia se siente como en un pantano después de una tormenta, con el barro hasta las rodillas. Le da miedo su imagen con los brazos removiendo el fango.

Aun así, decide empezar por el principio.

1987-2001
Ella

Victoria fue una niña imaginativa, con la cabeza siempre en otro lugar. Una actitud que se recrudeció cuando su familia se mudó a Alicante. Como no la aceptaron ni en la escuela ni en la *urba*, se inventó presencias –tantos amigos invisibles– a las que contó secretos y que, a cambio, la acompañaron en mil aventuras: lucharon contra la Nada para evitar el colapso de la imaginación, viajaron a Nunca Jamás, treparon a los pupitres al grito de *Oh capitán, mi capitán,* se empoderaron contribuyendo a la manutención de la familia publicando relatos durante la Guerra de Secesión americana y escribieron una novela a máquina en un rollo de papel kilométrico después de recorrer en coche la Ruta 66.

Sus profesores perdían la paciencia porque le era difícil rentabilizar los libros que devoraba: «¡Niña, vuelve!». Al ser incapaz de aplicar su obsesión por la lectura en nada que los adultos consideraran provechoso, fuera de la ficción se cohibía. Andaba encorvada y respiraba muy bajito, no fuera a ser que alguien advirtiera su presencia.

No solo la embrujaron los libros: Victoria saltó dentro de los cuadros y se coloreó de pintura, memorizó canciones para recitarlas como sortilegios. Abría gruesos tomos de arte para perderse en las reproducciones de Derain, Millais o Kokoschka, saltando del puente Waterloo sobre el río Támesis, navegando de espaldas cubierta de flores y evaporándose como si fuera agua, convertida en la novia del viento. Halló consuelo en la música, en discos que gustaban a personas que le doblaban la edad.

Sus padres pensaron que era tonta. «Niña, ni las letras del abecedario retienes, de un día para otro se te olvidan».

¿Por eso aprendiste un océano de palabras?, ¿para destacar? ¿Por eso proyectaste con ellas una fortaleza?

Victoria aprendió a leer y escribir a la misma edad que los otros niños; pero pasó mucho más tiempo que ellos sola, arrebujada entre las páginas. Tanto creer en la magia, la hizo digna de un secreto: los objetos fantásticos existían. Gracias a un amuleto, despuntó en algo. Ganó algún concurso literario en la escuela y un par de galardones locales.

El amuleto se lo regalaron sus padres la primera vez que inspeccionaron el Mediterráneo en busca de una residencia, antes de que cambiaran el frío y la morriña de Galicia, por el calor y la mascletà de Alicante. Su madre, originaria de Madrid, se había mudado a O' Barqueiro por amor. Su padre, de ese pueblo de pescadores, de cruceiros musgosos y gatos somnolientos, tiene el olfato de un marino y lo encontró en una cala del Cabo de las Huertas; tal vez en Los Judíos, en La Palmera o en Cantalar. Victoria todavía lo recuerda, susurrándole: «Es una caracola especial, pero para que funcione, debes creer en su magia».

Las estanterías llenas de pulseras, caballitos de mar y la caracola mutante. Mutante porque encogía y crecía: Victoria se refugió dentro de su agujero muchísimas veces. Con su tamaño natural, se la ponía en el oído: su rumor la animaba frente a la cacofonía del mundo. El continente anunciaba un poder insólito; cuando la concha se trasparentaba, empezaba lo bueno: sus fantasías se teñían de realidad, y Victoria saltaba al otro lado. Antes incluso de descubrir sus poderes, le reservó el mejor sitio: al lado de una cajita de música en la que el Principito giraba y giraba corriendo detrás de una rosa. Luego la acompañarían los discos de los Smiths y las obras completas de Oscar Wilde.

La vida es una sucesión de episodios que el mar borra. Sin embargo, algunas experiencias suenan en bucle como la canción del verano.

Los golpes duelen y las lágrimas de Victoria se pierden bajo el mar. En la superficie, las figuras de sus vecinas se funden en manchas de luz. Agitan las piernas en el agua, seguras de su lugar en el mundo. Mientras intuye sus burlas, Victoria aguanta la respiración. Solo la caracola podría ayudarla, pero la han arrojado al fondo del mar. La llama en su cabeza: «¡Caracola! ¡Caracola! ¿Dónde estás?». Por respuesta, las amenazas de sus vecinas, que escucha

amortiguadas por el peso del mar. Para no rozar sus pies, Victoria se enrosca más en el agua. Le empieza a faltar el aire.

Tampoco después de esa crueldad dirá nada. Ella nunca se lo cuenta a nadie. Ni a sus padres, ni a su hermano Abraham, ni a la tía Sara. Cuando sus vecinas la tiran de la bicicleta, y las piedras se le incrustan en las rodillas. Cuando la llaman gorda. Cuando en son de paz la invitan a jugar y la animan a andar descalza –mira, nosotras también vamos descalzas, es un juego– por un sendero de césped que han minado de clavos; cuando Óscar, piernas morenas, el pelo verde de tanto cloro, la convence para seguirlo al cuarto de baño. Aquel trozo de carne roja entre sus piernas. Nunca dice nada. ¿Qué te ha pasado? Me he caído; es por un libro muy triste; no tengo hambre, me voy a mi cuarto. Sus padres están siempre muy ocupados; su hermano Abraham, en los recreativos. Antes de decírselo a la tía Sara, preferiría morir. Victoria se come la vergüenza.

La caracola flota encima de unas algas con la consistencia de un holograma: Victoria intenta nadar hacia ella, pero los trescientos soldados que galopan en sus pulmones se lo impiden. Siente cómo las células se desprenden de las yemas. El techo de agua la oprime y es el instinto de supervivencia el que actúa. Victoria patalea hacia arriba.

Los rayos le succionan las perlas de agua en el rostro. Las niñas piraña la rodean entre risas. Les brillan los dientes y del pelo les irradian esquirlas verdes. Victoria cierra los ojos y reza; ¡ojalá me dejen!, pero, en vez de eso, insisten con más aguadillas. Traga agua. Traga agua. Traga agua.

Así que se sumerge y lo intenta de nuevo. Pero cuando se aproxima, la caracola desaparece, como si no existieran caminos hacia ella. Solo la ve cuando se aleja. De repente, una corriente se la lleva y la pierde de vista. Recuerda los momentos que han compartido, los premios de escritura que le ha ayudado a ganar –el orgullo en los ojos de sus padres–, las fuerzas que le ha dado cuando nada salía a derechas. Tal es la mirada de odio con la que Victoria fulmina a sus vecinas al salir a flote, que ninguna se atreve a acercarse a ella. Y entonces, la dejan tranquila.

Tanto tiempo soñando con entrar en el Club y por fin, con quince años, Victoria peregrinó al local de moda de Madrid con su hermano Abraham, su amigo Jordi y sus dos mejores amigas. Cuando la inundó la música, los poros se le abrieron todos a la vez. No era una discoteca muy grande, las canciones sonaban saturadas, estaba bastante sucia y el mobiliario, cascado. Pero era el Club.

Los chicos bailaban ceñidos en chaquetas estampadas con el tapizado de la abuela que poco o nada combinaba con el de las camisas. Del cuello, olor a naftalina; lirios, del bolsillo trasero. Lo que más le fascinaba a Victoria era la cualidad translúcida, la superioridad wertheriana de esos chicos. Sus siluetas escalando paredes en un sueño de Orfeo. Flácidos, los bautizó su hermano Abraham nada más verlos. «¡No entiendo qué les veis!, recuerdan a las anguilas, parecen un hilillo de leche cayendo en un vaso, sin músculos, sin melanina… ¡Son unos flácidos!». Y con la voz cargada de intenciones, había rematado: «¿En serio os gusta eso?». Pati y Claudia asintieron divertidas. Victoria calló.

«¿Eso es para vosotras el amor?, ¿una pose?, ¿solo os gusta alguien por su estética?». Pati y Claudia ignoraron la bofetada de preguntas; Victoria ladeó la cabeza y sintió su pelo corto. Pasó los dedos entre los rizos, como si así pudiera arreglar el desaguisado que no habían podido solucionar en la peluquería después de que se cortara el pelo largo con unas tijeras de cocina.

No solo estaba nerviosa por estrenarse en el Club. En aquella época, se sentía ridícula al lado de alguien que le caía bien. Y Jordi, el bajista del grupo de música de su hermano, le caía mejor que bien. Jordi compartía rasgos con los habituales del Club. Siempre ligando a través del flequillo mientras rasgaba el bajo con un cigarro entre las cuerdas. Hacía un año, al saludarse, acercaron tanto las comisuras que prácticamente se besaron. A partir de entonces, Jordi le hizo más caso, le pasaba casetes, le hablaba de cine, pero luego se olvidó de ella, como la gente se olvidaba entonces de ella: sin malicia. Aun así, Victoria prefería a los chicos mayores. Los de su edad eran unos *pardals* que fingían todo el rato y a los que no les interesaban los grupos ni los libros que le encantaban a Victoria.

Te imagino evaluándote en los espejos que había en una de las paredes del Club.

No te gustabas; estabas rellenita.

Una chica con un top muy escotado pasó a su lado. A Victoria le habría gustado llevar uno igual, pero si lo hubiera hecho, se le habrían salido dos rolletes de grasa. Analizó a los flácidos: gesticulaban como si posaran para la sesión de promoción de un disco. Su hermano estaba en lo cierto: eso era el amor para ella. Años más tarde, le daría la razón en otra cosa. Todo había sido tan caricaturesco que si hubiera tocado a los flácidos, se habrían vertido en el suelo metamorfoseados en leche. Abraham los despreciaba: «¡Cuánta pose! ¡Cuánto niño pijo!». Y Jordi le seguía la corriente: «Seguro que la mitad jura que estuvo en el festival de Benicàssim en el momento en el que se cayó el escenario encima de Urusei Yatsura». «Y la otra mitad», secundó Abraham, «doce años antes en el Paseo de Camoens viendo a los Smiths». «Y vosotras», completó Jordi, «os lo creerías, claro».

Una parte de Victoria quería complacer a su hermano y, de paso, gustar a Jordi; la otra quería un flácido. Entonces lo vio. Con el *look* bohemio estudiado al milímetro y esa maraña de pelo arreglada, fumaba sin parar. Era alto, muy alto. Victoria deseó que la mirara. Cerró los ojos para desearlo fuerte, muy fuerte. Pero cuando los abrió, su nuevo amor estaba concentrado en el fondo de su copa.

¿Y por qué no caminaste hacia él?

Era demasiado consciente de su imagen, la rellenita de pelo indomable. Le daba corte pasear con la cabeza de la Medusa. En aquella época triunfaba el pelo liso, y a ella nadie le había avisado de que al cortárselo, los rizos se le bufarían y no habría manera de disimular la cara de bollo.

Se suponía que estaba preparada para el Club, aquella discoteca de paredes rosas y negras atravesadas por tuberías y cables. Su hermano le había enseñado todo lo que debía saber: reconocer a los dos segundos una canción –un examen al que la sometía cuando la recogía de clase en coche–; identificar en función *mute* la banda por un videoclip; facilitar que le desabrocharan con una mano el sujetador; no negarse si era un hombre quien se lo pedía.

Todas aquellas lecciones sobre música, cuando ella lo único que quería era oírle decir te quiero; todas aquellas carreras a la tienda de discos a ver quién conseguía la novedad que valía la pena, cuando ella lo único que quería era saber cómo amaba su hermano, qué le había hecho sufrir antes de que ella llegara. Todas aquellas preguntas sobre la Nouvelle Vague, todo ese mi hermana es igual que yo, pero con tetas –con lo plana que se sentía–; ese he creado un monstruo, cuando ella lo único que quería era conocerlo.

Y cuando no quisiste que fuera su mano la que meciera la cuna, Abraham te abandonó.

«¿Nos piramos? Vamos a cualquier bar punk», propuso Abraham. Pati, un *piercing* en la barbilla, otro en la ceja, lo miró resentida. Soñaba con ser actriz y, aparte de flácidos, fichaba actores que estaba segura no saldrían por los bares que le gustaban a Abraham. «¿Dónde está la alemana?», preguntó este. Al percatarse de la sonrisa de Pati, Victoria empequeñeció:

¿Qué sabía ella que tú no sabías?

Pati sorbió el Martini con limón: «En el baño. Es que ha ligado». Abraham, abriendo mucho los ojos: «Flipo, jamás pensé que los flácidos se las gastaran así». Pati, una risa caótica: «¡No!, ¡qué va! No se han encerrado juntos, fotre».

«¿Pero entonces? ¿Se está retocando?».

«Tampoco», contestó Pati al tiempo que jugaba con el *piercing* de la ceja. Nerviosa, Victoria le robó el Martini. En su cabeza visualizó a Claudia –el cabello rubio y liso, los ojos azules, las tetas grandes–, que era española pero a la que en un empacho de estereotipismo, llamaban «la alemana».

Jordi, intrigado: «¿La alemana se droga?». Y Pati, que no, que no os voy a decir lo que…; y Victoria, que al instante supuso: «¡Se está quitando la faja!, ¡se está quitando la faja!». Por fin, los tres la miraron: Pati con el gesto torcido; Abraham, bufón; y Jordi, pensativo.

Imaginó a Claudia en el baño haciendo malabares con el suelo lleno de alcohol y vómito para quitarse la faja. Se esforzaban en gustar a los hombres, como si su valía dependiera del deseo que

pudieran inspirarles, como si su existencia solo se debiera a eso. *Fuimos unas tontas.*

Entonces, Victoria se sintió observada y cazó al fumador. La estaba evaluando.

Se estremeció.

Tuvo la impresión de ser; como si esa mirada la completara, como si esa mirada le devolviera su identidad.

«¿Lista para ser palpada?», se mofó Abraham cuando tuvo a Claudia enfrente. Nadie sabía imprimir tanta burla en una sonrisa como él. Pati negó con la cabeza. Yo no he tenido nada que ver, parecía excusarse. La alemana pulverizó a Victoria con los ojos. Esta se sintió tan culpable que el corazón le pesó tanto como para hundirla en el suelo.

Pati dio un paso en dirección a la barra y al ver que Claudia no la seguía, la tironeó del brazo. El ceño fruncido, la alemana dudó un momento, antes de dar la espalda a Victoria. Subieron los peldaños hasta la barra y aceptaron la copa que el chico espigado, el chico alto del fondo, les ofrecía.

No puede ser.

Pero sí que podía ser. Victoria empezó a avanzar, pero la conciencia de que sus andares serían más torpes que nunca se lo impidió. Reclamó la solidaridad de su hermano, pero él ni la veía, tan ocupado estaba fichando flácidas.

Había escuchado tanto hablar sobre ellos que durante todo el día la emoción le reptó por el esófago: tocaban en bandas pop y escribían en revistas alternativas. Hablaban hasta desfallecer de las películas que Victoria había descubierto en el único cine en versión original de Alicante. Charlaban de música citando a productores, y sabían quiénes eran los fotógrafos Martin Parr y Ouka Lele.

Victoria ansiaba tanto pertenecer a su tribu que tropezó varias veces antes de alcanzar la segunda planta de El Camino. Ese era uno de los bares de la época de la Movida donde se reunían antes de ir al Club aquellos seres con pinta de artistas que Victoria admiraba.

Los había espiado muchas veces desde la barra, de puntillas y sacando pecho. Por fin, la habían invitado a tomar algo.

Sonaban The Dandy Warhols, olía a One de Calvin Klein y a cerveza. ¿Cuántas veces había estudiado los pósteres de los conciertos que forraban las paredes? ¿Cuántas había soñado con ir a esos conciertos cuando vivía en Alicante? Algo había cambiado desde que se había mudado a la capital. Ahora los hombres la miraban con ganas y las mujeres con envidia. Todavía no se lo creía demasiado, como si su recién estrenada belleza, como si la admiración que provocaba, fuera a desvanecerse de repente.

Ya no era el bicho raro. No tenía cara de bollo, su silueta se había afinado. Por favor, por favor, quiero ser guapa e inteligente, por favor, por favor, había rezado cada noche en Alicante, *pero hay más lágrimas derramadas por las plegarias atendidas que por las no atendidas*.

Amaba los apartados con sofás de la entrada; pero era en los de la segunda planta donde se sentaban ellos. Respiró desde la boca del estómago antes de subir las escaleras. No se atrevió a soltar el pasamanos, así que, en vez de despegarse sin más, lo utilizó como impulso. Apretó los dientes y se dijo, hacia delante, que eres Victoria.

Los localizó en un en un rincón con sillones resquebrajados. Todos se parecían un poco: pitillos y camisas de franela, ellos; vestidos con zapatillas, ellas. Al día siguiente, Victoria se cortaría el flequillo en cortina como ellas, se compraría unas Adidas Gazelle y empezaría a fumar.

Más tarde, no solo los recordaría a ellos, su actitud, sus aires de grandeza. Los espejos le devolvieron la réplica exacta que hasta entonces había guardado de sí misma: una chica tímida de provincias, de melena alisada, que se esforzaba por gustar, por caer bien. Ni guapa ni fea. No demasiado interesante. *¿Cómo pretendías seducir si no te gustabas a ti misma? ¿Cómo pretendías saber lo que realmente querías?*

Un chico delgado, un flácido hermoso la miró con deseo al pasar, y le sonrió. Victoria creció con el orgullo de los girasoles. Antes de sentarse con sus nuevos amigos, el chico le dijo, «Guapa». *Por*

primera vez en la vida, te lo creíste. Jugaste con unos mechones de pelo y me perdiste un poco más.

Era la época en la que se fumaba en los bares, Victoria siempre había odiado que se le impregnara en la ropa, en el pelo, pero ahora quería aparearse con el humo. Coque jugaba con un paquete, lo hacía girar sobre la mesa. En aquel momento era el dueño de un pequeño imperio pop, su sello La Pista era una fábrica de hacer talentos. Victoria pensó en aquellos niños a los que les cambia la voz demasiado pronto. Era un adulto encapsulado en el cuerpo rechoncho de un niño. Después de besar a Victoria en las comisuras, Coque se deslizó hacia un lado para hacerle hueco y dio unas palmaditas en el asiento que había quedado libre.

Victoria demostró sabérselas todas. Las canciones que pinchaban en El Camino, las anécdotas de grabación, los amoríos de los cantantes. Felipe, el dueño del Club y una leyenda de la Movida, se sentó a tomarse una en su mesa. Refrendó sus posturas coloreándolas con detalles. Aquello era nuevo para ella, relacionarse con músicos llamándolos por su nombre, tratarlos como si ellos también tuvieran malos días. Se les notaba entusiasmados. Había logrado intrigarlos. Menos la guapísima, jovencísima y delgadísima novia de Coque, todos la escuchaban con interés. La novia de Coque no solo la miraba con recelo. Se las apañaba para interrumpirla, para hablar más alto, para ignorarla.

«¿Habéis leído *Éramos unos niños?* Patti Smith quería ser artista, pero nunca pensó que terminaría siendo cantante…».

«Mirad, están poniendo el videoclip de los Fresones».

O:

«Mi hermano mayor toca en…».

«¡Vámonos ya al Club!».

Tanta interrupción le bloqueó la garganta. Buscando sosiego, miró hacia un lado. El flácido levantó la copa en señal de brindis desde su mesa y la bola se desvaneció.

Entonces, Coque le ofreció un cuarto de pastilla. Pero a ella le asustaba ese tipo de drogas. Temía que sabotearan su inteligencia. La rechazó con suavidad, como si estuviera arrullando a un bebé. Por desviar la atención, les preguntó si hacía mucho que se

conocían. «Algunos sí, otros no tanto. De todos modos, aquí antes o después todos nos liamos con todos. Si alguien tuviera algo lo habríamos pillado ya». Y entre sus risas, Victoria insistió. «¿Y ese *todos* cuánto es? ¿Todo Malasaña?».

Tú todavía eras virgen.

«Pues sí, todo Malasaña, pero solo Malasaña. No nos gustan las de provincias». Después de pronunciar aquello, la novia de Coque golpeó el whisky de Victoria. Y con el gesto le arruinó el top. Coque trajo de la barra un paño para secarla. Se tomó su tiempo, apretándolo contra el estómago, tsi, tsi, tsi; despegando el minúsculo tejido de la piel de Victoria, los dedos como chorizos ensartándose hacia las tetas. Mientras Victoria se dejaba hacer, se fijó en la camisa de Coque: de tan apretada, le había reventado un botón.

Te limitaste a sonreír, porque sonreír era siempre la respuesta correcta.

Coque le tendió nuevamente un cuarto de pastilla. Victoria recordó su propósito. Se había mudado a la capital para *proustificar*, para subir en la escala social como Proust. Para que hablaran de ella como Victoria, *querías ser guapa, lista, deseable.*

Tragó el trocito.

Una ira antigua se extendió por su pecho como el aceite. Con los ojos en los de la novia de Coque, Victoria bebió de su copa. Cuando ya se había saciado, la apoyó a su altura y con un dedo se la tiró encima. La sonrisa no tardó en subírsele a la boca. Cuando la novia de Coque se levantó, Victoria pudo regodearse viendo caer los hielos al suelo. Aquellos redondeles justo en la zona de la vulva. Con la voz firme, Victoria soltó. «Si te descuidas, acabaré siendo más de aquí que tú».

2005
Adán

Desde que un cliente abandonó su abrigo en la escultura, al bar se lo conoce como la Venus de la Gabardina. Por la mañana, los abuelos mojan churros en el café; por la noche, treintañeros y cuarentones beben copas tiradas de precio mientras un DJ pincha al lado de la tele apagada.

Acostumbrada a traducir la inscripción que se lee en el pedestal de la estatua, Victoria sentencia: «*Cave Amantem*: *desconfía de quien te ama;* aunque también podría ser, *ten cuidado si te ama*». Adán contesta: «Imposible. Son demasiadas palabras para tan poco texto». Victoria rechina los dientes, porque no solo no lo ha impresionado. Desde que entraron al bar, no ha compartido más de quince minutos con su amante. Y ahora sus «amichis», así los llama Adán, «amichis», lo reclaman. De vez en cuando lo mira incrédula: quiere comprobar que sigue ahí, que ese hombre de ojos verdes la acompaña. Le recuerda a las reproducciones de esculturas romanas que veía de pequeña en la enciclopedia *Historia Universal del Arte*. Tiene el pelo largo y rizado, quince años más que ella y un aire a su hermano Abraham.

La primera vez que lo vio, sus ojos se combaron con su cuerpo, como si él los torneara. El mundo fueron sus bambas, sus vaqueros gastados y su camisa negra. Ahora él la mira y todo es él. Pero algo no termina de funcionar: no puede ser bueno sentir que se le achica el aire cuando él se acerca. Su atmósfera la inquieta, como si fuera la protagonista de un cuento siniestro. Hay algo en Adán que la imanta; pero a veces, ese mismo algo la frena. En los círculos indies, Adán es famoso por sus deslenguadas reseñas con las que ha destronado a grupos y modificado el ritmo de la música. Ha entrevistado a PJ Harvey, David Bowie o Haruomi Hosono. Esto a Victoria le pone. Aunque no tanto como el misterio de su silencio. No

saber si quiere realmente estar con ella o solo está pasando el rato. Ya ha sido la peonza de su hermano y es adicta a que la hagan girar.

Adán no le retira la mano cuando ella se la aprieta y bajan las escaleras. Pero en cuanto se encuentra con los amichis, se encierra con ellos en el baño y la deja sola. Victoria podría disfrutar de la noche con Pati o con otro amante, podría ir gratis a un concierto, dejarse invitar a una copa por un conocido, pero lo quiere a él. Se fija en el lavamanos desportillado, en la suciedad hacia el desagüe. Piensa en Boris Vian y una anguila asoma la cabeza. Lo que sucede luego la turba aún más: a su espalda, un escalofrío de sílabas; *Tu chico es bello, pero carente de sensibilidad.* Se gira. Nada. Las drogas le agitan el cerebro, como si asistiera a la llegada de un terremoto a cámara lenta. Respira desde la boca del estómago. Suspira.

Busca refugio en sus zapatillas desgastadas hasta que nota un dedo en el hombro. Es Adán que, sonriente, le entrega una bolsita: «Te espero fuera». Victoria no le mira a los ojos ni se gira después de enfilar al aseo: no quiere que él se dé cuenta de cuánto la convulsiona su presencia.

La puerta bombardeada de pegatinas de discotecas que ya conoce, pero también de centros sociales a los que le gustaría ir pero a los que nunca irá; la muralla de ruido que a ratos le parece que va a tirar la puerta abajo: están pinchando temazos de los 80, *Pale Shelter* de Tears for Fears, *How can I be sure?, for all you say you keep me waiting, I asked for more and more, when you don't give me love, you gave me pale shelter,* pero ella no se percata del vaticinio de la letra. Dispone las herramientas sobre la tapa del váter: la bolsita, la tarjeta, el turulo. Limpia la superficie con papel y sirve un montículo. Pica, pica, pica. Acerca el turulo y recuerda que, nada más estrenarse como cocainómana, lo apretaba para sabotearse, para que no subiera la coca. «¡La niña no sabe drogarse, la niña no sabe drogarse, la niña no sabe drogarse!», la juzgaban entre risas. Pero ahora la niña sabe perfectamente cómo narcotizarse.

Al salir, suspira de nuevo: ni rastro de Adán. Encima, de tantos cuerpos que bajan, toca subir remando a contracorriente. Cansada,

se apea al lado de la Venus.

Un veinteañero rubio y atractivo, uno de esos que como Victoria suman cientos de seguidores en MySpace y Fotolog, se acerca con sus ansias de pasárselo bien, de ser famoso. Agita tanto las manos, que parece que son ellas y no su voz las que hablan. Es delgado y la nuez en su cuello sube y baja espoleando el deseo de Victoria. Ella disimula los días de farra como puede: «A los camareros», dice, «solo les falta escoltarnos al baño, preparar las rayas y sujetarnos el turulo». El chico rubio anota su número de teléfono, y mientras está tecleando, ella nota la presión en la mano. Es Adán el que se la agarra; ¿de dónde sale este ahora? El aire entre los tres se petrifica. Victoria siente una daga descender por la espalda. *¿Es que no te valen estas señales para salir huyendo?* Si tan solo no la succionara un abismo al compartir espacio con Adán. El veinteañero se marcha; ha comprendido que a Victoria su presencia no le importa tanto como la de Adán.

Bajo la atenta mirada de la Venus de la Gabardina, Victoria y Adán se besan. Los labios de su amante son suaves, los gestos, no tanto. A Adán le gusta rasgarle las uñas pintadas, recorrer la superficie lisa del esmalte rojo con las suyas, marcarla con leves hendiduras. «¿Qué es esto?», pregunta mientras juega con un anillo que Victoria luce en el anular. «¿Esto?», repite ella. «Sí», insiste Adán. «Me lo regaló Pati», contesta ella apretándose más a él. Y Adán también se marcha. Por supuesto, él no le dice nada antes de girarse y marchar. Él es así, *lo excusas,* es su naturaleza.

Mientras gira y gira el cuarzo del anillo, Victoria piensa en su relación. Lo tienen todo en contra. Adán, con una novia estable que desaprueba las relaciones abiertas. Y, ella con una compañera que sí que las aprueba, pero que no aguanta que se líe con monógamos con novia.

¿Cómo se te ocurrió convertir a Pati, tu amiga de la infancia, en pareja? Menuda locura. Cualquiera diría que lo hiciste para vengarte de lo mal que te lo hicieron pasar cuando no eras deseable. Y ahora la venganza, tu reino de chica deseada se te vuelve en contra. Creíste que empezaba lo bueno, y ahí fue cuando se empezó a torcer.

Mientras Victoria reflexiona, lo busca entre los habituales. Con los ojos entornados, todos aquellos seres que tanto se esfuerzan por ganarle la partida al hastío no son más que chiribitas. De nuevo, la voz, *Es viernes, el día de Venus, fecha desaconsejada para enamorarse.* Se esfuerza en reconocer a su dueña en las facciones sonámbulas, pero solo reconoce la de Coque.

«¿Qué te pasa? Cualquiera diría que has visto a un muerto». A Victoria le sorprende soportar su presencia. «Lo estás pasando tan positivamente bien que no has pasado por casa, ¿eh?», dice. Victoria le contesta con tonterías, hasta que Coque la interrumpe: «Honestamente, me alegro que no te importe lo de ayer, iba muy tajado».

Coque se da cuenta de que ha perdido su atención: los ojos de Victoria son de Adán que con paso firme se acerca. Los huesos de Adán, su silueta esculpida, se le clavan. Y ella necesita meterse en su carne. En cierto modo, desea ser él. Inflar sus pectorales, alzarse sobre sus piernas de atleta, juzgar desde sus ojos verdes.

«No deberías estar con ese tío, reconozco que ayer me pasé mostrando mi disconformidad. Como no me haces caso, que sepas que soy una tumba», le susurra Coque a Victoria, y escapa justo antes de que Adán los alcance.

Quiere besar a Adán, pero ha aprendido la lección, así que alza la mano y Felipe, el propietario del Club, que no deja de hacerle favores desde que se conocieron aquella tarde en El Camino, se acerca. Y cuanto más acompañada está Victoria, cuanto más se rodea, más la busca Adán. Victoria pone coto a su deseo; es rápida, acumula experiencia. *Puedes jugar, te dices.* Sabe cómo hacerlo. No vaticina que el juego terminará controlándola a ella.

Victoria se enrolló con Coque porque pensó que le debía algo. Coque la había ayudado al llegar a Madrid, le había presentado a gente, había publicado el primer disco de su banda, los había enchufado en festivales. Ceder a sus avances era lo que se esperaba de ella. Además, su amigo no estaba pasando un buen momento: la discográfica acumulaba cada vez más pérdidas.

No quería repetir, pero él la asediaba a llamadas, le proponía planes; le ofrecía gramos, vino, champán. Actuaba como un novio celoso. *No te molestaba sentirte deseada. Ignorabas que el deseo es un incendio.* Incontrolable. Voraz. Asesino. Basta poco para desatarlo.

A Victoria le contaron tantas veces cómo se sintió Coque cuando ella se lió con Adán, que su versión le incendia la memoria.

Victoria, descalza, el pelo revuelto, la cabeza sobre el regazo de Adán.

–Era mi after, mi casa y ella ligaba.

Adán le acariciaba la barbilla, el escote, los senos.

–Con ese fantoche, ese cuentista, ese fucker con novia, y yo que había creído que ese día, y yo que había confiado que esa madrugada.

Pero Victoria siguió a lo suyo mientras Coque largaba disco tras disco y la observaba con una mueca de reproche.

–Cada vez que intenté acercarme, me sentí rechazado. Parecía molesta; ¡pero si yo no le había hecho nada!

Antes de recostarse en el sofá, Victoria había dejado resbalar una copa, se le había escapado entre los dedos, esas serpientes translúcidas. El burbon y los hielos estrellándose la retrotrajeron a peleas con exparejas.

–Lo limpié yo; ni perdón, ni lo siento. Me ignoraba, ¿acaso no había estado conmigo en idéntica postura en ese mismo sofá hacía unas semanas? Todavía guardo la foto; ella, con un moño alto, envuelta en el humo que expele por la boca –y de repente, se vendía barato a aquel fucker.

La lengua se acartonaba, así que, para espabilarla, los que se resistían a irse a casa bailaron y desafinaron como autómatas engarzando canciones: *No te habrás olvidado de las cosas que hiciste esos años, me pregunto si te han engañado, las cosas no cambian… si me amenazas prometo escapar… nos hemos vuelto a aburrir; ya no te acuerdas de esos ratos agradables…* Pero ella siguió tumbada, incluso cuando Coque pinchó *But she doesn't even like me and I know because she said so.* Coque desbloqueó el móvil, accedió a la app y la etiquetó en un comentario.

–Victoria es una puta, así, sin más, Victoria es una gran puta.

De repente, los cristales parecieron reventar, como si los estuvieran dinamitando. Victoria gritó, al techo, al suelo, a la pared. Alguien le había enseñado el comentario.

–Se me abalanzó hecha una fiera; yo la dejé atizarme, tanto añoraba su roce.

Ese alguien intentó separarlos y obligó a Coque a borrar el comentario.

–Pero ya había sido compartido, y cuando intenté abrazarla, se escabulló. Me ardió la sangre, la agarré, intenté besarla. Pero la muy víbora…

Se precipitó escaleras abajo.

–¿El fantoche? Lo dejó en mi sofá, en mi after.

En el pasillo, justo donde a Victoria se le había escurrido la copa, colgaban varios retratos de los amigos de Coque.

–Victoria posaba con un vestido apretado, corto.

Coque lo descolgó.

–Lo arrojé por la ventana.

No amarás a un monógamo con novia: Victoria trepa por la montaña de la traición. El vértigo es tan grande que salta.

Adán vive en un cuarto piso con vigas de madera, con una tronera en la cocina que enmarca un paisaje de antenas y tejados. Victoria se enamora también de ese espacio silencioso. Esta madrugada, la luz chirría desde la cocina, y ella se remueve bajo las caricias que Adán vierte en sus nalgas.

–Tía, ayer me divertías con eso de hacer el pino borracha, pero ahora, al ver los moratones, me hacen daño hasta mí.

Poco le importan a Victoria los golpes. Le preocupan las llaves que ha perdido junto con el móvil y el monedero.

–Si no dejaras el bolso por ahí tirado…

Solo Coque tiene otras llaves, pero no recuerda el número, y Adán se niega a conseguir «el móvil de ese baboso». Victoria suplica.

–Tengo que entrar en el piso antes que mi compi; no sabes cómo es Claudia.

–¿La alemana? La conozco y no es para tanto –dice Adán, mientras sirve más burbon en unos vasos de un festival que nadie

recuerda.

Mira que irte a vivir con Claudia, tu amiga de la infancia, ¿a quién se le ocurre?

Victoria ha conocido la precariedad antes. Poco le duraron los ahorros del trabajo en una tienda de discos cuando se fugó prácticamente con lo puesto a Madrid. Los agotó en el tren y en las dos primeras semanas que pagó por adelantado al hotel. Prefirió desembolsar el triple por un albergue en Malasaña que por un apartahotel en otro barrio.

Tras matricularse en la universidad y hacer las paces con la familia, se mudó a Lavapiés, a la casa vacía de los abuelos. Duró poco. Sus padres la echaron al darse cuenta de que no pisaba la facultad. «Se enteraron de que me drogaba… y la han alquilado», le cuenta a Adán. Y como al centro de desintoxicación, no piensa ir –*they tried to make me go to rehab, but I said no, no, no*–, Madrid se le atraganta.

No quiere volver a las sopas en sobre, el olor como a Cheetos y toda esa verdurita en grumos; a los bailes con dos jerseys para no pasar frío en el piso sin calefacción donde se alojó con varios pirados en Aluche; a cargar la compra por las escaleras; a aceptar la limosna de Pati, y mira que el dinero no le sobra, que ya hace ella malabares para no pedírselo a sus padres.

La casa de Claudia es espaciosa, con un pasillo que separa sus habitaciones. Calefacción, aire acondicionado y ascensor en uno de esos edificios con fachadas de columnas en relieve que tanto le cosquillean el alma a Victoria. Esos edificios que reflejan los de en frente como nubes, ese coro arquitectónico que a pesar de la contaminación y el bullicio ha atrapado su corazón.

–Claudia me matará cuando descubra que le he cogido un vestido…

–¿Y por qué se lo birlas?

Calcula que su compañera de piso llegará en una hora. Se concentra en recordar el número de Coque. Cuando se levanta a por un cedé, reconoce el mismo tocadiscos Technics de Claudia, y vuelta a divagar: la alemana me va a matar cuando se dé cuenta de que le

he birlao el vestido… subarrendada… «Chica, la próxima, te pongo en la calle, ¿estamos?». Victoria odia que la llame chica.

Siente en la nuca la respiración de Adán: «¿Estás bien?». Vuelven al sofá. ¿Qué objetivo es más importante?: ¿Gustarle a Adán?, ¿recordar el teléfono? ¿Y qué quiere Adán? Lo que quiere se ordena en líneas gruesas sobre un disco de Patrick Cowley.

–¿Otra? –ofrece Adán, tendiéndole el cedé–. ¿O voy demasiado rápido?

No puede resistir el juego de palabras.

–Sí, Adán, vas rápido, demasiado rápido –corrobora Victoria antes de pellizcarle, por lo que Adán pierde el equilibrio y las rayas se desintegran sobre el sofá. La escena en la que Woody Allen estornuda sobre 2000 dólares en cocaína en la retina, Victoria toca los pómulos tensos de su pareja. Le sorprende que los dedos se hundan en la carne.

Adán vuelca la bolsita con los restos de spid; raspa, barre, divide. Sus movimientos estimulan la memoria de Victoria que saca los primeros números: 64…, así empieza el número… 64.

Mira el reloj: 42 minutos para recomponerlo.

–Adán, va, pídele a algún amichi el teléfono de Coque.

–No, tía. Ya te he dicho que no soporto a ese imbécil.

–Te lo suplico…

–No supliques tanto y opta por una pasti.

Piensa en dónde estaría si se hubiera desintoxicado; si hubiera terminado la carrera, ahora no dependería de Claudia. Adán le pone la pastilla en la mano. Victoria la mira como a un insecto hermoso y desconocido, como si no supiera si le va a picar o no. Le devuelve la pastilla.

–Verás, las anfetas me sientan bien; las pastis, fatal. Desconecto y todo puede suceder: no sé quién, ni dónde, ni qué –Adán pica, divide–. No es agradable –rascar de la tarjeta contra el PVC–. Una mañana, al volver en mí, me di cuenta de que estaba en el asiento del copiloto. Ni puta idea de dónde habían salido ni el conductor ni el descapotable, lo último que recordaba era estar bailando en el Club. El conductor tenía restos de mi carmín por la cara.

»Le rogué que me dejara hacer una llamada. "Claro, preciosa", me contestó. Marqué el número de Pati; estaban en casa de Coque. Supliqué al conductor del descapotable que me llevara. Menos mal que se portó. Desde entonces, intento no tomar pastis. No siempre lo consigo.

Adán le alarga el billete enrollado. Pues si no quieres pastilla, esnifa, parece decir.

A pesar de estar en La Latina, el piso es silencioso. A Victoria le da la sensación de que cuelga suspendido del cielo entre palomas y nubes. Con Adán está fuera del tiempo, fuera de las convenciones. ¿Qué son el uno para el otro? ¿Quién es Adán? Le gustaría que hablara más. Como una terapeuta frente a su paciente, Victoria se aplica en buscarle explicaciones. Cree encontrarlas en su familia. Sus padres lo culpaban incluso cuando había sido su hermana la que había roto un vaso, o la que se había bebido sin permiso un vino carísimo. «Les sigo sin caer bien», comenta Adán. «A mi novia la adoran, lo que complica las cosas». El juerguista incapaz de convivir con su pareja, de casarse, de tener hijos; el juerguista que casi nunca visita su ciudad de origen, Palencia (donde su hermana y su marido, perito ingeniero informático forense, han comprado un piso), el abogado de carrera que desde que se pasó al periodismo solo sirve para emborracharse. «¿Pero no les gusta tu profesión?». «No, es que son de derechas». «¡De derechas!». «Sí, de derechas». Su padre fue militar. «¡Militar!». Victoria lo analiza como si fuera un marciano, exige datos; pero Adán, en vez de dárselos, le besa las mejillas, el cuello, las nalgas. Cuando roza el sexo, se aleja como esos juguetes a los que se acciona y saltan. Victoria traga su semen. Él rehúye comerle el coño. Pero en vez de pensar en el desequilibrio… ¡El móvil, los cacharros, el vestido! ¡Las llaves!

Cuando mira a Adán se da cuenta de que el problema no son ni el teléfono, ni el piso, ni Claudia. El problema es la tormenta que se le desata en el estómago. *Lo quieres, a este lo quieres*. El deseo que la anuda le corta la respiración.

Se esfuerza por no fijarse en ciertos detalles; un cojín con una flor, unas cuchillas rosas en el baño, el segundo cepillo de dientes. Pero el fantasma de la novia de Adán le habla desde una fotografía

enmarcada. Tiene un rostro caro y parece saber qué ha venido a hacer a este mundo. *Es linda.* Tampoco ellos viven juntos. «Lo intentamos, pero mis horarios la sacaban de quicio», aporta Adán como todo argumento.

Victoria quiere ser feliz, pero también libre. Con Pati, la ecuación funciona: siempre que no se líen con personas emparejadas que no estén en una relación abierta, todo bien. El pacto es muy específico en ese sentido: nada de vínculos con infieles. Y nada de engañarse: se lo cuentan todo. Bueno, casi todo, porque lo que está pasando con Adán no se lo va a contar. Adán, con su novia fija que no quiere relaciones abiertas, un infiel en toda regla.

Qué guapo es, hasta las clavículas le follaría. Se lo imagina currando ante una taza de café en un polígono, porque Adán se mata a trabajar en el periódico, mientras que a Victoria le basta con malvivir de los conciertos con su grupo de electropop y de los discos, de su sueldo como segunda encargada del Club.

A Adán le importa una mierda el trabajo; le importa salir, le importan las drogas y así se lo dice. También le importan una mierda sus canciones y sus conciertos, y así se lo dice.

645…, 645, 645; ¡piensa! Pero en lo único que piensa es en la manera de Adán de contorsionarle las piernas, en los abrazos que se aparean con sombras. En la manera de Adán de imponerse, luchando por dominar cada situación. Y la polla siempre dentro y la cara de quebranto-placer. ¿Ha sentido aquello alguna vez?, ¿con esa fatalidad caótica? ¿Ese embrollo que la eriza y la deja exhausta? ¿Qué motivos la enredan en sus manos? ¿La licuan dentro? «Eres una puta, una puta, eres mi puta». La respiración en olas que rompen en el coño. Lo quiere dentro todo el rato. Reza, lo quiero, sí, a este lo quiero, no me desenredes de sus piernas.

Adán, Adán, Adán, por favor; esta vez, sí, por favor; que salga bien, por favor; que se enamore, por favor; que me ame bien, por favor. Y yo a él. Lo besa reconcentrada en el deseo.

Están tan cerca.

El miedo precipita la plegaria y Victoria siente la zancadilla del no, tal vez mejor sería si… Follan intermitentemente. Él la abraza, ella se

deja abrazar. Mientras lo codicia con cada átomo, celebra el tatuaje oscuro y el cuerpo pálido nada arrugado para su edad.

–Nunca me había masturbado tanto con alguien –constata Adán y, sin cesar de meneársela, escupe. Su saliva arde. La voltea y, después de colocar su cuerpo boca abajo, le cierra las piernas y se adentra de un envión. En lo más profundo. A Victoria se le imprimen las sábanas en la cara, una cicatriz más en la carne. Mientras el peso de Adán la empacha de presente, siente sus respiraciones explotar en el aire. Nada como una ceremonia de iniciación, un sacramento de drogas, alcohol y sexo para sellarse el uno dentro del otro. «Puta, ¿te gusta?». Victoria se siente un árbol echando raíces; cada vez que exhala, ramas crecen y la música venga a tronar; cada vez que inspira, un violín rasga las cuerdas y el alma vuela.

Cuando las amenazas de Claudia se vierten somier abajo entre las tablas de madera, apunto está de correrse. Pero él sale antes y se vacía sobre su espalda.

Salen por bares y de todos intenta escabullirse Victoria. Con los beats incrustados en los oídos y varias copas en circulación, amenaza con irse a casa de Coque e intentar solucionarlo.

–Ríndete, la alemana ya se habrá dado cuenta –dice Adán.

–Nonono, todavía estoy a tiempo, es el 645 72…, o algo así. ¿Por qué no has conseguido el número?, ¡no te costaba nada! Si me quedo en la calle, será culpa tuya.

Lo que no le cuenta Victoria es que cuando fue a pillar farlopa, encontró a un amigo de Coque. Y no hizo nada para conseguir su número. Un campo de atracción la retiene junto a su amante. Tanta belleza la atonta. El paisaje de Adán, los pectorales, las caderas, el culo del Discóbolo, Victoria lo recorre entero con la lengua, con los dientes. Aspira su sudor. El veneno la vuelve adicta. Por eso, cuando pasean juntos, no se atreve a cogerle de la mano, ni a acercarse demasiado, no vaya a ser que Adán se dé cuenta del poder que ostenta sobre ella. O que el agujero negro la succione.

Recuerda en el Club a la novia de Adán y las realidades se despeñan capítulos abajo. Entonces se le cae la copa y desea

infligirse tanto daño como para anestesiar la culpa. Felipe, el dueño del Club y su jefe, le sirve el cuarto gin-tonic. Se le acerca un grupo de niñas bien, la piropean, le ríen las gracias, la estudian como si fuera la asignatura más difícil de la carrera. Victoria canta por encima de su tono, fuerza la voz al hablar. Se queda afónica. La semana que viene tiene varios bolos con el grupo de música. *Como no pares, no recuperarás la voz ni con gárgaras de agua oxigenada. ¿Por qué no paras? ¿Por qué te haces esto? ¿Por qué nos haces esto?*

Adán permanece al margen de su metamorfosis. Ella lo invoca para que la rescate, para que la salve de sí misma. ¿Pero dónde está Adán?

–Te estaba buscando –le hace saber este.

–Pensaba que te habías ido.

Esa noche, en el Club, el ambiente está todavía más denso de lo normal, y Victoria esculpe presencias en el aire. Sabe que su adicción es al amor y que, cuando se enamora así de fuerte, le crecen los fantasmas. Se acuerda del maltrato que sufrió de niña y le regurgitan las ansias de revancha. *No puedes evitarlo.*

Todo sucede tan deprisa dentro de su organismo que tiene la sensación de que los coches la recorren como a una autopista. Casi no ha comido, pero ella controla, ya se ha sentido así varias veces: es capaz de drogarse y bordar conversaciones intelectuales. Es capaz de seguir bebiendo y modular el exceso con rayas. Sabe del deseo y de la envidia que desata, todavía no se odia por ello, todavía no sabe que poder estar acompañada siempre que quiera no significa no estar sola. Intuye que se hablan desde la epidermis, que se relacionan desde el interés, pero necesita demostrarse que no es la niña que maltrataron en la urbanización.

Adán y ella se extasían con las tetas de la camarera, observándolas subir y bajar sobre el fondo alicatado de etanol. *¿Cometéis entonces el siguiente error?* «Otros dos chupitos». (Jäger). Chisporroteo lúcido. *¿Otro error?* «Más chupitos». (Tequila). Mecha interna. «Ponnos más». (Mezcal). Y todo se vuelve de gelatina. Vuelta a pensar en la novia de Adán, pero ¿cómo no

acordarse si su Fotolog es un templo dedicado a su relación? Evocar es a veces más doloroso que tres bolardazos en la rodilla.

La otra. La novia. La primera.

Una de esas mujeres que hacen buenas masturbaciones porque se hidratan las manos a diario (esto Victoria lo sabe por la rapidez con la que se reemplazan los botes de crema en el aseo).

La otra. La novia. La primera.

Con mechas renovadas mensualmente, y pasadores de carey para los recogidos. Lentillas, cejas depiladas, jerseys de cachemira y medias sin rotos. Carrera, nómina, becarias. Con su ausencia presente trastornando la casa de Adán.

La otra. La novia. La primera.

La de las camisas planchadas, la de la experiencia-sabiduría como un eco entre paredes. La otra. La novia. La primera. La que nunca dejará un bolso en el suelo, que jamás perderá el móvil y menos las llaves, que recordará cada detalle de la noche anterior porque ya no se droga y antes casi no consumía.

Cuando Adán sonríe al leer un mensaje en el celular, o cuando se marcha pronto porque al día siguiente ha quedado para comer, Victoria ya no quiere ser Victoria. Desea ser la otra, la novia, la primera.

Nunca le pregunta por ella, aprieta el estómago para expirar el vacío que siente cada vez que la intuye en la piel de Adán.

Victoria hurga en la carne de su pareja con la intención de encontrar el camino, confía en que sus órganos internos le den la clave de los gestos, de las acciones de Adán. Pero por mucho que remueva, solo encuentra silencio. ¿Quién es Adán? El periodista respetado con pase vip a festivales. Un señor que nunca comparte sentimientos, pero que deja asomar los enfados a base de ausencias. ¿Qué quiere Adán? Victoria se aficiona a atesorar pistas y a descifrarlas. Los misterios de Adán le agujerean el cerebro como gusanos.

El tiempo se congela cuando Pati busca con la mirada a Victoria entre los habituales del Club. Pati, dos cubatas en la mano, la cabeza rapada y esa piel marrón que todo lo imanta, lo bueno y lo malo. Bella, con esa belleza tranquila de las mujeres que ya no dudan, que saben qué les gusta y que han sacado a los hombres de la ecuación. Cree adivinar a Victoria al fondo. En el momento en el que descubre que no es ella, le tiembla la mano con la que sostiene la copa de Victoria, derrama buena parte de su contenido y la escena deja de estar fija. Por lo que el tiempo vuelve a girar.

Mientras Pati rastrea y lidia con los alcohólicos, Victoria responde a un impulso animal: atraviesa Malasaña a grandes zancadas. La gente parlotea en las aceras bebiendo cerveza. Hacen su peculiar fotosíntesis debajo de las farolas. Ya había perdido la esperanza, pero la noche del cumpleaños de Pati, Adán le ha mensajeado por fin: «Quiero verte». Victoria lo cita en el Club. No le preocupa cómo se sentirá Pati al verla marchar en su cumpleaños de la mano de Adán. Puesta como va de MDMA, el pronóstico más bien la excita.

Pero Adán no puede entrar. «No estoy en lista, y la cola es interminable. Te espero en el estudio. Si no apareces pronto, me piro». Victoria lo evoca escribiendo, el pelo revuelto, una lata apoyada en un capó, una de esas que ella le exigió que le comprara la última vez que se vieron. «Mira, tía; si la quieres, la pagas tú». El pecho se le convierte en un seísmo al recordar su voz.

La separan quince minutos del estudio de grabación donde han quedado. Lo sabe capaz de marcharse sin ella. El móvil suena. Pati. Victoria prefiere no responder, *puta, tantas veces te lo han llamado,* ¿qué decir?, ¿que se va a casa? Mejor engañarla cuando las aguas –rayas, cervezas, gin-tonics, tequila– vuelvan a su cauce. Aunque… pobreta. Con lo mal que lo está pasando; aparte de algún anuncio, poco curro le sale. Victoria se siente con derecho a infligir desplantes porque se siente única. El universo le debe algo, pero ¿cómo va a ser ese algo un hombre?, se pregunta antes de huir del Club, cerrar los ojos y desintegrarse entre el sonido de la música.

Victoria sube por San Vicente Ferrer. Las baldosas debajo del suelo de los balcones. Dobla por San Andrés. Una tienda de vinilos, gafas hípster en otro escaparate, un coche que ya ni pita a los que andan

por el centro de la carretera. Desemboca en Espíritu Santo. Está imposible, pero cuando quiere dar la vuelta es demasiado tarde: ha quedado atrapada entre la gente que con tanto bamboleo la agita de izquierda a derecha, los pies ya en el aire.

Una lata de cerveza, fiuuu, vuela por encima de las cabezas como un cohete, la estela la riega. Acierta a reconocer un coche de la policía tres portales más abajo y, por la conversación de unos chicos armados con bolsas llenas de litronas, comprende que ha habido una redada en el Nuevo, un bar de postpunk, postnewwave y post todo. Los clientes se arrebujan en la calle al coro de consignas estereotipadas, *mucha policía poca diversión.*

Primero intenta escurrirse entre los cuerpos aplastados bidimensionalmente a lo soldados-naipe de *Alicia en el país de las maravillas.* No funciona. Luego, se acuclilla para gatear. No funciona. A la desesperada, prueba a engatusar a los chicos de las litronas para que la suban a coscoletas, ya se las apañará ella para recorrer lo que resta de calle saltando de hombros en hombros. El juego gusta, y la masa se aviva con la chiquilla que surfea cabezas. Vítores y risotadas y más latas como cometas.

Los cuellos que se le clavan en las nalgas se suceden tan rápido que resulta imposible mirar a los ojos de sus dueños. Cuando un chico la devuelve al suelo en una zona menos abarrotada, los policías la contemplan agradecer y contestar afirmativamente a la pregunta que se encadena a gritos, «¿Victoria, has llegado?».

Hace una noche suave, una de esas noches de risas cálidas y temperatura perfecta que fidelizan el alma y subvierten el caos y la contaminación de Madrid. Una de esas noches que la siguen amarrando a Madrid.

«Una raya, niña, una raya, *nomás*». Victoria tuerce el gesto cuando reconoce al Buitre. Así apoda Malasaña a ese pícaro de un metro cincuenta. «Buitre, no llevo nada, ahora no puedo, te invito otro día, me esperan, llego tarde, en serio, déjame, es que…». Ninguna excusa funciona, por lo que Victoria busca en el bolso el spid. Pero como la mayoría de las veces, no recuerda en qué compartimento lo ha guardado. Comienza rastreando el monedero. No. En los espacios con cremallera. No. En el fondo del bolso. No.

Vuelve a mirar en el monedero y ahí está. En un portal, cocina la dosis. *Esa habilidad vuestra de convertir en bancos los escalones que la mayoría no se atreve a tocar más que con el pie.*

El Buitre no deja de moverse, se sienta y se alza en un baile epiléptico. Ella se desespera. Le cuesta apartar los pensamientos, Adán se habrá marchado. Piensa en retenerlo con un mensaje, pero adivina que la maniobra será contraproducente, Adán no le comprará ninguna explicación.

Gente que cruza la calle la saluda. Ella les devuelve la sonrisa de guion.

–No sé cómo puedes soportar tu fama –constata el Buitre.

–No sé a qué te refieres.

–Se aburrirán de ti y te sustituirán por la siguiente famosilla del barrio. ¿Por qué no recuperas tu identidad?

En cuanto el Buitre se mete la raya, ella se escabulle.

–¡Eh! ¡Que te dejas los diez euros del turulo!

–¡Quédatelos! –contesta Victoria.

Ha transcurrido media hora. Nerviosa por si Adán se ha evaporado, gira la esquina hacia el estudio del que la separan metros, «Maldita mi suerte», se dice al notar un saludo en la espalda.

–Déjame, Coque, ahora no puedo.

–¡No te vayas!, ¡tenemos que hablar! –dice Coque antes de alargarle una cerveza.

Cada día está más desmejorado: las entradas han invadido la coronilla, la barriga le desborda el pantalón. Victoria se lleva la mano a la cabeza en señal de protesta, acaba de ver a gente salir del estudio. Coque la retiene.

–¿Adónde vas?, ¿no irás al estudio?, ese sitio es una enorme mierda y está lleno de atontados a los que no les interesa una conversación interesante. Cuando me iba bien, me lamían el culo. ¡Cómo se atreven a echarme con todos los favores que les he hecho! –y lloriqueando se derrumba sobre el pecho de Victoria.

–Coque, no es para tanto. Estás borracho. Vete a casa. Descansa. Te llamo mañana, ¿vale?

–No. Me voy contigo, ¿adónde vas?

–Al estudio. No vengas.

Y lo deja plantado en el cruce de dos calles, la nariz echando humo, Malasaña hirviendo de fiesta a su alrededor.

El estudio huele a porro. En el suelo, las colillas se mezclan con los cables y con alfombras persas. A Victoria el local la retrotrae a los videoclips que veía en la MTV de adolescente. *Y ahora eres tú la protagonista, y sigues sin creértelo del todo.* Da vueltas por el local. No encuentra a su amante. «Se ha ido a casa», le informa una chica con los labios fucsias. Es alta y tiene el pelo larguísimo. Viste de negro y su voz desprende la seguridad de un catedrático de la universidad pública española. Victoria se sienta de brazos cruzados en un rincón. Después de contar del uno al cien, logra serenarse. *Ok, no está, pero ¿qué ganas de morros en una esquina?* Se adentra en los grupos de gente. Varias caras le resultan familiares; como de costumbre, los nombres le bailan. «Te seguimos por MySpace, nos flipas», le confiesan dos chicos con gorras surferas, y Victoria siente cómo los órganos le estrujan el corazón. Los párpados se le hunden entre las ojeras. Solo desea a Adán, su olor a pan, a cielo. Su sudor como un mapa, como una brújula hacia su esencia. Se disculpa. Va a mear. No tiene fuerzas para hacer pis sin apoyarse en el váter, que no parece muy limpio. Se extasía con el plof plof del líquido. Al mirarse en el espejo, espera encontrar a la adolescente que fue. Le sorprende la mujer de pómulos-de-revista y ojos-Kate-Moss. No se la cree. Piensa en Pati y se odia un poco. Sus amigas –las que todavía la aguantan– se lo dicen todo el rato, qué guapa eres, qué bien te queda, qué suerte, pero ella necesita demostrarlo sin parar. Como si la vida fuera una evaluación continua.

Ya se está marchando, cuando tropieza con Adán en la entrada. Le queda muy bien la barba que se ha dejado y esa camiseta azul de un grupo que Victoria no conoce.

–Ya pensé que no venías.

–¿Pero no te habías ido?

–¿No te han dicho que había ido a pillar?

Victoria mira con odio a la chica que le informó de que Adán no volvería. La maldad asoma al rostro sonriente de la chica, sus labios fucsias brillan incluso más que antes.

–¿Adónde quieres ir? –pregunta Adán.

–A tu casa –replica ella, pero está tan molesta que acto seguido acepta una raya que le ofrece uno de esos rostros familiares. Adán le exige que se larguen. Cuando va a obedecer, otro rostro la refrena. Adán prueba con amenazas: «Me piro, mira que me piro». Victoria ni se inmuta. No se pierde la siguiente ronda ni declina charlar con los chicos guapos más jóvenes que Adán. Y el bordoneo del móvil. *Puta, tantas veces te lo han llamado* y se acuerda de Pati, que se marchará sola del Club sin entender nada.

«Deberíamos volcar el gramo, no soy de almacenar drogas en casa», aduce Adán. No es plan de dejar que se las meta solo; después de todo, ha elegido pasar el fin de semana con ella y no con la otra. La novia. La primera.

Antes de recluirse, han cerrado hasta los afters, y, con el fin de cocinarse pasta al pesto, han recalado en el supermercado. Han tropezado por las alcantarillas hasta trepar sin aliento los pisos que conducen al apartamento de Adán. Victoria adora ese espacio, lo siente como una madriguera, ha aceptado incluso la incomodidad que le causan las pertenencias de la otra. La novia. La primera. A ratos, se abstrae mirando los tejados desde la tronera. La ciudad le parece tan hermosa desde esa latitud: todo tranquilo, todo en orden. Si los tejados fueran el suelo, el cielo estaría tan cerca, y entonces, podrían descansar. Pero queda tanto por hacer…, ya dormirá cuando termine.

El DVD permanentemente traspasado por spid, devoran la pasta y ven una peli; engullen cuatro platos de un asiático bastante pijo con servicio a domicilio; follan en el suelo y más tarde en la cama; ven otra peli; se tragan una caja de galletas con tazones de chocolate. Todo ese tiempo que se acompañan, Victoria se pierde en el cuerpo de Adán. Al amarse, su atención queda colgada en el reverso del codo, en la redondez del pezón. No se cansa de Adán. Conserva su

piel suave y blanca: tocarla es meter los pies en arena fina, escuchar las olas del mar.

Se duchan y Adán llama al dealer para que les traiga otro gramo.

Victoria admira lo bien que le caen las drogas. Aunque lo haga sin límite, Adán mantiene la compostura. Los bajones lo eluden, como si no quisieran acercarse a él. Ella imita sus pasos, se pega a su ritmo; como si él fuera el rey, y ella su súbdita; como si él fuera un mesías y ella eligiera ser su fundamentalista. Victoria aumenta la frecuencia y la cantidad de droga que se mete. Cada noche que comparten, la sube un poquito más. No quiere quedarse atrás, no quiere dejarlo solo ni que visite los almohadones de la cocaína sin ella.

Una noche, Adán la deja prácticamente inconsciente en la cama. No se le ocurre comprobar cómo se encuentra después de haberse tropezado y caído, después de haber vomitado y de ser incapaz de estructurar discurso. Se marcha con todos los invitados del after que arrancó hace más de quince horas en su casa. Sus risas y comentarios son un rumor que se apaga escalera abajo, un sonido amortiguado por la almohada, sábana, colcha. Y allí la deja, en la cama con el dosel de barrotes y la tronera de la cocina abierta. El sueño se amusga hasta descender más abajo del colchón, del somier, del suelo. A Victoria se le solapan las escenas, imágenes de fiestas troceadas, picadillo de cerebro.

Alguien canta «La Bernardaaaa, quién le ha dichooooooo» con música electrónica de fondo; un grupo juega a pesar los gramos con una báscula digital *made in China.* Manotadas en el aire; «Venga, ya; ¡cómo nos va a haber dado de más! Probemos otra vez». Los altavoces braman y Adán baila con una camiseta rosa. «Ahora marca menos de un gramo. Ni se te ocurra tirarla, nos la llevamos a casa de los dealers y les proponemos que la báscula decida. A veces ganarán ellos; otras, nosotros». Victoria bebe. Al beber, le parece que sus problemas y miedos se solidifican y que luego no tendrá más que mearlos. Como está ciega de amor, traga copas como si

fueran oxígeno, apurándolas prácticamente de un trago, y cuando las rayas la enfrentan, las esnifa como inspiraba en Alicante después de una tanda de aguadillas.

Amenaza lluvia y aunque Madrid es seca, la atmósfera aplasta como si las nubes pesaran toneladas. Estar en el piso de Adán es como viajar en zepelín.

Después de que Victoria les insista mucho, aprueban que sea ella la encargada de bajar a por más coca y spid. No sabe dónde están las escaleras ni distingue la derecha de la izquierda. Atontada por el gris de las nubes, se le cae el móvil varias veces mientras intenta quedar con el camello.

Tambaleante, con la mirada desquiciada, se refugia en las escaleras de un portal.

Frío.

Del edificio, sale una mujer que la mira con lástima. Victoria pasa el dedo por la superficie rugosa de la pared. Su mano es un borrón.

Suena el teléfono. Es el dealer, Galáctica, apodado así por el vehículo con pinta de nave espacial que conduce. Que dónde se ha metido, que lleva un buen rato dando vueltas con el coche. El rato galopa a la caza de la lógica, pero las ideas se desintegran poniendo el aire patas arriba.

–Perdona… no sé… –y, sin venir a cuento, Victoria ríe.

–¿Estás bien?… –*Un dealer preocupado no es un buen dealer.*

Aunque tampoco recuerda ya dónde quedan las manos, Victoria logra colgar y dando tumbos, se lanza a buscar la calle de su amante; lo suyo es volver. Pero en su cabeza se dibujan mapas inexistentes: las calles se convierten en aceras; los edificios, en plazas; las luces, en sombras. Sobre ella, desciende la culpa. Necesita un exorcismo. Está poseída por un fantasma que regresa con el regalo de un recuerdo traumático. Uno, no; varios, porque la secuencia le llega en diapositivas fijas, sin continuidad.

Nota cómo se metamorfosea en un remolino de miedo, en un tsunami capaz de arrasar Madrid. Para no ahogarse, se agarra al presente. *No has encontrado al camello, ¡qué vergüenza!, tú que querías demostrarles que podías hacerlo, que podías pillar ese gramo sola.* ¿Existe algún antídoto para este descoloque neuronal?

Echa en falta la verborrea lúcida del spid. Sueña que tiene sueño, y cuando se tumba, cree sumergirse en un barreño de agua.

Entonces, descubre una trampilla oxidada. La abre y desciende, el hierro de la escalera frío en las falanges. *No debiste bajar.* La culpa es tuya por estar ciega, por vestir esa falda tan corta, por haberte maquillado tanto; por ser Victoria e ir de puta. *Así no hay quién te respete.*

–¿Pero qué haces, loca?

Adán.

Aturdida, sentada en la acera, Victoria se contempla los pies sucios, dos uñas conservan el esmalte granate. Va descalza y como está loca, no sabe qué contestar. Además, tiene sangre en las rodillas y en las palmas de las manos. En algún momento debe haberse caído.

A partir de ahí, las acciones se resuelven a su pesar, ni tan siquiera las siente, es como si sucediesen dentro de la pantalla de un ordenador o sobre un escenario, como si le sucedieran a otra. Fabula con un tercer ojo: cuando intenta enfocar la escena, ve por el entrecejo, detrás de un cristal empañado. Al subir, derrotada y sin el gramo, se sienta al lado de Ensayetti, un DJ italiano afincado en Madrid que en la debilidad por las tetas pequeñas, las caderas picudas, la piel transparente y los labios finos empata con Adán. Ensayetti liga con ella, y Victoria se abandona. Tontean. Ensayetti no es el apellido de ese delgaducho, siempre desapareciendo dentro de sus pantalones holgados, sino el apodo que le han impuesto por pasarse la vida perorando sobre ensayos filosóficos y por andar siempre con uno bajo el brazo. Cuando Ensayetti va a rellenarse la copa, Victoria se fija en el chico que tiene a la derecha. Es el novio de alguien; Victoria no sabe de quién, desconoce de qué le habla durante tantas horas, desconoce cuántas horas. *Es verdad: podría haberte follado todo el after. My lights are on, but there is nobody at home.*

No cesa de derramar whisky sobre la moqueta, ¿es también la moqueta de Vane, que así se llama la novia, la otra, la primera?; no remata las frases. Hasta que Ensayetti y el novio de ese alguien se

ponen a hacer el payaso con el móvil. Se carcajean, la dejan de lado.

Quieres decirles quién eres, quiénes somos. No para fardar (esta noche tienes poco de lo que alardear), ni para gustarles. Sino para recuperar esa parte de ti que soy.

La levanta una arcada. Después de vomitar, suspira de alivio porque le ha dado tiempo a alcanzar el váter. De pronto, recompone las piezas. El silencio de la casa roto por una aguja que derrapa sobre el final de un vinilo. Junto a la acidez de estómago, se le agita la rabia. *Adán te ha dejado sola. Se ha ido de marcha. ¿Qué vas a hacer?* Lo que mejor se le da. Después de beber un litro de agua templada, se pega una ducha, come dos trozos de queso y unas nueces, se maquilla. *De golpe, adoras tu metabolismo, su habilidad para reflotarte. Ya no te odias, sabes que remontarás. Sabes cómo hacerlo.*

Aunque el jet lag de la borrachera se le cae encima –es otra vez de noche y la marcha se reactivó hace unas horas–, finge que todo está bien, que es una mujer con las ideas claras que sabe perfectamente lo que está haciendo. Camina segura por la calle Madera del brazo de dos desconocidos, los tacones de sus botas al ritmo de la madrugada. Es sábado y varios chicos se dan la vuelta para admirarla. Universitarios bordonean a la entrada de los bares; en los clubes, porteros ignoran las súplicas de quienes hacen cola para entrar. Las farolas compiten con la luna.

Cuando Victoria distingue a Adán a lo lejos, finge no haberlo visto. Adán, un contorno de carne-mármol en movimiento, se acerca con una sonrisa. Ella le planta dos besos en las mejillas y los labios de Adán se fosilizan. *No se te ocurre pensar que existe una manera diferente de hacer las cosas. Podrías hablar.* ¿Hablar con Adán? ¡No digas tonterías! Victoria lo deja con sus amichis, baila, entre las luces estroboscópicas rozando el sudor de los dos chicos con los que ha llegado. La música le retumba en el corazón. Los ojos verdes de Adán se le remueven en las entrañas cuando besa a los dos chicos. Ríe, pero dentro siente cómo se le seca el alma. Comparte chupitos,

se mete rayas detrás de un coche. Baila entre carne tumultuosa. Hasta que no aguanta más. Sale de la discoteca y llama por teléfono a Adán.

No se merece un nombre en la ficción y, aun así, se lo has puesto. En el primer manuscrito, el de hace seis años, lo llamaste ***Él,*** *mucho más acertado que Adán.* ***Él,*** *capaz de colarse en los cuerpos de los otros, en todos aquellos y aquellas con los que compartes cama.* ***Él****, siempre* ***Él.*** *Intentas romper el hechizo llamándole Adán. Tal vez lo consigamos.*

Los átomos danzan entre las vigas. Los dedos acarician la pared rugosa; Victoria dibuja fantasmas en el gotelé. Sabe que no escapara a las redes de Adán *(tú misma las has tejido).* Sabe que la puerta está abierta, pero es incapaz de empuñar el picaporte. Prefiere bombardearse con Orfidal, mirtazapina, venlafaxina. Lo invoca. Lo ama. Pero el humo intercepta el mensaje. Engulle una, dos pastillas. Cuenta infinitamente del cuatro al uno. Del uno al cuatro.

Duerme.

Victoria se magulla para poner celoso a Adán –ya no estamos a gusto, por dios, ¿por qué ya no estamos a gusto?–, se rasga la espalda, araña el cuello y lesiona el escote. Se muerde, sorbe donde alcanza para imprimirse chupetones, dentadas; y permite que los moratones se los hagan otros que conoce y lleva a casa.

Nunca ha sido tan activa en Fotolog: para llamar la atención de Adán, cuelga fotos de conciertos, cenas y exposiciones a las que no acude, imágenes antiguas o robadas. Tira el anzuelo, pero Adán no pica. No consigue ponerlo celoso.

Tiene la sensación de que cuando follan y discuten, no lo hacen solos. El fantasma de otra mujer se acuesta con ellos.

En el piso de Adán donde se acumulan las pertenencias de Vane, las paredes le hablan y le cuentan las historias que él no comparte. Cuando Victoria le pregunta sobre Vane, Adán le sube la falda y la

acaricia hasta que se moja. Después, coge su mano y se la coloca en la bragueta. El bulto crece y crece mientras ella lo masajea sintonizando el ritmo con el de una canción. Y Adán se desprende de los calzoncillos y la agarra y le hunde la cabeza y ella chupa.

Pero algo no funciona porque cuando follan, él suda y se corre y Victoria cierra los ojos para no asistir a su desgajamiento de la realidad.

Lo quieres, ¿por qué lo quieres? Debería darse cuenta de que es un narcisista, las señales están ahí, pero Victoria prefiere hacerse la ciega. Sus sentimientos son tan fuertes que la razón se amordaza.

Adán abre con una bata destejida, rota en los bordes, los ojos entornados, la barba de tres días. Una voluta de humo se desprende del porro. Sus ondas la aferran más a él, al misterio de sus silencios que como la oscuridad avanzan por el techo. Victoria quiere saber qué se esconde debajo de los párpados de Adán, tan frío como siempre.

Él se aparta para franquearle la entrada. No dice nada. Se limita a desnudarla y a tumbarla sobre la mesa, a separarle las piernas, a comerle el coño. Ella tampoco lo mira, prefiere oprimir las cuencas, cerrar el paso a toda luz. Pero no se concentra, se siente zozobrar, la angustia la ametralla. Está harta de sentirse de plastilina. Encima, ese espacio que tanto le gusta habitar, ese espacio que es el piso de Adán y que en los últimos meses se ha convertido en una isla, parece agitarse con un temporal. Victoria necesita amarrar su ser, necesita expresarse. Dominar la situación. Así que lo encarcela con las piernas: *hoy tienes que mandar tú.*

A Adán no le es necesario forcejear mucho para liberarse. La agarra de una mano, luego de la otra, y la empuja hacia el salón. Esa tarde está desordenado, un cenicero rebosante, un plato con bordes de pizza, unas zapatillas con los cordones atados, lo que significa, según sus cálculos, que la otra, la novia, la primera no ha recalado en la isla-apartamento de Adán en varios días. Victoria rechista poco. Obedece: apoya las manos contra la pared, clava los ojos en el acumulador.

En su interior, bullen las escenas de semanas anteriores. Intenta digerirlas, pero solo logra regurgitar el enfado*. ¿Por qué te dejas penetrar de espaldas si no te apetece?* Lo aparta de un culetazo y lo intenta tumbar en el sofá. «¡Que te he dicho que no!», replica Adán.

Victoria concentra toda su energía en los brazos, propina el gran empujón y por fin, lo vence. A Adán, ojos como platos, le da tiempo a recolocar una posadera, pero no la otra. «¡No te pongas encima! –La explicación de siempre– ¡Puta, que me partes la polla!». Y Victoria, a horcajadas: «Pero a mí me encanta cabalgarte». Él, mientras se debate con los huesos de Victoria, le suelta: «Pues te jodes». Victoria lucha por dominarlo, por mantenerse erguida en el potro salvaje, le aburre saberse en el ruedo de siempre. De pronto, se vence. Adán, sorprendido, baja la guardia y ella veloz lo empala. Victoria retira a su oponente unos mechones de la oreja y suelta: «Te jodo yo a ti».

Nunca lo ha visto fumar tanto. Tres cajetillas vacías sobre la mesa del salón. Vane, que así se llama su novia, su amiga, ladelacajadecompresas en la cesta debajo del lavabo; ladelchampúsinsulfatos; ladelossaltosdecama, elmaquillajecaro, lascamisasplanchadas; la quetemiradesdelafotografía, esa Vane que sí que puede dejar sus pertenencias en el piso de Adán se ha enterado de que su novio tiene una amante.

Pues sí que tardó en darse cuenta.

Y Adán, habituado al cómodo pacto con su novia que siempre ha confiado en él y que nunca le ha preguntado qué hace cuando sale hasta las tantas, no lo asimila.

Encorvado como un enfermo crónico antes de pasar a la consulta del médico, los ojos como postes de luz, aspira y aspira nicotina. Victoria lo observa con la espalda en la pared, enrollando mechones en el dedo, un gesto que odia porque no quiere que se le rice. Pero es que ya no sabe qué decirle. Y menos qué hacer. Le ha propuesto dejarlo solo.

No.

Bajar a comer.

No.

Pillar un gramo.

No.

Abrazarlo, besarlo, follar.

No, no, no.

A ratos, Adán mira el móvil como un padre preocupado. Victoria intenta acallar a la vocecita que se compara con Vane, rubia, de buena familia, licenciada en el CEU y con un MBA en la London Business School, con horario de oficina, una nómina, con permiso para dejar sus cosas en el piso de Adán. Nunca le importó demasiado que follaran en la misma cama, le frustraba más que Vane cocinara, lavara la ropa, planchara.

Y de repente, escuchas una voz que no has oído nunca.

Tengo que arreglarlo, dice Adán.

Una voz escuchimizada, rota, que ordena.

Mejor, vete.

¿Cuánto tiempo permaneciste inmóvil en el rellano?, ¿sorbiendo cada ruido que se colaba por las paredes? Un niño toca la flauta. Una radio encendida. Dos palomas luchan en el patio de luces. En el corazón de Victoria caen bombas. *Deseas que te eche de menos, ponerlo celoso.* Quiere volver a casa de Adán, confesarle que lo ama, pero debe hacerse desear, mostrarse digna. Victoria lo imagina rulándose un porro, estirándose todo lo largo que es sobre el sofá. Llamando a Vane.

Al llegar al piso que comparte con Felipe, Victoria da vueltas en la cama como da vueltas en la vida: repitiendo dramas. Se desprecia. ¿Acaso no existe una forma más saludable de amar?

Esto de tener relaciones tendría que ser como conducir: si no sabes, no conduzcas (no las tengas), y si eres un peligro en el amor, que te quiten puntos, como al volante.

Victoria no sabe estar sola. Pensarse sin él es el abismo. Sin él, el corazón se le arisca. Ha tragado tanto veneno que ya no recuerda cómo era la vida sin Adán, sin las peleas y las reconciliaciones, ese sexo que se le pega al alma y la hunde en la obsesión. Imaginarse sin él es sentir unas manos retorciéndole las costillas. Golpes secos en el pecho.

Cuando desea a alguien que desaparece, y la codicia se torna en anhelo, Victoria escucha el mismo tema de los Smiths.

Good times for a change. See, the luck I've had can make a good man turn bad. So please, please, please, let me, let me, let me get what I want this time. Lord knows, it would be the first time.

Canta, tumbada en el suelo. Con los ojos cerrados, se refugia dentro, convoca y convoca a las hadas buenas y a las malas; a elfos, trols y goblins; a meigas, ondinas y náyades. Entona su plegaria para que Adán vuelva. Para que la llame. Para que la abrace. Para que la quiera.

Es un buen momento para el cambio, mira la suerte que he tenido, capaz de convertir a alguien bueno en malo. Así que, por favor, permíteme conseguir lo que deseo. ¡Dios sabe que será la primera vez!

El encantamiento ha surtido efecto un centenar de veces. Pero con Adán, se le resiste: por mucho que berree, por mucho que ame a Adán –de verdad, de verdad, a este, sí; de verdad de la buena–; una voz la expulsa.

¿Por qué me molestas? ¡Tus plegarias han sido atendidas un centenar de veces! ¡Olvida este conjuro: ¡Vete!

De noche, la misma canción, el corazón en un puño y una botella de vino. Si se llora, el sortilegio se intensifica. Cumplió el ritual y comprobó el móvil: ninguna señal de Adán.

Sola, sola, sola. Siempre igual, repitiendo patrones. Llorar, llorar, llorar. El cuerpo sacudido por relámpagos. *La femme qui pleure.* Las lágrimas del suelo al techo. Solo *la femme qui pleure*, alzando el amor en un pañuelo, masticándolo, regurgitándolo, confiando en que alguien la abrace. Sola, sola, solas, *les femmes qui pleurent*.

Si te llama, no respondas, no quedes con él. No, no, no.

Victoria borra su número, sus llamadas, sus mensajes, sus emails. Lo sepulta en las redes. Se catapulta en las suyas, edita su vida para que lo enoje lo mucho que parece divertirse.

Victoria se convence de que la culpa es suya, pues en los inicios de una relación se esconde la clave de lo que será luego, y ella ha sido una egoísta desde el principio. *No solo Adán engañó a su novia, tú también le hiciste daño a Pati.*

Sal de ahí, deja de pensar en él, se alecciona machaconamente durante las noches en vela de vacío Camus en las que el nombre de Adán rebota en bucle entre la pared y su sien hasta que la oscuridad la mece en un duermevela. Entonces lo convoca: Adán, Adán, y se esmera en recordar, asir y retener su olor a pan, a cielo que inevitablemente se evapora entre las sábanas.

Cuando está sola, lo huele, aunque Adán no haya ocupado nunca ese espacio, aunque ella vista ropa que nunca ha lucido a su lado. El rumor de su piel la atrapa todo el día. No deja de pensar en él. No deja de pensar en Vane. Vane estudió en Londres y eso la enfurece pues la adivina brillante. Aunque, ¿cómo preferirla mediocre? Eso la habría ofendido. Desespera porque intuye a Adán pegándose cabezazos en su habitación, indeciso entre las dos Vs, inquieto ante la ausencia de las dos Vs, deprimido bajo las sábanas, donde el nombre de la otra azuza. Lo sospecha dirigiendo preguntas a través de ondas que viajan hasta la casa de la otra V: ¿por dónde pasea Vane? ¿Dormirá con otro? ¿Me convocará al masturbarse? ¿Quién le hace el amor despiadadamente a Vane?

Una perspectiva reconforta a Victoria. A veces, entre incertidumbres, la cabeza de Adán debe acometer contra su piel y no contra la otra V; contra su olor y no contra la otra V; contra su voz y no contra la otra V.

Mordiscos en la espalda a compases lentos, la mano en la bragueta. Ella, y no la otra V, se la pone siempre dura. Porque ella, y no la otra V, está electrificada de deseo y transmite varios.

Lo imagina acostado en una cárcel mental. Deseando que lo llame Vane. Se promete olvidar a Adán y rehacer su vida. Pero pronto lo intuye echando de menos su piel y no a la otra V, su olor y no el de la otra V, su voz y no la de la otra V. Y se aferra a la esperanza.

Las semanas pasan como desiertos, Victoria sueña que los camina, que el sol le abre úlceras en el cuerpo. Se enrosca sobre el colchón, se agarra a Pati, a su piel, al marrón de su piel, a su cabeza rapada. Succiona sus dientes, le besa las pestañas.

Pati la pone encima de sí y cuela dedos entre sus costillas, como el apóstol Tomás en las heridas de Cristo. La baña y cuando las lágrimas se confunden con el agua que le tira por la cabeza, no dice nada. Sabe que es por Adán, como lo sabe todo Malasaña. Como lo saben las nuevas canciones de Victoria que hablan de monógamos infieles, de rubias que estudiaron en el CEU. Victoria apoya el mentón sobre las rodillas. El agua le resbala, la limpia como caricias encadenadas. Revisa MySpace, Fotolog mientras mea, ni Vane ni Adán los han actualizado en las últimas semanas. Se le astilla el corazón, le falta el aire, Pati le coloca la mano en el pecho, le sonríe, la arropa, le pone pelis, le cocina atún al curry.

A Victoria, el pescado se le hace bola, pero traga.

Cuando vuelve a sentirse capaz de salir de fiesta, busca casas con vigas y troneras. Antes de enrollarse con alguien, pregunta cómo es su piso, si vive en una cuarta planta. Si todo da al interior, menos la cocina. Quiere despertar con la sensación de hacerlo entre las sábanas y la respiración de Adán. Y, a veces, durante unos segundos, logra materializarlo con esa estrategia. Pero pronto la tristeza se le vuelve ira. Cada noche sueña que es Kali y que rebaja cabezas de Adán, las luce como la diosa hindú al cuello. Aunque lo más sabio, sería no salir por Malasaña, Victoria no deja su trabajo en el Club. Lo intuye en cada hombre alto que se cruza, que entra por la puerta del bar.

No lo odia, bueno, a veces, sí; aunque se odia más a sí misma, sobre todo, cuando relee los mensajes del móvil que se han mandado desde que empezaron. Adán, evasivo, cortante, escueto. Y, ella –por fin, se percata–, tan dependiente. Victoria, que había aprendido a no correrles detrás, está intoxicada: se ha enganchado a las macrodopaminas que le genera Adán con cada pelea, silencio, reconciliación. Padece el síndrome hormonal tóxico: su organismo exige la sustancia. Gravitar de la tristeza a la felicidad se torna una necesidad tan básica como dormir, comer o mear.

Cuando Adán la llama, se le ha olvidado la lección: no cogerle el teléfono, no callar cómo le ha hecho sentir, no quedar con él a no ser que haya cortado con Vane. Bastan pocas palabras para convocarla.

Adán y Victoria se besan en un restaurante chino que publicita la comida con reproducciones de ramen de plástico en el escaparate. A los pocos días, ya han vuelto a lo mismo: a esconderse de Vane, a esnifarse mientras follan, a encadenar bares, el Club, afters; a pelearse en las esquinas –¿pero qué dices, loca?, ¿así me pagas lo que hago por ti?–, a gritarse por el móvil –¡Qué obsesión!, salir cada dos por tres de gira, si seguro que luego no ganáis una mierda, así, no vas a poder permitirte un piso para ti sola nunca–, a soportar el castigo de silencio de Adán.

A jugar.

Victoria está tumbada sobre una mesa camilla, reconvertida en mesa comedor, con un mantel que esconde las patas que adivina deben de ser muy feas. Adán está concentrado en su pubis: con dos dedos peina y recoloca los pelillos.

–Tienes un coño precioso, pero, tía, no está convenientemente depilado. Pero no te preocupes, esto lo arreglo yo en un segundo.

Victoria se incorpora. No le gusta lo que siente. Ensaya excusas: «Soy un tanto dejada…, lo he llevado de mil maneras…, pero ahora me gusta selvático…».

Adán la ignora. Victoria lo persigue con la mirada hasta que él entra en el baño. Entonces ella se concentra en los ruidos. Lo imagina buscando herramientas; la cuchilla, la crema de afeitar. Se agarra a la mesa y se deja penetrar por los latidos de su propio corazón. Pum, pum, pum. Rebotan contra la madera. A cada pum mata un poco más el deseo de decirle que no le apetece que lo haga. Pero incluso con los ojos cerrados, solo percibe el verde de los ojos de Adán. Se ha planteado extirparse ese tumor amoroso tantas veces. Pero. Se ha prometido imitarle, corresponder a sus tiempos; dos días sin responderme, dos días sin responderte yo; una semana sin quedar, una semana sin permitir que quedemos yo. Pero la mesa le recuerda lo perdida que está, una náufraga aferrada a una tabla con patas que deben de ser muy feas.

Para Adán, todo es un juego, podría serlo para ti también, ¿no?

Le saca más de quince años, él es su Pigmalión y ella, su puta, su niña, su zorra, su musa. Se siente una marioneta entre sus manos de estatua. Su voz afelpada tras los muros del baño: «A algunas no os gusta verlo rasurado, os da miedo –Un rumor de agua–. Y cuando os decimos que no, que no parecéis niñas, nos miráis como a pedófilos». La observación le arranca una sonrisa pudorosa, a ella, la huidiza de la vergüenza.

Adán emerge del baño armado, levanta el brazo con la navaja, y se aproxima. Victoria se tumba, vuelve a cerrar los ojos y, como tantas veces con los hombres, se deja hacer.

Una tarde Adán la aborda con una sorpresa: «Si la quieres, tienes que pillarme». Y sube corriendo las cuatro plantas. Victoria piensa que le ha encontrado un loft barato en esa ciudad de alquileres que darían para la entrada de un bungaló en la playa. Sospecha que está celoso, que por eso lo ha buscado. A Adán no le gusta que comparta casa con Felipe, el dueño del Club. Victoria se fija en los oxidados buzones de los vecinos, colmena de noticias en un estado lamentable; ¿hace cuánto que no los cambian? La pared luce desconchones, y el gotelé desprendido se amontona en el suelo. Aunque no le apetezca mucho hacer ejercicio –tiene la regla–, trota edificio arriba, los rayos de sol sucediéndose en los pies. Cuando Adán le cierra la puerta en las narices, le falta el aire; «¡Abre, abre!, ¡joder!». Del otro lado, la risa de Adán.

«Te quedaste sin sorpresa, torpe, que eres una torpe, a ver cuándo aprendes a correr: pareces una niña». «Soy una niña, y por eso corro veloz como una gacela». «No lo eres, se te marcan las arrugas». Y Victoria: «¡Serás cabrón!… ¡O me abres o me largo!». Por respuesta, silencio. Más silencio. Silencio.

Hasta que el picaporte cede.

Un ventanuco la riega de sol, motas bailan entre los rayos. Lanza miradas inquietas a izquierda y a derecha. Solo la luz desparramándose por el salón, solo un tenue olor a chocolate, solo las desordenadas costillas de la casa; así imaginaba que serían los pisos en La Latina, con suelos inclinados y vigas torcidas, con

esquinas abuhardilladas que en un despiste se cobran tu cabeza. ¿Pero dónde está Adán? Los libros forran con más polvo las paredes y Victoria sueña que los libros que escribirá algún día les hacen compañía.

Entonces Adán se abalanza, y la respiración de Victoria se anima; *lo sabes, lo quieres, a este lo quieres;* su visión se despeña dentro de Adán; sus bocas tan cerca. La besa, y cuando Victoria responde, empieza el baile. Adán retrocede y ella se aproxima: «Tía, no me metas tanto la lengua. Besas muy raro». Como le resulta amenazante su actitud, Victoria se aleja, y cambian las tornas: «¿Dónde vas?, no te enfades, que solo estoy diciendo que no me metas tanto la lengua», y a Victoria se le transparenta la necesidad de propinarle un rodillazo en el paquete; «¿Cómo?», le lanza con las tetas bélicas. «Nada, nada –sacude la cabeza Adán– olvídalo».

Vuestras bocas tan cerca, lo quieres.

«Cierra los ojos», exige Adán mientras la guía hacia la habitación. Victoria tropieza con unos tablones de parqué rotos y se golpea contra un rincón abuhardillado. «Tía, vigila, que me aburren tus moratones», ladra Adán antes de cegarla con una venda.

La tira sobre la cama. Desanuda la venda. Victoria no abre los ojos, escuecen, Adán ha apretado demasiado el lazo. Palpa varios artilugios. Gélidos como el frigo vacío de Adán. «Pero ¡qué…!», exclama al despegar al fin los párpados. Ante ella, un parque temático del placer no consensuado: dildos como rascacielos que difícilmente la podrán satisfacer, fustas para caballos, corsés con pinchos.

Te sientes un juguete, un vibrador.

Desnudos.

El cuerpo de Adán es siempre un acontecimiento, da igual cuántas veces lo revisite, tiene la sensación de que es un universo nuevo, tan blanco, tan lunar.

Le calcula las cabezas griegas; ocho y sopesa el paquete: no, no tiene una polla grande; a lo sumo, mediana; a lo sumo, sumo, muy lejos de las monstruosas pollas de plástico que le han crecido al somier. ¿Hermosa?, sí, muy hermosa. ¿Vello?, poco. ¿Piel?, suave,

pálida. Tanta claridad ciega. En realidad, la gracia del cuerpo de Adán es femenina.

Victoria busca el chocolate, pero no debe de ser para ella, se lo debe de haber zampado Adán para merendar, que ya la ha intentado forzar con los juguetes que, en vez de gemidos, le arrancan lamentos, tras los que se esconde el aviso de que ¡tengo el periodo y llevo un tampón!, pero Adán no escucha. Cada vez más molesto, constata, «Tía, eres una quejica». Victoria rechaza el instrumento de tortura del arnés, y para domar el enojo de Adán, mordisquea la gracia femenina de su cuerpo. Cuando alcanza el glande, él gime. Victoria quiere que le corresponda, así que se tiende sobre el suelo. Te toca a ti, parece decir, pero antes de que haga nada, requiere.

–Espera.

Adán, esforzándose en descifrar el enigma, por fin, deduce:

–Tienes la regla.

Victoria se quita el tampón. Adán sacude la cabeza:

–No me mola.

–¿No hablarás en serio?

–¿Qué pasa? Si a ti no te gusta hacer algo, no me voy a enfadar porque no quieras. El tuyo no huele mal, pero no sabes cómo llegan a oler. Y el sabor…

–Es decir, no comes coños con la regla.

–¡Por dios!, ¡qué asco! –Adán la mira pensativo–. Además, no queréis follar cuando estáis así.

–En eso te equivocas; yo, sí. ¿Qué hago sino tumbada en el suelo?

–Es verdad, se me olvidaba que tú siempre estás salida –observa Adán y con una sonrisa como la de los gatos de plástico de las tiendas chinas, sugiere–; hacemos una cosa, si te lo como, me invitas a cenar.

–Si te dejo que me lo comas, me vas a tener que pagar tú por ello. De hecho, si no me lo comes ahora, no vamos a follar más: no follaremos hasta que no me lo comas con la regla. Si pierdes esta oportunidad, vamos a tener que esperar como mínimo un mes.

Y por primera vez desde que lo conoce, Victoria gana.

La sorpresa de Adán va más allá del parque temático del placer no consensuado. Adán tiene una propuesta. Lo ha dejado con la novia:

«Estoy harto de esconderme», así que exige que Victoria también deje de hacerlo. «Yo no me escondo», replica. Y Adán, apretándole la mano, la contradice con una sonrisa, «Está Pati, están los otros».

Victoria lo mira sin entender, un temblor en el ojo. A Pati no le dijo nada porque Adán no cree en el poliamor, es cierto, pero luego cuando lo descubrió, Pati la perdonó. Es su mejor amiga. ¿Y qué es eso de los otros? Cuando le recuerda que está en una relación abierta porque quiere, los dedos de Adán empiezan a treparle por el brazo como hormigas hasta llegar al mentón. La besa. Las hormigas trepan deseo arriba por las nalgas, el clítoris. Victoria traga el veneno. «Preferiría que te centrases en esto, en lo que tenemos, ¿crees que le pasa a todo el mundo?, ¿no me digas que no te has fijado en cómo nos miran cuando paseamos juntos?».

A Adán no le hace falta insistir para convencerte de que lo vuestro es especial, el corazón encabritado cada vez que lo hueles.

Más tarde Victoria descubrirá que le ha mentido sobre Vane.

Fue ella y no él quien lo dejó.

Eso también lo pasarás por alto.

«Pero tú, ¿qué es lo que quieres?». «A ti. Entera». Y a Victoria se le cuartea la piel como tierra bajo la canícula. Adán pide lo que no puede dar. Victoria quiere viajar, dar conciertos fuera de Madrid, sin pedir permiso ni dar explicaciones. Es mejor no aceptar, pero el campo de atracción se vuelve tan intenso, que la traga.

2009
Vínculos

Victoria ha paseado por Madrid sola de madrugada muchas veces, antes no le atemorizaba, pero ahora sí. Tal vez sean las noticias, las violaciones. El síndrome de Alcàsser regurgita: el temor que sintió de niña después de la violación y asesinato de Miriam, Toñi y Desirée. No camines sola, ponte una chaqueta; vivió asustada ante las implicaciones de las advertencias de los mayores. Pensando que era culpable. Hoy, de nuevo, vuelve a sentir miedo de los pasos apresurados, pero cuando se gira, no hay nadie. *Podrías resguardarte en un taxi, pero ¿qué dirección dar?* Rastrea uno de esos garitos que cambian de calle para burlar los controles de la policía; ¿dónde habrá recalado este mes?

Noche tormentosa en Madrid: el viento azota; se le cuela por las medias, pica en la garganta; la chaqueta sin botones no abriga y el aire duro le recuerda a la barba que a veces se dejaba Adán.

Lo echa de menos. A pesar de ser consciente del maltrato –un año de terapia–, lo sigue amando. Lo dejaron. Definitivamente. Y no debe pensar en él. Pero no puede evitar desearlo. No es la primera vez que lo busca.

Adán la visita en sueños húmedos; es un constante crepitar en la noche: las pesadillas que Victoria engarza repiten su nombre. Codicia bajarle los pantalones, meterse su polla; dormiría así lo que le queda de vida. Pero Adán no está. Solo el paso de los días y el silencio. El deseo, en cambio, sí hace ruido: no tiene límites, se ensancha y chorrea.

Victoria no coge ni el primer ni el segundo taxi, tampoco saca la mano con el objetivo de parar al cuarto: su olor a pan, a cielo. Fantasea con encontrarlo en ese after, con exigirle que le pida perdón. Mira al cielo, pero la luna, agazapada entre las nubes, también la rehúye y las estrellas tampoco se reflejan en los parabrisas de los coches.

Le suena que el after queda ahora por Quevedo, así que corta por la calle de la casa Galera, de la prisión de mujeres que se convirtió en clínica de locas: «Nos llevaban por tener jaqueca». Un chico la mira antes de subirse a la moto y Victoria agacha la cabeza, redobla la velocidad de su andar borracho.

Una pareja se enlaza, el invierno no les llega.

Ya sufrirán como lo hicisteis vosotros.

Al menos, los zapatos Martens la protegen, pero de tobillos para arriba… congelada.

Las luces de los coches ruedan. Victoria no quiere un taxi, quiere una peregrinación, llegar a Adán a pie, como si cada esquina fuera un alto en su trayectoria. Tararea la canción de Jeanne Moreau, *On s'est connu, on s'est reconnu. On s'est perdu de vue, on s'est reperdu d'vue. On s'est retrouvé, on s'est réchauffé. Puis on s'est séparé.* Todas las veces que Adán y Victoria cortaron, todas las que volvieron. Todas las que se pelearon. Todas las que se amaron. Desde entonces cada vez que un amante intenta traspasar la frontera, las astillas se le hunden en el corazón. Y Victoria huye.

Las calles de Chamberí son pardas: un laberinto de ladrillos superpuestos. Cuando un hombre le silba, Victoria desea haber cogido el primer taxi, el segundo, el tercero. Piensa en aquella película sobre una violación, nueve minutos, nueve minutos, *Irreversible,* y a punto está de vomitar el intestino grueso. Redobla el paso, bucea en las farolas encendidas. Sueña con sudores, cielos. Se nota en su interior cuando comprende: la persiana del after está bajada.

Se pone de cuclillas, fin de la peregrinación. Y en esa postura ridícula, Victoria levanta la mano y para un taxi.

Hace semanas que Victoria no limpia. En casa la reciben marañas de pelo de gato. Ni cerveza, ni comida, ni a quién llamar. Al menos ha hecho las paces con sus padres. Al menos ha vuelto al antiguo piso de los abuelos. Pasa la mano por las paredes a las que quitó el gotelé. Cuando llega al salón, se deja caer en el sofá. Prácticamente no caben los libros en la estantería. El espectáculo lo ponen ellos. No tiene tele. Siempre queriendo su propio espacio para celebrar fiestas, y ahora no le apetece tener a gente bailando en casa. El

gato se le cuela entre las piernas y maúlla con el llanto de un bebé. Lo abraza, una bolita atigrada que en vez de cola tiene un pompón. Nació así. «Totoro», le dice, con la nariz pegada a la suya.

Al tiempo que se desmaquilla, la leche limpiadora disuelta en lágrimas, Victoria sonríe al recordar cuántos eneros ha tenido que dormir con varios jerséis puestos. Los radiadores encendidos en su nuevo hogar, ahora le basta con el pijama. Terminó la carrera, hizo un máster. Está de prácticas en un periódico, un buen periódico. Aunque el grupo de música se separó, cobra royalties por las canciones. La depresión le ha inspirado varios poemas y algunos relatos.

Los vinilos ordenados alfabéticamente; una Thermomix, el futón japonés que siempre quiso comprar. Una terraza. Un ático en el barrio que tanto ama, Lavapiés.

Pero no le basta.

Adán está con otra. Con una más joven que ella. Se agarra a la esperanza. *Habéis cortado y habéis vuelto tantas veces.* Mientras, decide hacer caso a su madre que tantas veces le ha repetido, no vale la pena, solo piensan con la polla. Al refranero, un clavo quita a otro clavo; a rey muerto, rey puesto. A su hermano cuyo leitmotiv es: cuatro amantes es la rotación perfecta.

Victoria no recuerda cómo llegaron a la cama. Quiere reconstruir lo que pasó la noche anterior, pero con el mono loco saltando en la cabeza de rama en rama, no es fácil. Ahora el mono está obsesionadísimo por dilucidar qué representa la mancha de tinta en el gemelo de Jorge. Intrigada, Victoria la persigue, pero el folleteo y la resaca no le dejan apreciarla.

En cuanto Jorge se corre, sale a la terraza sin decirle nada a Victoria. Un ficus enorme, buganvillas –con lo difíciles que son de cultivar en Madrid–, aromáticas. A Victoria se le dan mejor las plantas que las personas.

En gayumbos –¿Cómo es posible que no se congele con este clima de primavera infiel?–, Jorge no logra disimular la barriga, pero ahí en la mejilla está el hoyuelo. *Te gusta, ya no te gusta, te gusta, ya no te gusta. Te gusta.*

Victoria se sienta a su lado y coloca el móvil bocabajo: ha decidido no atender a nadie, no ducharse, tanto ansía conservar el olor de Jorge. Con la vista más allá de los edificios, Jorge le habla sobre sus cinco años en Londres («viví en Shoreditch»). Sobre el empleo como friegaplatos en Ámsterdam («echo de menos la bici»). Sobre una red social para practicar idiomas («la estoy montando con amigos»). Sobre la ex, con la que ha compartido piso en Alcorcón hasta hace seis meses («terminó bien, sin peleas»).

De repente, a Victoria se le hace simpático.

Después de acostarse durante el último mes –¿o mes y medio?– con un elevado múltiple de cuatro –cuatro amantes es la rotación perfecta dice su hermano–, le queda la sensación de vivir una farsa, una coreografía al dictado de un guion. Cada vez que los candidatos a amantes se interesan por el trabajo, la familia, el piso, fusila respuestas con entonación de actriz. Se siente sucia de tanto representar a ese personaje autosuficiente. Se le ha metido en la cabeza la enseñanza de su hermano Abraham. «Cuatro amantes es la rotación perfecta, cuatro es la rotación ideal», lo oye susurrar en el aire.

Estos días persigue la emoción como una heroinómana: los arrastra al suelo, se los folla enrabietada: rojeces en las nalgas, más trazado sobre la piel. Entonces recuerda: anoche no le habría importado enamorarse de Jorge, la vista en su *tattoo*, en esa mancha que la imaginación transmuta en hermosas visiones de los dos abrazados. Metida en cavilaciones, tarda en procesar la pregunta de Jorge: «¿Tienes hambre?». «No», contesta Victoria. «Yo sí. Muchísima». Victoria se imagina entre ollas y difusores; descongelando el rape, poniendo el mantel.

–Bueno, ya es hora de marchar –anuncia Jorge, su tono de voz inmutable.

Como tantas veces, Victoria confía: me pedirá el teléfono antes de marchar. Lo contempla vestirse (seguro que me lo pide), mear (ahora me lo pide), respirar (¡ahora, ahora!). Con el fin de posponer su partida, le ofrece algo de beber.

–Estoy bien, gracias.

Previo giro de talones, Jorge cruza el dintel. Y así, sin ninguna variación en la temperatura ni en el aire, la puerta se cierra.

Y con el portazo, contrariada, Victoria asiste a la despedida de todos los *tattoos* tribales que ha odiado en la vida. Porque mientras Jorge se enfundaba los pantalones, lo vio. Un maldito tatuaje tribal en su gemelo, un maldito diseño curvo en el que se entrelazan triángulos, espirales y cuadrados; una ornamentación que confunde nudos celtas con anzuelos; y ahora Jorge se va, y Victoria se queda sola ensartando soledades porque los dueños de esos tatuajes son unos veletas que abrazan cualquier moda –y por lo tanto, cualquier mujer– que suene cool.

Dicen que es igual que Victoria. Dicen que se le parece. Morena, pelo largo, ojos miel. Pero es más alta. Pero es más joven. Tiene más pecho que Victoria.

Todos se lo quieren cotillear. Adán sale con una chica menor. ¿Cuánto menor? Tiene los mismos que tú cuando os liasteis, los mismos que tú cuando Vane lo dejó; los mismos…

Victoria los espía por Facebook y descubre que Adán le ha regalado a la nueva un libro de Jane Birkin y Serge Gainsbourg, la vara con la que medía su relación, Victoria era su Jane y él, su Serge. Se pregunta cómo es capaz Adán de traspasar la cotidianidad de un cuerpo a otro, de transmigrarse. Tanto husmea que encuentra. Fotos del carmín de ella en su taza. Fotos de ella con su camisa. Fotos de ella sobre la alfombra (la cubitera que Victoria le compró en segundo plano). Fotos de.

Se habrán comprado un perro.

Habrá escrito su nombre en el buzón.

Cuando en un concierto los ve besuquearse, Victoria se aferra al tercio como al mástil de un barco. Y luego lo aprieta con la intención de romperlo, de que el cristal le perfore la mano. Ella, misma edad; misma profesión; ¿mismas ansias? *Y esa complicidad que destilan, ¿por qué no la conocisteis vosotros?*

Pronto nadie recordará que Victoria y Adán fueron pareja, ni tan siquiera los fósiles. *Sin embargo, todavía te resuena su voz en el*

pecho.

Cuando se acostó con Jorge, ya había ligado con Toño, el líder de una banda de power pop con una hinchada lista de fans, que se convirtió en amante a pesar de las reticencias de Victoria. De una sesión a otra, el sexo pasó de accidentado a apoteósico.

Cuando se acuestan, él va tan perjudicado que su pene solo responde si Victoria combina miradas concupiscentes a lo Sasha Gray con una masturbación tan artificiosa que parece sacada de las pelis porno que ha visto de adolescente con su hermano Abraham.

Cuando la penetra, decide que no le gusta: Toño huele a gato muerto. No le importa que estén rellenitos; debajo de la camisa, la grasa cae, eso le da igual, es el olor a vinagre y a repollo lo que la desalienta. Tiene que levantarse, tiene que prender el aire acondicionado; tiene que extender la mano, agarrar la cerveza, pegarle sorbos; tiene que comprobar el móvil. Tiene que escapar del olor.

Además, la boca de Toño se le hace un saco de medusas: lenguas que bombardean dientes como si quisieran derribar un muro. Pero ella no es un muro, es una presa llena de agua.

Por lo de la lengua y por lo del olor, intenta cabalgarlo, pero Toño es indomable, Toño es un adulador y como buen complaciente ansía controlar y con él encima, no hay manera de orearse. Se le restriega como un gato en celo. Cri; crii; criii; el ruido del vello sobre su pecho; cri; crii; criii; si el olor es desagradable, el sonido se le hace asqueroso.

Su impresión de las pollas siempre ha sido subjetiva; las observa con un anhelo no figurativo. Al menos, en eso sí le ha funcionado la contemplación del mundo a lo Caspar David Friedrich, con el ojo físico cerrado y el espiritual abierto. Si el tío le gusta, la magnifica, y no ya solo el tamaño, también su forma, tacto, olor, aroma; pero si no le atrae, la menosprecia.

Esta tarde la polla de Toño se le hace pequeña.

Otra razón por la que prefiere estar encima es el contacto. Lo teme. No la penetración, por supuesto, eso no. Le asustan los

abrazos, de ahí que opte casi siempre por testimoniar cómo la verga entra y sale; por eso, está emperrada en follar desde arriba. En esa postura puede apreciar fría y objetivamente la práctica. Cosificar el sexo la calma. Pero Toño se empeña tanto en asir, besar, retener, que le recuerda a las mofetas de la Warner.

Y la lengua en la vulva, y los dedos en el clítoris, y la polla saliendo y entrando rápidamente, y la polla entrando y saliendo lentamente. Pero ella piensa en los vasos rallados por la espuma de las cañas; en escribir poesía o narrativa, cualquier cosa que no sea para el periódico; en *customizar* una pizza tres quesos con unas anchoas de Santoña; en fregar los cacharros, menuda pila; en los maullidos de Totoro cuando tiene hambre; en la peli de Murnau que verá cuando se pire (¿y si no se pira?). En beber.

Entonces Toño se le corre encima (después de pedir permiso) y se retira cabizbajo (después de pedir permiso). Victoria supone que no repetirán, así que guarda la promesa de sus modales, la certidumbre de que a pesar de no desear nada, con él sí que podría cultivar una amistad. Al menos, ha sido sexo con preservativo.

Lo recuerda todavía varios días, recostado sobre el sofá, sudando ríos, con el pelo lacio sobre el ojo y la mano en la polla. Ya lo ha olvidado cuando la contacta la semana siguiente: «Ey. ¿Qué tal? Te invito a cenar en mi piso».

Toño vive en un apartamento interior que da a una magnífica corrala donde las ropas tendidas ondean en direcciones opuestas. A Victoria, las balaustradas de madera y los tiestos de pensamientos y kalanchoes en los pasillos le hacen el edificio entrañable. La casa es pequeña y oscura (pocas ventanas). No tiene casi muebles. El gotelé de las paredes casa mal con los teclados, guitarras y sintes de su nuevo amigo. Es precisamente entre esos corredores donde Victoria decide convertirlo en amante; otra posibilidad tampoco queda, Toño tiene novia.

Lo que más le gusta a Victoria es lo refinado que es en la pasión: la entrega con la que le hace el amor mientras los vencejos afinan el aire, la veneración con la que la desnuda y la técnica con la que la penetra con su polla bien grande. Porque ahora su polla le parece grande. Bien grande.

Lo que más le satisface es oírle celebrar el feo lunar de su nalga. Un poco más y consigue que deje de avergonzarla. Que Toño le confiese haberla deseado en la distancia y no haberse atrevido a actuar, la termina por enganchar.

Lo que no entiende –contradicciones del yo que valora mejor las situaciones ajenas que las propias– es por qué Toño se empeña en mantenerse en una relación que no funciona. Se pregunta si la fina melancolía de sus gestos es señal de su tristeza o si, en realidad, es impostada como sus canciones. Su nostalgia es tan enfermiza que se le contagia. Curiosamente no vuelve a oler mal, debió de ser aquella tarde de tanto bolo y calor.

Toño se aficiona a sus visitas, a aquellas veladas de insólitos platos a los que da el último hervor cuando Victoria timbra. Pero duran solo un mes. Y una mañana al ir a comprar el periódico, Victoria se lo cruza. Toño camina sonriente de la mano de su chica por Argumosa, pero en cuanto reconoce a Victoria, baja la mirada.

Ella, que ha agarrado resfriados por pasear desnuda ante sus amantes al ser consciente del efecto que produce, ahora nota cómo se extingue su atractivo. Eso la enfurece. Le gustaría que la edad quebrara los espejos, para no tener que compararse con la imagen idealizada de la nueva novia de Adán.

Victoria se folla todo lo que se mueve porque quiere ser parte de una historia, la de las mujeres-que-se-follan-todolo-que-se-mueve. Quiere ser un paradigma, el de la *femme fatale.* Finge y actúa en una *perfomance* del deseo. Necesita el escalofrío del otro, la mirada ávida del otro, saberlos secuestrados del espacio, del tiempo. Recorrer su espalda como si estuviera escribiendo mensajes, soplarles el ansia al oído, mirar debajo de la carne. Y entonces pasa: la cazadora es cazada y lo que debió ser un pasatiempo se traga su vida: de deseada a deseante, a deseante encadenada. Porque ya no sabe cómo ser autónoma con el recuerdo de la carne del otro. No solo echa de menos a Adán, Jorge, Toño, Salva, Nacho… Al día siguiente de follar, los desea, sufre resaca, amor poscoital. *Pero como no has aprendido a nombrarlo, como no has reflexionado*

sobre ello, caes. No sabe ser epidérmica; no folla con la superficie, el encuentro la abre y por el resquicio se le cuelan dentro.

De todos modos, ¿qué ganarías si los fidelizaras? ¿Si los convirtieras en amantes recurrentes?, ¿en vínculos?

¿Cuántas veces le han dicho: «¿Cómo no querría estar contigo?, ¡si me lo paso genial! Sería de locos dejarte»? Se lo pasan genial, sí, pero la luz los ciega y no les deja ver el fondo.

Se da cuenta de que ella también es víctima de un autoengaño. Idealiza a los amantes: les sonoriza cadencias que no les resuenan, los proyecta más intelectuales, elocuentes y creativos; les borda aptitudes que no ostentan. El silencio los envuelve de encanto. A Victoria le fascinan los dramas: así que juega; agasaja a sus ligues con las mismas migajas que ellos le dan. Pero cuando se acuclilla en yoga o se acoda en la mesa antes de escribir, palpita el mordisco, el arañazo, el moratón. Aquellas lesiones revelan que sí, que han estado follando en un baño, aquellas heridas extasiadas transparentan la ondulación de un cuerpo, de una figura huesuda o rellenita. Son mensajes ajenos al tiempo y al espacio, un túnel de emociones por el subsuelo de una ciudad donde las sombras tienen más consistencia que los cuerpos. Si pudiera frenar su eco, pero las percibe enroscadas en el aire, infiltradas en la luz, en ese Madrid de «un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas)», de presencias que se volatilizan en medio de la avenida.

En esa ciudad poblada de soledades.

Victoria no es feliz sola. Cree que su ser empieza en el otro, que su esencia empieza donde el otro. Sin verse reflejada en el deseo de otra persona, desaparece. No le vale lo esporádico, necesita fidelizar, que se queden, que no termine en el polvo del desayuno y-si-te-he-visto-no-me-acuerdo. Pero la estabilidad relacional la elude. Todos esos encuentros alcoholizados con hombres evasivos, todos esos me-gustas-ahora-en-el-fulgor-de-la-cama y la puerta que se cierra al mundo que los traga y-ya-no-te-vuelvo-a-ver.

Porque Madrid podrá ser una capital de coincidencias, donde tropezar con algunos ex, como Adán, es fácil hasta cuando se deja

de visitar los lugares comunes. Pero cuando se desea rencontrar a un ligue de una noche, es-que-no-hay-manera.

Hace tiempo que Victoria no se acuesta con mujeres. *Menos Pati, siempre te costaron, ¿quizá por el maltrato que sufriste de niña?* Teme que la dañen, que la desprecien. Echa de menos a Pati. Lo que habían construido juntas. *Oler su piel café, su piel chocolate, su piel-todo-lo-que-te-gusta.* Hundirse en su boca, adentrarse en el abismo suave, bucear juntas. Sus dientes corales y los peces en su axila; las aletas de sus omoplatos; su cuerpo oleaje. Adentrarse en ese refugio de corrientes tranquilas; lamer, sorber las crecidas vulvares, amortiguar su grito con la lengua entre las nalgas.

Pero vuestro amor amainó hace tiempo.

Mejor amigas.

A pesar de que no están en su ambiente, sino en un bar de reguetón en Vallecas, los amigos de Victoria parecen divertirse. Si la música estuviera más bajita, solo se les oiría a ellos atronar el suelo con su voluntad de jarana. Victoria no se deja engañar: la jovialidad aparente es un hábito para la pesadumbre, la búsqueda de placer es un analgésico para el dolor. Está convencida de que todos buscan algo; ¿qué hacen sino en un club insalubre con tres taburetes y luces de los chinos de madrugada? Posponen el vacío con el que se acostarán al volver a casa.

Coque, con un recién inaugurado bigote por el que desliza de vez en cuando la mano, la vigila, y con el fin de inocularle la euforia, la consuela con visitas blancas al baño. La respuesta de Victoria es un espejismo bidimensional de felicidad.

En comparación con la clientela, sus bailes son torpes. Poco a poco, se mezclan con los parroquianos, que los hacen girar. A Victoria la conmueve la montaña rusa por la que los hacen ascender. No son ni las dos de la madrugada, pero su organismo marca las cinco, así que asume que cada paso de baile equivale a varias vueltas a la manecilla del reloj.

El local, un rectángulo frío sin ningún cuadro u otra decoración en las paredes, la oprime como una serpiente y se ve atravesando un túnel en el asiento trasero de un taxi. Adán le mete la lengua, Victoria lo abraza, pero solo estrecha el aire. En la barra, los amigos,

ajenos a sus imaginaciones, ríen sudorosos. *¿Dónde y cuándo te has perdido tú?* En el instante en el que considera las ojeras en el espejo del baño; las clavículas entre la piel tirante.

Demasiado consciente de sus movimientos, intenta olvidar a Adán bailando. Siente las miradas en su cuerpo, como si los haces de luz de la discoteca la estuvieran manoseando. Se cansa pronto y recula hasta refugiarse en Coque. El antiguo titán discográfico, todavía resentido por el desastre empresarial (ha tenido que cerrar el sello), bebe, bebe, bebe.

Es entonces cuando aparece Muñeca: cien kilos de hombros, caderas, muslos y un tizón de pelo. Ante los ojos atónitos de Coque, que vuelve a atusar su poco poblado bigote, agarra a Victoria como si fuera una piruleta, y la arrastra a la pista. «No sé bailar, nunca se me ha dado bien». Pero a la uruguaya no le importan los remilgos.

Jadeando, plegada sobre sí misma, en un descuido de su acompañante, Victoria se escabulle. Pero Muñeca la sigue, sus labios como colchones hinchables le crecen en la oreja. «Sos preciosa. Nunca vi una mujer tan linda, tan flaca, tan pálida. Deja que te enseñe a bailar». Y se enrollan y Muñeca caza la mano de Victoria y se la coloca en el culo. Y se enrollan, y Victoria siente el soplido de alcohol en la garganta.

Te dejas. Te gusta sentir sus dedos. Son un sortilegio anti-Adán.

Entre chupitos y bailes, Muñeca le cuenta su historia. Hasta los quince años vivió en Villa Soriano, una localidad bañada por el río Negro, en una casa que Victoria imagina prácticamente vacía, pero limpia y recogida, con tablones asimétricos y una techumbre de varas de colihue, ¿o esas cañas no existen en Uruguay? Muñeca reconoce que no se crio con comodidades, pero que tampoco le faltó de nada. Cuando llegó a Madrid, atraída por la historia de una tía que reside en la capital, empezó fregando platos. «Trabajé duro». Al cabo de cinco *–¿O eran siete años?–* se convirtió en cocinera. Vive en Cuatro Caminos, un barrio que Victoria nunca pisa, ya que lo recuerda de sus primeras visitas a la ciudad, cuando la encontró ruidosa y contaminada a causa de un scalextric mastodóntico que sabe que ya no existe pero que prefiere pensar que sí que existe. Y se vuelven a enrollar ante la mirada de Coque, que ya no se atusa la

pelusa de la cara, pero sí inclina el cuello en un acto reflejo con el que intenta disimular el espionaje.

Frente al váter, Muñeca anuncia que tiene la regla.

Victoria corre el pestillo.

Le separa las piernas que chocan con las paredes, tira del hilo del tampón y, como si se preparara para una inmersión a 40 metros de profundidad, Victoria coge aire. Su cabeza entre tanta carne parece minúscula, como si Bilquis, la reina de Sheba, fuera a engullirla por la vagina.

Con los ojos cerrados, rezando para que Muñeca no note que hace meses que no ama a una mujer –le da vergüenza no parecer experta, no ser quien su hermano la ha codificado para ser–, Victoria piensa en Lola, la primera mujer con la que se acostó. Ella también tenía el periodo, pero al contrario que Muñeca, le rogó que no la comiera. Pero a Victoria nunca le ha asustado la sangre. No entiende el asco. ¿Qué hay de asqueroso en lamer una vulva que sangra? Necesita comprobar a qué saben, a qué huelen; necesita colocarse de presente. Demostrar algo. Descubre que bucear al centro de una mujer es viajar al centro del universo. El centro del universo es salado y sabe a hierro.

Con Lola, Victoria tuvo la impresión de bucear por un barco hundido en el océano. En la habitación contigua, Sandra, la pareja de Lola, se acostaba con otra mujer. Los gemidos se colaban por las paredes. En algún punto, el cuerpo de Lola comenzó a agitarse. Victoria nunca supo si llegó a correrse o si lo fingió –¿Sentía celos de Sandra?, ¿o le daba tanto corte que se lo comieran con la regla que lo que intentaba era que Victoria parara?– pero lo cierto es que cuando se separó, el cuerpo de Lola refulgía.

Muñeca sí se vino.

Al augurar el orgasmo, Victoria deja de mover la lengua y su cuello queda pinzado por la piernas de Muñeca. Así, sin más, Muñeca se levanta, saca un papelillo, escancia el contenido y cocina dos rayas. En vez de coca, parece pulverizar una perla. Las pulseras se le agitan en el brazo mientras pica, el gesto tan integrado que parece haber nacido sabiendo.

A partir de ahí todo es fácil. Hasta que Victoria anuncia su intención de irse. Entonces empieza la persecución; no queda un milímetro del bar donde Muñeca no la acorrale. Coque, que ha estado atento a la jugada, coordina la operación de huida. Al subirse sola al taxi, Victoria llora sin saber muy bien por qué.

Vives encadenando enamoramientos. ¿Es que no puedes parar? ¿Y qué culpa tenía ella de estar enganchada a la oxitocina, la dopamina y la endorfina? *Si solo fuera tu adicción al tacto y a follar, pero es que a eso le sumas el alcohol y las drogas. Todo eso te dejará vacía. Quieres estar arriba, pero es abajo donde se aprende.*

¿Y qué culpa tenía ella de creer que debía interpretar un papel para que los demás la adoraran: si sale, si habla, si baila, si bebe, si canta, entonces Victoria. Victoria se percata de que su mal de nacimiento es querer autodestruirse. Baila, baila, baila, sabe que cuando pase el umbral del dolor, verá una luz, el cuerpo ligero como si hubiera visto a Dios. Aunque a veces haga locuras, como es una equilibrista, sitúa la copa en el hueco de la cabeza y baila. La copa cae. Sitúa otra y baila. La copa cae. Sitúa otra y baila. La copa cae. Bebe, bebe, bebe. Hace la voltereta, el pino puente, pierde el equilibrio y se disloca el hombro. Bebe, bebe, bebe. After en su piso, corren drogados, se riegan con aceite, Victoria agarra un bote de harina. «Pero ¡qué haces!, ¡si es tu casa!». Y el parqué se vuelve fangoso. Bebe, bebe, bebe. Nochevieja en su salón, la mesa recién puesta, canapés, gambas, vasos colmados de vino, ansias de ver qué sucede si quita el mantel. Y todo se tiñe de rojo. Pasatiempos para anestesiar a Adán que le duele como una balacera en el pecho.

Anoche, antes de caer agotado nada más correrse, Dani le alcanzó una camiseta. Ahora el cuarto tiembla con sus ronquidos y Victoria gira de un lado a otro presa de su abrazo. Una parte de ella desea acurrucarse al lado de su excompañero del cole y otra marcharse a dormir a casa de sus padres. Ha ido a hacerse una revisión médica.

Victoria se despega cuanto puede de su miembro –el colchón no alcanza el metro veinte–, y se escabulle de la trampa de su brazo. Cambia de postura.

Por la ventana, los aleros se pierden en la contaminación; en Alicante las nubes se deshilachan como espuma de mar. Dani sigue con su resuello. Victoria observa las pestañas rubias, las pecas tristes. Quiere tocarlo. Todavía restalla el sabor medicinal de la ginebra en la garganta. A punto está de levantarse cuando recuerda a su madre; comprenderá que se ha drogado. Ella que prometió que nunca más, que le juró que se había desenganchado.

No sabe de dónde ha sacado que el poliamor la hará menos vulnerable, como si tener varias parejas, como si acostarse con varios fuera a librarla de la posibilidad de un corazón roto. Se alimenta de sexo como en otras épocas se ha alimentado de alcohol.

Barre la estancia con la mirada. Aunque Dani se ha mudado, los muebles y sus costumbres son los mismos que la última vez que la invitó: ropa desperdigada, sábanas sin lavar, un portátil como equipo de música, un *sari* en la pared.

Las jambas, como en casa de los padres de Victoria, son de madera. Recoge las medias, los anillos. Sentada en el váter, examina las paredes; las mismas fotos sujetas con chinchetas de mujeres desnudas; una ducha sin cortina ni mampara, el cepillo de dientes fuera del vaso en la repisa sucia del lavabo.

Le cuesta orientarse: el pasillo en penumbra, las sombras que la rodean, abre una puerta y se hace la luz. Pero es la cocina. Como si la casa la retuviera, desanda el trayecto varias veces. Cree estar abriendo nuevamente la puerta de la cocina. Es el pasillo del edificio el que la traga. Los felpudos colocados geométricamente, los timbres a la altura perfecta, pero a saber qué secretos se pudren dentro.

No recuerda haber trepado tan alto, los escalones la retuercen; los descansillos la centrifugan; ¿estará bajando al infierno? Por fin, la charla de los transeúntes, los cláxones.

Toma una bocanada de aire. Los edificios anaranjados ondean en el aire denso, sus fachadas, como de papel, le recuerdan al pelo de Dani.

Te sientes especial.

Se voltea continuamente, ningún taxi libre, ninguno ocupado. Valora coger un bus. Pero como mínimo tardará 30 minutos en pasar por la parada; es decir, no estaría en casa hasta dentro de una hora. Las medias rotas, el cuello del jersey dado de sí; se resfriaría. Teletaxi. Su transporte llegará en cinco minutos. El taxista la mira por el retrovisor mientras Victoria se retoca; agua termal, cacao.

Cierra los ojos.

Adivina que el coche rueda bajo el puente en frente de Los Jesuitas; adivina las hileras de pinos que mantienen la intimidad del puticlub D'Angelo Palace; adivina la fachada de su colegio británico; el aparcamiento vacío del súper; los álamos silenciosos. Reúne el importe de la carrera. La casa está despejada, por no levantar a nadie se mete en la cama sin desmaquillar. Acaricia la camiseta de Dani como si lo estuviera acariciando a él.

Tirita. Ayer se quedó afónica.

Ha bajado a Alicante para una revisión de las cuerdas vocales, el veredicto: hay que operar, los nódulos han crecido demasiado y sería conveniente extirparlos.

En la pared, los coches dibujan trayectos de luz. Tres coches más para enderezarse. Cuatro coches. Cinco coches. Fumiga el espray de propóleo sobre las cuerdas vocales.

Chasquea la lengua. Le cosquillea, como si todavía encerrara un pelo rubio y ondulado. Dani. Lo ve acodado en la barra, con la sonrisa arrugada en los ojos. ¿Qué pensará al despertar sin ella? Acaricia la camiseta. Una corriente de melancolía la arrastra hasta anoche.

–Verás, ahora estoy más tranqui. Antes, cuando quería algo, me abalanzaba sin pensar –confiesa Dani. La camarera recorre la barra veloz, una mancha en el rabillo del ojo de Victoria. La oscuridad está casi tan alta como la música.

Victoria se está quedando sin voz, así que se toma unos segundos antes de contestar. Y Dani ahí mirándola. Y ella que le sonríe como

una idiota. Que siente el corazón encabritado entre las piernas. Le gustaría decirle que le gusta. Que no le basta con follar. Que.
Se incorpora de nuevo sobre el respaldo de la cama en casa de sus padres. Le asquea su imagen en el espejo; un yo delgado, triste. La garganta escuece y arde. *¿Qué hiciste en el bar?* Forzar la voz. Como la vida, Victoria la exprime.

–Pero entonces, ¿tú no has madurado?

–Estamos en ello, disculpen las molestias –carraspea Victoria.

Dani le acaricia la mejilla.

–Así que te has convertido en un médico de renombre, en una estrellita… Hasta te ponen un helicóptero…

–Solo en casos de emergencia. No es para tanto. ¿Te sorprende que estudiara medicina?

–No, pero sinceramente tampoco me habría extrañado si hubieras ingresado en la NASA.

Dani termina la cerveza y en tono irónico, dispara.

–Es verdad. De niña eras muy tímida. Pero luego espabilaste…, nos mirabas como a unos *pardals*. ¿Demasiado nenes para ti? –la camarera les pone otros dos tercios–. Me enteré de que te habías fugado cuando ya te habías ido a Madrid – afirma, y su media sonrisa se deforma en un silencio triste.

Victoria se acerca más porque no puede evitarlo, porque no puede hacer otra cosa; sus pezones rozan la camiseta de Dani. La anticipación le baja del estómago al coño. Se besan. Y a Victoria el mundo le explota en el corazón.

Entonces Dani confiesa que estuvo a punto de abandonar la carrera.

–Claro, la típica crisis del universitario de medicina. ¿Y no te planteas qué habría sucedido si no hubieras estudiado eso?

–Nunca pienso en esos términos.

–Yo sí, constantemente.

Qué habría pasado si no te hubieras escapado a Madrid. Si te hubieras liado con Dani en la época de la uni. Si hubieras seguido escribiendo ficción. Si.

Dani es su isla. Territorio en alta mar, virgen de rutina, libre de las ataduras y del amor romántico.

Dani es su viaje. A la infancia, al deseo que, al no consumarse, nunca se apaga.

Dani es ella; un pedazo de su alma, de su historia, de su vida. Dani es el niño que Victoria un día fue. Cuando Victoria lo mira, recuerda que en la clasificación de las más guapas de la clase que hacían los chicos, ella siempre quedaba a mitad de lista. Porque aunque salió con alguno después de la expedición que hizo con su hermano, con Jordi y con sus amigas al Club, aunque con 16 no estaba tan mal, no era la mujer que es ahora. Lo sabe porque se lo dicen. Se lo gritan en la calle, guapa, se lo babean en los clubes. Pero aún hay algo que impide que se lo crea. Y se esfuerza demasiado.

Estúpida, ¿por qué necesitas la aprobación de los demás? ¿Por qué no te bastas? ¿Qué perseguías? ¿Qué hiciste?

Da. Ni. Da. Ni. Da. Ni.; explosión súbita, regalo infinito, eco constante. Da. Ni. Da. Ni. Da. Ni. Era Da. Ni. su primer día en el cole haciendo muecas divertidas detrás del manual de literatura. Da. Ni. pasando la pelota, facilitando el tiro a puerta en un partido en el que el Británico machacó a los Maristas. Da. Ni. alcanzándole un porro en la puerta de una ermita la tercera vez que hizo pellas. Da. Ni. con quien dejó de hablar y quien dejó de saludarla cuando ella empezó a salir con chicos.

Cuando Victoria está en Madrid, se escriben. Dani le manda canciones; ella, títulos de libros. Victoria las escucha, él los lee y luego comentan. Victoria corresponde a sus tiempos. Si las respuestas de Dani se espacian durante días, dos, tres, cuatro. También las de Victoria. Hasta que de repente, Dani deja de escribir.

Victoria se arranca pellejos de las uñas, pierde la voz de farra, se queda dormida en el aseo de un bar. Lo escucha en las canciones, lo lee en los poemas, y no entiende. Entra veinte veces cada hora a comprobar su perfil en Facebook, analiza sus fotos, busca señales en unos ojos que ya no la miran.

Le gustaría encontrar el amor, estar bien con Dani o con Toño, o con Jorge, es todo lo que quiere cuando siente que los ha perdido.

Ya no nos fundiremos en el mismo oxígeno, ya no soñaremos con soñar las mismas cosas; y como siempre, cuando se le tuerce con un amante, a vomitar el ayer. Adán, siempre; Adán siempre en la tormenta.

Cuando ya no aguanta más, Victoria baja a Alicante, y se lo encuentra de marcha. Tanto ha imaginado el reencuentro que la música de los bares le redobla en el corazón.

Dani le roza la mano. Victoria sonríe. Se vuelven a liar.

A la mañana siguiente, ella intuye que sufrió un accidente, que no ha habido sexo y que, si no aprovecha, puede que no vuelva a follárselo más.

Se explora el coño y palpa un tampón. Caerían medio desnudos y sepultados bajo las mantas. Cuando se ponen a la faena, siente la magulladura y como un fogonazo, el recuerdo: en el último bar, perpetró su mítico paso de baile; descender hasta ponerse de cuclillas. El equilibrio falló y terminó en el suelo. Al final, todo se reduce a dos movimientos: subidón, bajón. Ahora, toca bajón. Lo intuye en cómo la mira, cómo le habla, cómo la besa. No es el único mar que baña su isla. Ella no es la única. No hace falta que nadie se lo diga.

Si tan solo hubieras aprendido a escuchar tu intuición.

Pero debe fingir que no importa.

Los clubes cierran, antros que le han masajeado el hígado en la adolescencia. Caminan entre restos de copas, colillas y vómitos. Se enlazan en las esquinas. Ruedan de puntillas hasta las paredes de las casas. Vuelan. A Victoria le apetece recogerse con Dani, pero no soporta la posibilidad de que la juzgue floja. Si él aguanta, ella también.

Sobre la puerta del bar clandestino, una aldaba. Dani golpea, una, dos, tres veces. Una señora pintarrajeada asoma por el resquicio. En cuanto reconoce a Dani, sus facciones se aflojan. La propietaria responde a un nombre mitológico que Victoria olvida en seguida. Es tan corpulenta que Dani, en sus brazos, parece un gatito. Descienden a una cava húmeda, con llaveros que gotean desde el

techo; marcos vacíos en las paredes y figuritas de mercadillo de elfos y pixies; por dios, cedés de Extremoduro y de Jarabe de Palo. A Victoria le sorprende haber domado la bajada, ¡menudas escaleras! Se endereza el vestido. La llegada del día la petrifica, la convierte a ella también en mito.

La propietaria, dientes cenicientos, coge la comanda; dos gin-tonics. Dani –las manos en los bolsillos– confiesa al fin por qué no ha dado señales de vida en las últimas semanas: «Soy un incrédulo, un cínico como tú, nunca había tenido pareja y empezaba a creer que me pasaba algo, que algo no funcionaba. Hasta que apareció Paula». Las pupilas de Victoria se dilatan. La isla zozobra. Adiós al refugio en alta mar. Dani coge aliento chupando ginebra: «Paula no me lo pidió; que fuéramos novios. Ha surgido de manera espontánea». Victoria disimula indiferencia con el traje de la impasibilidad. Pero ha olvidado cómo lo miraba cuando todo salía a derechas. «Este fin de semana se ha marchado fuera a trabajar. No creo que pueda seguir haciendo esto».

La isla se inunda, y Victoria con ella, porque Dani siempre ha sido su isla, su isla en alta mar. Extravía las palabras. Dani se le adelanta: «A ti te habría escrito, pero apareció ella». Un pensamiento logra que Victoria sonría de verdad. Visualiza a uno de sus amantes contándole la misma historia a otra chica en Madrid y al novio de esa chica justificando del mismo modo su silencio a su amante en otra ciudad y así hasta el infinito en un maravilloso cuento de nunca acabar colmado de retruécanos y calambures.

Esta fase termina aquí y así. *Estás harta de los vínculos, del poliamor, esa etiqueta que empieza a asomar y de la que discutes con las amigas. Quieres amar, pero ni ellos ni tú os dejáis.*

El aire le sienta bien, también el sol que reverbera sobre la acera. Dani la lleva a desayunar a un chiringo en frente del Mercado Central. Victoria sabe que el idilio termina ahí y así, pero en ese momento no siente pena. Es de reacción tardía, ya llorará más tarde; ahora, alegría enhiesta, peinada por rayos libres. La roza entera al besarse, tan cerca quedan sus pestañas. Lo siente palpitar

cuando gira para enfilar la calle hacia la parada, respira su olor. Y lo imagina comprobando el móvil en busca de señales de Paula como ella misma rastrea las de otros.

2012
Los Nuevos Vorticistas

–¿Eso es para la famosa paella? –se interesó Manuel, tras señalar unos platos con chirlas, mejillones y pollo. Cuchara en mano y los ojos puestos en el caldo, Victoria no respondió–. Después de haber visto tantas fotos en Facebook, le tenía ganas. ¿Me vas a preparar una? –inquirió Manuel, la silueta congelada, como le gustaba suspenderla cuando preguntaba algo. En vez de responder, Victoria lo condenó a seguir colgado en el espacio. Mentalmente rastreaba las patas del difusor. Sin ellas, no podría cocinar la paella. ¿Estarán en la estantería de la terraza? ¿En un rincón de la cocina? ¿En el armario de la entrada?

Victoria apoyó la cuchara en la tabla, se secó las manos en el delantal y buscó: ¿Estaban en la estantería de la terraza? No. ¿En un rincón de la cocina? No. ¿En el armario de la entrada? No. Manuel la observaba: «Es que no vas a responderme», inquirió con los ojos cuando ella pasó por su lado. Victoria siguió peinando el apartamento.

–Como no encuentre las patas, tendremos que reservar en un restaurante.

Manuel, entusiasmado:

–Te ayudo a buscarlas.

–No, déjalo.

A Victoria le avergonzaba que su novio descubriera el caótico desorden de su mente volcado en 64 metros cuadrados. Además, le explotaba la cabeza. Resaca. Al menos, llevaba un tiempo sin probar drogas más fuertes. Escribir había escrito, pero no sabía cómo seguir, necesitaba autores cerca, no músicos fracasados ni periodistas como Manuel. Quería a Manuel. *¿Pero lo amabas? ¿O solo estabas con él para no estar sola? Manuel, ese-niño-grande que* capricheaba *con tu cuerpo, cuya mirada volvía a coaccionar tu deseo en beneficio del suyo*.

La paella era más que una comida; era su plan. Necesitaba convencer a Manuel de que le presentara a esos amiguitos suyos que tenían un grupo literario, esos Nuevos Vorticistas que escribían y a los que las editoriales publicaban.

Pero Manuel, su novio, era un poco agarrado (y celosete). No solo con los amigos. Invitar no era lo suyo; Manuel nunca pagaba porque nunca llevaba dinero. «Se me ha olvidado sacar», «se me ha olvidado la cartera». Pocas veces hacía el gesto de liquidar la cuenta. Se mesaba la barba, fumaba, bebía, y cuando se dirigía a Victoria lo hacía en tono melindroso, como un chiquillo cogido en falta: Manuel, a pesar de las entradas, el cabello rubio; Manuel, el principito. Victoria cocinaba, pagaba y hablaba sobre cualquier cosa para no machacar la lengua de tanto morderla para evitar preguntarle qué era ella para él. Se lo pregunto, no se lo pregunto; se lo pregunto, no se lo pregunto. Y luego estaba el tema de los Nuevos Vorticistas y la paella. La paella era su plan.

Y como siempre que te tensabas, pensaste en beber una cerveza.

Al evocar cómo la humedad masajeaba las encías, los músculos de Victoria se aflojaron; así que enfiló hacia la nevera, agarró una lata y volvió a la azotea. Con solo destaparla, chupinazo de los sentidos, porque el primer sorbo de cerveza es el mejor, más tarde será el único que recuerde. ¿Cómo era aquello? *La première gorgée de bière*… un relato de… un premio Goncourt… De pronto, Victoria recordó: las patas estaban en el altillo del armario de la entrada.

Manuel, apoltronado en una silla en la terraza, escribía en el móvil. Victoria deseó cada centímetro de sus piernas; aunque hiciera frío, él siempre llevaba bermudas con zapatillas de baloncesto. Victoria enhebró escenas de la noche anterior, la polla a media asta, la polla henchida en la boca. Entendía a quienes odiaban chupar. Pero a ella le encantaba. Ofrecer una mamada no es subyugarse. Postrarse no es adoptar un rol inferior, mirar el mundo desde abajo es dominarlo. Endiosarse. Tan a su merced en la boca. Últimamente disfrutaba metiéndosela algo flácida, notar que era ella quien la hinchaba con la lengua, la saliva. Quien ha gozado esa sensación, sabe.

Él siguió tecleando impasible al forcejeo hormonal que trastornaba al ser de enfrente. Victoria lo había conocido en una rueda de prensa –Manuel también era periodista– y luego se lo había encontrado en el Club. Cuando la invitó a subirse al taxi con él, Victoria le cerró la puerta en las narices.

La intuición, ¿por qué la desoíste luego?

Y ahora juegan a las casitas, cómodos en la falsa seguridad que les confiere ser pareja; familiarizándose con el olor a mierda del otro cada vez que usan el baño.

Pero el plan, Victoria tenía un plan, así que se puso a ensamblar el difusor, las patas y la paella. Le tocó recoger las latas vacías de cerveza que habían tirado al suelo de madrugada. Totoro, el gato, había asistido a la velada recostado, observándoos beber cervezas de dos en dos. No aprobaba: «Tu historia con Manuel no me convence».

Y cuánta razón llevaba. Si Manuel no veía más allá de sí mismo, tú seguías colgada de Adán.

La noche anterior, Manuel había propuesto montar un cine al aire libre: «Elevamos el ordenador sobre una caja de fruta; desenrollamos el saco de dormir, lo acomodamos con varios cojines, *et voilà!*». La había sorprendido llevando un título de autor: *Fitzcarraldo.* «No me digas que no has visto la peli de Herzog». Victoria se mordió la lengua para no mentir.

En realidad, solo pensaba en verle a él.

Cuando descorrieron el toldo, las estrellas amenazaron con estampárseles encima. Victoria se acurrucó sobre el sobaco de Manuel, condenándose a las feromonas. Se aletargó con la imagen de un barco singlando el río. Despertó en la cama a la mañana siguiente. ¿Dónde surcaban las estrellas y el navío?

–Después de la paella, si te apetece, retomamos *Fitzcarraldo* –sugirió Manuel.

–El porro me dejó baldada, lo siento –se excusó Victoria, sintiéndose ruborizar–. De verdad, me estaba encantando.

Influyó el riesgo de afonía: en cuanto notó que el humo le irritaba las cuerdas vocales, prefirió dormir. Le daba corte perder la voz. El trauma le venía de Adán. Por no decepcionarlo, siempre prefirió

forzar aunque le quedara un hilillo, y la manada de tigres en la garganta, y el médico que amenazaba con extirpar los nódulos. Pero no quería oír hablar de eso. Bajar a Alicante para que le lijaran las cuerdas. Estar callada tres semanas después de la operación. Escuchar a unos padres que no aprobaban su tren de vida. Ni de coña.

Charlaban de todo y de nada. Manuel de *Enredados,* el medio de comunicación virtual que estaba fundando, reuniendo miles de euros a través de una plataforma de financiación participativa. Ella, de los poemas que escribía, dijo, «para matar el tiempo» *(temías que te tomara por loca si confesabas que los escribías como terapia),* del canal de YouTube y de Instagram para compartirlos.

Lo cierto es que charlaban más de los asuntos de Manuel que de los de Victoria. Ella no quería reconocerlo, pero los problemas de Manuel monopolizaban la relación. El hijo único, el hijo pródigo, el niño de sus papás; el estudiante modélico, el discípulo de Colegio Estudio, el orgulloso producto de la educación libre en España; el caprichoso de ojos atonta-presas que solo usaba la primera persona del singular.

Victoria le hizo una paella y, cuando Manuel se relamía, se sentó en su regazo y le lamió el cuello mientras aquello crecía y crecía. Justo cuando sus dedos rozaron el glande, disparó: «Manuel, necesito que me presentes a los Nuevos Vorticistas. Ya sabes que estoy escribiendo y no me vendría mal algo de ayuda».

Como una cicatriz que siempre había estado ahí, una arruga rasgó la frente de Manuel. Como su polla había bajado, Victoria se refregó para reanimarla. «Me vendrá muy bien, *cari*». Manuel se apoyó sobre el respaldo. Encendió un cigarrillo.

«Te voy a presentar a Alegre. El resto son unos cabrones. Más que ayudarte, van a joderte viva».

Se despeñaban dentro de copas de balón, copas de balón con pimienta, copas de balón con lima, copas de balón con cardamomo, copas de balón con pétalos, copas de balón con canela. Victoria se acababa de tragar todos esos gin-tonics y ahora solo le quedaba el regusto amargo, ese sabor a medicina rancia. Con la lengua de trapo, se puso a disfrutar del misterio de aquella coctelería de

madera y ladrillo de Malasaña, entre cuyas paredes había aparecido en el siglo XIX el cuerpo sin vida de una mujer. Ya estaba fantaseando con aquella muerte, cuando la pataleta de Manuel rompió el encantamiento.

–¿Y qué hago yo ahora con esto? –se quejó Manuel señalando la funda–. ¡Alegre, te había pedido el cable del ordenador, no todo el maletín!, ¡joder!

Alegre observaba el bulto. Era alto, muy alto. Tenía el pelo largo y desordenado. Y su lenguaje era tan impostado que parecía estar hablando con un falso acento British. Su madre era de Brighton; su padre, de León. Aparte de escribir, publicaba pequeñas ediciones con una impresora japonesa de autores que admiraba. Victoria fingió que no le atraía, que el roce de su mano de gigante no cambiaba nada. Pero a veces sus ojos se cruzaban, y entonces era Mallarmé, entonces Proust, entonces Cortázar, entonces Foster Wallace.

–Bueno, mate, lo podemos dejar en la barra.

–¿Confiar el ordenador al camarero?, ¡no digas burradas!

Victoria estudió al camarero. Le pareció más honrado que cualquiera de los tres.

–¡Joder!, es que dentro –aclaró Manuel abrazándose al maletín– guardo mogollón de *repors* para *Enredados*… –entonces, ladeó la mejilla y la refregó contra la funda.

Victoria reflexionó sobre los días que restaban para el lanzamiento del medio *online* de Manuel. Continuó dándole cuerda al tiempo: casi cinco meses saliendo con este tipo, y bufó, negando con la cabeza. Cuando abrió los ojos, Manuel se retorcía alrededor de la maleta como una serpiente.

–¡Es que aquí está mi vida!, ¿no lo entiendes? ¡No puedo abandonarla! –La entonación del niño al que se le ha caído el helado.

Los caminos de la amistad son insondables. Y los del sexo: Victoria recordó el pene de Manuel, oscuro y arrugado. Durante las últimas semanas, no había disfrutado follando. Se aburría. ¡Pero él parecía gozar tanto! Cuando hacían el amor, Manuel la celebraba, equiparaba su manera de chuparla con un don, y se quedaba

extasiado con el cuerpo de Victoria, como si no existiera nada más que sus pezones, su cuello, sus axilas. Ella se sentía una diosa.

Pero ¿cómo perdonarle lo del test de embarazo? Asustada porque no le bajaba la regla, Victoria se lo hacía constantemente. La respuesta de Manuel cuando se lo contó: «Eso te pasa por promiscua», y Victoria lo miró como se mira a un familiar en el lecho de muerte. O lo del preservativo. «No es lo mismo con goma. Siento la mitad», le dijo la primera vez, cuando Victoria lo sacó de la cartera. Así que en aquella ocasión, Victoria no lo abrió. Aunque más adelante, convencida de que había que usarlo, se lo colocó, y al fijarse en la cara que puso Manuel al follar, ella misma se lo quitó.

Esa inseguridad, esa falta de autoestima. ¡Espabila!

Alegre la enfrentó. Y Victoria tuvo que luchar consigo misma para no revolverle más el pelo. En vez de eso, se internó disimuladamente en él: olía a tinta. Esa era la señal que estaba esperando. Lo que había enamorado a Victoria del Club, empezaba a desagradarle: las pegatinas en los baños estaban rotas, y pocos hallazgos semánticos se podían leer ya en su superficie; la esquina al lado de los camerinos reunía a chicas más jóvenes que ella. Victoria las observó detrás de un flequillo que se acababa de cortar, como si las tijeras restaran años.

Manuel, en bermudas y con el pelo más largo de lo habitual, anunció que iba al baño a meterse una; Alegre rechazó la invitación. Victoria zanjó el asunto con un: «Yo también te espero aquí». Manuel se quedó parado unos segundos, la mandíbula abierta, antes de enfilar solo hacia los aseos.

Pero a ti qué más te da, Manuel.

El cuello del suéter deshilachado; la sonrisa revuelta: Alegre la miró a los ojos antes de hablar de amor.

–Es el motor de mi vida, lo decide todo por mí: me mudé a Barna hace diez años por desamor y hace tres volví a Madrid por lo mismo. La primera era una puta, mala, malísima; la segunda, una gran hija de puta.

La música se le colaba por las nalgas, muy dentro. Cuando Victoria le preguntó qué le habían hecho, Alegre explicó que la primera se lio con un amigo suyo. La segunda, la gran hija de puta,

insistió, estaba obsesionada con el sexo y se cabreaba porque no siempre se le levantaba. Sobre lo primero, a Victoria le habría gustado decirle que la monogamia no siempre era la respuesta correcta y sobre lo segundo, que tal vez les había faltado diálogo. *Pero una vez más, callaste.*

–Terminé no queriéndola tocar ni con un palo.

–No escatimas piropos con las ex.

–¿Quién podría?

–¿Una raya?

–¿Quién no podría?

En el baño, se cruzaron con Manuel: él salía y ellos entraban. Al verlos, a Manuel los pómulos se le descolgaron como a un San Bernardo.

La empuñadura estaba rota y la puerta no cerraba, así que Victoria aprovechó que Alegre se peleaba con el mecanismo para plantarle un beso entre la barba. La tenía testosterónica, de esas que se afeitan y en minutos ya se han repoblado. Él le acarició la nuca. Se miraron, el tiempo suspendido en sus sonrisas. Pero no hicieron nada más. Victoria tropezó al salir, como si el amor le pusiera la zancadilla.

Manuel, que los había estado observando desde un rincón con la expresión de un policía, pidió un cubata para Victoria. Era la primera vez que la invitaba a algo. Cuando el Club cerró, volvió a sorprenderla: nunca lo había visto ofrecer su casa de after, y para allá se fueron Victoria, Alegre, Suertes, Felipe y otros cuerpos.

Compraron cuarenta latas. Las bolsas de plástico crujieron entre los dedos del chino, una lata, un euro; una lata, un euro; una lata, un euro. La mañana amaneció nublada. Subieron las escaleras a tientas, las cervezas tintineando entre los crujidos de madera.

No se amaban, pero Manuel y ella se acompañaban, y Alegre los contemplaba bailar con una sonrisa cuyo mensaje Victoria era incapaz de descifrar.

Cuando huyó a la cocina para no darle cuerda a los sentimientos, Alegre la persiguió. «Sois novios, ¿verdad?». Tras destapar la lata, Victoria le soltó: «¿Yo y Manuel? No, para nada». Alegre, después de beber de la cerveza de Victoria: «*Really?* Me entra la risa. Él asegura

que sí». Ella respondió con una oscuridad sagaz en los labios: «No, no lo somos». Alegre, rulando las erres, ajeno al efecto que provocaba: «Interrrresante, muy interrrresante…».

Victoria le acarició el brazo, ¿qué otra cosa podía hacer? Y justo cuando estaban a punto de besarse, Felipe entró en la cocina. Que iba a bajar a por spid, que si se apuntaban al gramo.

Pues claro.

Y así entre las indicaciones de Manuel, en ese cedé no; cuidado con las cenizas que esa alfombra me la regaló mi abuela; mejor te doy un vaso de plástico; timbrazos de un vecino cabreado por el volumen de la música, pero si está bajísima; el after se fue vaciando.

Hasta que se quedaron los tres.

Alegre pinchó raro; temas capaces de arrullar a un boxeador: Tindersticks, Death Cab for Cutie, The Magnetic Fields. Victoria reclamó a su genealogía, así que los espabiló con mujeres: Kate Bush, Warpaint; cuando sonó Enya, la miraron con desconfianza, y Manuel se puso a los mandos, Kendrick Lamar, Radiohead, LCD Soundsystem.

Victoria cantó *High and dry*, el spid quemaba y rezó para no quedarse afónica, mientras Manuel se enredaba con los beats: «¿A que jamás pensasteis que se podía engarzar a Franco Battiato con Novedades Carminha?». Victoria acarició la mano de Alegre, pero su cuerpo ya no estaba a su lado. Las cejas de Alegre pesaban. Estudió sus ojeras azules, manantial de secretos nocturnos. Poco después, el gigante amable se quedó dormido.

Antes de encerrarse en la habitación con Manuel, Victoria celebró a Vicente: «Es un *gentleman* inteligentísimo». Manuel, un brillo maligno en los ojos, la desvistió mordiéndola y la arrastró a la cama tirándole de la coleta. Había algo que aún la aferraba a Manuel; el recuerdo de lo bien que se habían ensamblado sus cuerpos al conocerse, deslizándose sin hablar. Como si con él follar fuera el baile del cosmos, como si hubieran hecho el amor en vidas pasadas. Esa noche parecían haber recuperado la simbiosis.

Hasta que.

Ella tumbada sobre el colchón, justo en el precipicio, el pelo desmadejado. Con las sacudidas, Manuel la iba expulsando cada vez

más fuera de la cama, hasta que tuvo que sujetar con ambas manos la cabeza de Victoria en el aire. De repente, se le escurrió *(¿se le escurrió o te soltó?).*

Bum.

Más que el golpe lo que dolió a Victoria fue el sonido. Bum; se le incrustó en los sesos. Bum. Bum. Bum.

Eso no fue todo.

Manuel se la metió en la boca. De un envión. Hasta el fondo. El semen desbordó por las comisuras.

Pero a ti te dolió el ruido. Que la cabeza rebotara contra el suelo, que te violara la boca no te pareció tan mal. Pensabas que te lo tenías merecido. Por ligar con Vicente. Por repetir patrones, encadenar enamoramientos, por flirtear, follar, enamorarse, enfadarse. Flirtear, follar, enfadarse, reconciliarse. Con hombres que viven pegados a fantasmas.

Bum.

Victoria no se enfadó. Tampoco le importó que Manuel no propusiera llevarla al hospital. Le pareció romántico que envolviera una bolsa de guisantes congelados en un trapo y se la colocara en el chichón.

Bum.

Todavía hoy te perturba que la escena te excite.

Aquella madrugada, la Gran Vía se pigmentó bajo un cielo de eternidad: rosas, azules y violetas.

El taxi rodaba preñado de ilusión, la de Victoria que se *desatomizaba* en cada rayo de luz, en ese reducto donde los otros todavía duermen. Sobre su hombro, Alegre roncaba. Ella sentía su barba como una caricia. Antes de quedarse dormido, Alegre había dado su dirección al taxista, y Victoria lo había entendido como una invitación.

Manuel se había retirado en algún punto de la noche. Victoria había escrutado el móvil en busca de sus señales poco después: «No te acuestes tarde, que mañana hemos quedado para comer», le había escrito Manuel al llegar a casa. Victoria, la atención puesta en

Alegre, se había congratulado pillamente y había ocultado el móvil en la chaqueta.

Desde el agujero de la ventanilla, se internaba en el cielo que caía sobre el Edificio Capitol con la sensación de estar a punto de rozar el principio de todo.

Un bache despertó a Alegre. Él le rodeó la cintura y acarició las mejillas como si escribiera un mensaje. Sus narices se tocaron. Pero entonces, Alegre se separó, se volteó hacia la puerta, abrió la ventanilla y vomitó.

El taxista no se quejó. En un semáforo en rojo sugirió a Victoria que abriera la puerta para que Alegre vomitara. Ella le sujetó la frente, mientras él se vaciaba.

Cuando el taxi alcanzó la casa de Alegre, este sonrió a Victoria antes de entregarle un billete de 20 euros. Sin decir nada, cerró la puerta tras de sí.

Victoria se esforzaba en controlar el sudor que le caía por la espalda. Alegre había logrado convencer a los Nuevos Vorticistas para que le hicieran una prueba para entrar en su grupo literario. «Tendrás que medirte con otro candidato», avisó Alegre de camino al encuentro. A la pregunta sobre el tipo de prueba, se encogió de hombros. El único consejo que le dio: «No interrumpas, eso te perjudicaría». A Victoria le gustó que le apoyara la mano con delicadeza en la espalda. Su mano de gigante.

«El bar al que vamos suele estar vacío», le contó envuelto en el abrigo desgastado. Era una tarde fría, una tarde fría de vientos cuyos sonidos atonales desesperaban a Victoria.

Siempre intuyó que mundos en los que se hablaba de Baudelaire como se hablaba del tiempo existían, mundos en los que una podía llamar a un escritor por su apodo. Algunos Nuevos Vorticistas habían recibido premios, algunos escribían reseñas. Eran mayores que ella.

«No esperes gran cosa del bar. Aparte de nuestro grupo no suele haber más que dos amigos del propietario». A los Nuevos Vorticistas les habían echado de varios locales de Malasaña. «Del último, nos marchamos a hostias». Claro, pensó Victoria, a ver quién aguanta a diez tíos discutiendo sobre las razones por las que Dios sí que puede estar de color azul. «Un chaval enorme me cogió del brazo y me

zarandeó. Yo le metí dos golpes en el estómago, *like this*». Victoria sonrió al admirar a Alegre encajar los puños en el aire.

Luchaba por estrangular la emoción. Era una experta en el arte del disimulo. Se había formado en la escena musical de Madrid. Aun así, el corazón pataleando para abandonar el cuerpo, no pudo evitar coger la mano a Alegre.

Dibujos de gambas, bocadillos y vasos de cerveza en los cristales. Cuando abrieron la puerta, una masa de cabezas despeinadas se dio la vuelta. La manera en la que la examinaron la hizo sentir desnuda. Victoria se encogió como un caracol.

Era un bar de paredes desconchadas, con columnas marrón caca y cristales esmerilados en el baño. Flotaba un ambiente de tertulia en la era franquista.

«Ya estáis haciéndoles hueco», ordenó un rubio con gafas.

Con el movimiento, los escritores se enredaron, sus brazos encarcelados en las patas, sus codos en estómagos ajenos. Después del revuelo, en la mesa cabía menos gente. Alegre, presintiendo el fastidio del líder de los anteojos o familiarizado tal vez con la situación, agarró dos sillas de otra mesa. Como no entraban, los Nuevos Vorticistas se apretaron –más rechinar de mobiliario–, y Victoria se cobijó en la sonrisa de Alegre. «Esta es la candidata», dijo, y el líder, con la expresión de un piloto de la Luftwaffe, que llegaban tarde. Y Alegre, que siempre llegaba tarde. Victoria estudió al gurú. Era el único que no tenía barba o bigote y aparentaba más años que el resto. Lo llamaban Vórtex y le bastaba ser para imponerse. Esa facultad que ella siempre había envidiado.

Fue suficiente un gesto suyo, los brazos como un conductor de orquesta, para que el grupo de escritores volviera al debate. «Nuestra generación está aún más perdida que la de Hemingway porque, ¿dónde están nuestros referentes?, ¿dónde una ciudad como París en la que crear y sobrevivir con cien dólares al mes?», planteó Vórtex.

«¿Y qué quieren?», pensó Victoria, «¿encontrarla en Madrid?; ¿en España, donde quienes se dedican al arte terminan haciéndolo por afición?, ¿donde más de la mitad de los artistas cobra menos del

salario mínimo?, ¿aquí donde no se reconoce su intermitencia y, por lo tanto, no se garantiza que coticen como en Francia?».

El tema era pues la generación, más perdida que la de Erza; o ¿era Ezra? Y ellos se lamentaban porque la suya solo se preocupaba de subir fotitos a Instagram; a la suya, se quejaban, solo le interesaba retratarse de espaldas a los conciertos, colgar esos *selfies* y comentarlos con el vocabulario de un niño de cinco años.

Victoria se mordió la lengua.

Su blog, en el que mezclaba literatura, música y moda, había pegado un pelotazo. Y no le iba nada mal con el canal de YouTube. Casi ganaba más en Internet que en el periódico: pagaba las cervezas con el dinero de los anuncios *online* y el *merchandising*; tazas, camisetas, *tote bags*…

Con la sensación de estar rodeada de soldados que hace meses que no veían a una mujer, durante la primera media hora, se limitó a escuchar. A inspeccionar su imagen en el espejo del baño. A tirar de la camiseta hacia arriba para disimular el escote. A cuadrar la falda un pelín más abajo. A repasar el labial burdeos que contrastaba con su piel pálida. No se encontraba del todo cómoda en el lugar que le habían asignado, en frente de Vórtex y a la derecha de Enrique. Era guapo Enrique, con el pelo churretoso, pero guapo. La sedujo el colgante de un tigre que lucía en el cuello. Le ponía la manera en la que el collar batía contra sus pectorales cada vez que se removía en la silla.

Enrique era un tonto. ¿Cómo no te diste cuenta?

Victoria apuró pronto las cervezas, así que a la tercera, se pasó al whisky. Detrás del alcohol, los Nuevos Vorticistas parecían personajes de cómic. Sorbiendo anís del mono y absenta, rascándose con furia la barba, saliendo a fumar a la calle en pipa, pasándose bolsitas debajo de la mesa, ausentándose de dos en dos al baño. Y ella venga a entornar los ojos con pinta de estar reflexionando sobre las cosas tan interesantes que decían.

Vórtex la miró como si quisiera comprobar algo.

–Define la tuya –ordenó.

A Victoria le costó convocar el aire en los pulmones.

–¿Mi qué?

Antes de que explicara cómo veía a su generación, notó el lenguaje borbotear. Entre eehhs y mmms, confesó sentirse invisible, eehh con un horario y una agenda que cumplir, mmm pero sin ninguna pasión aparte de la escritura que le costaba eehh practicar mmm porque llegaba a casa quemada de la redacción donde últimamente solo escribía reportajes pagados por anunciantes. Habló del periódico, eehh y repitió que se sentía invisible, mmm, sometida, eehh, pero que no se podía quejar porque su sueldo era la leche y eehh, eehh; mmm, mmm…

–Claro, si es que tú debes habértelo currado mucho para trabajar en el periódico. Seguro que eres de las que hicieron su máster. Ese que cuesta 10.000 euros.

Lo había dicho Leo, el chico con el que Victoria se disputaba la plaza en el Nuevo Vorticismo. Leo era un retaco con un tic: le temblaba la ceja izquierda. Vestía camisa de manga corta abotonada sobre camiseta, un *look* que Victoria nunca había entendido.

–Un máster que te forma para respetar las manías y los valores de ese periódico. Si es que siguen quedando valores en el periodismo.

Victoria no le contestó a lo del máster. Pero sí a lo de los valores. Se investigaba menos desde la crisis, pero todavía quedaba algo de independencia.

–La verdad es que antes era muy guay dejarse ver con un periódico bajo el brazo. Hoy da como vergüenza –dijo Vórtex.

A Victoria tampoco le hacían ya mucha gracia los medios. Al revoloteo de hadas en la barriga la primera vez que pisó la redacción, le siguió el apartar la mirada cuando obligaron a redactores a firmar crónicas con las que no estaban de acuerdo, el zumbido de la luz eléctrica, el olor a cerrado y la sensación de entrar al edificio como res al matadero.

Le sobraban argumentos para el rencor. Su sueño había sido ser periodista musical o literaria. «Sabes de música, de literatura, pero las secciones están copadas. Lo siento». Al principio, Victoria se contentó con miguitas, una crónica de un directo por aquí, una entrevista a un escritor por allá. Para desquitarse, combinó su trabajo con otras colaboraciones en publicaciones gratuitas que pagaban en concepto de libros y entradas, hasta que un día el jefe

le habló de lo importante que sería para que la hicieran fija que firmase como una más, respetando la cláusula de exclusividad. Su reacción fue abrir el blog.

También la desalentó la estadística: entre sus quince críticos, una sola mujer a la que nunca vio en la redacción (y eso que vivía en Madrid). Sus reseñas eran sistemáticamente ridiculizadas incluso antes de que aterrizaran en el buzón de correo. Bromas sobre sus gustos, sus parejas y, por supuesto, su físico: que si seguro que le botan las tetas al escuchar este álbum, que seguro que la talla de su sujetador es más grande que la nota que le ha puesto, que si…

Victoria nunca dejó de ser la becaria sexy: «Dime, ¿eso que llevas es una falda o un cinturón?», «Dime, ¿cómo te has hecho esos moratones?», «Dime, ¿también te acuestas con chicas?». Los más babosos eran las grandes firmas, aquel crítico, que iba a trabajar exhalando vino. Una tarde, en el ascensor, le retorció el pezón a través de la camiseta; aquellas cuencas desorbitadas, aquellas uñas sucias. Victoria se limitó a dar un paso atrás. A chocar contra el espejo.

A callar.

Estúpida.

Vórtex tomó una gran bocanada de aire antes de plantear.

–¿Qué ideales tiene un tipo que paga por unos medios de comunicación parciales? ¿Qué credibilidad, unos medios salidos a bolsa, que cambian de signo político cada dos por tres? Los periódicos son unos chaqueteros.

–Y unos mentirosos –afirmó Leo, el temblor cada vez más visible en la ceja–; me dan asco. Ahora se hacen pasar por los garantes de la libertad con lo de Wikileaks, pero no son más que empresas.

–Empresas en las que te habría molado trabajar. *Really*, todos sabemos lo mucho que te habría gustado ser periodista. Pero como no pudiste pagar el máster…

Baile desquiciado en las cejas de Leo. Pero Alegre le sacaba tres cabezas, así que no dijo ni mu. Victoria se sonrió. Algo estaría haciendo bien para que Alegre la defendiera. Claro que pronto se dio cuenta de que ningún vorticista era fan de las redes sociales. Unas redes que habían impulsado su carrera: MySpace la había ayudado

como cantante, y ahora se servía de YouTube para difundir sus poemas.

–En esta sociedad no hay tiempo para dedicarse al arte, ni una Gertrude, ni un Pound, ni ayudas estatales. Solo para consumir cultura como si fueran palomitas, ¿pero qué hay de crear lejos de las modas? –planteó Alegre.

–Los artistas coleccionan seguidores, *likes*, comentarios y los exhiben como si fueran un CV. No piensan en la obra. El nivel está por los suelos. La novela se está quedando…

–Dependiendo de cómo las usemos –interrumpió Victoria–, es un soporte más –Las palabras trepaban solas hasta la laringe–. Un medio muy creativo (¿La estaba cagando?). A mí me encanta colgar textos y vídeos.

Vórtex la trepanó con la mirada.

«Ya te lo dije, *babe* –Le susurró Alegre, antes de levantarse y explotar en un aullido–, odia que lo interrumpan». Más de un metro ochenta y cinco balando al techo. Victoria ahogó una risita.

–En respuesta a lo que dice la niña –afirmó el líder cuadrándose las gafas–, Internet no nos hace más libres. Las redes anestesian. Ahí, todo el día, delante de la pantalla, pajeándonos con el eco de nuestra voz.

–Pero crean diálogo y comunidad… –rechistó Victoria.

–¡No existe una comunidad en las redes! Una comunidad crece de manera natural. En Internet, todo es falso. Es tan fácil agregar y borrar amigos –exclamó Leo.

Mientras su boca se movía, las ideas se le embrollaban a Victoria en el cerebro. *Internet es un altavoz donde no importa la edad… Internet es… la plaza del pueblo…*

–No se necesitan habilidades sociales –prosiguió Leo–, tan solo un ordenador y datos personales… (Una plataforma que está impulsando nuevas voces...) para reafirmar nuestra personalidad.

–Nunca hemos estado tan solos –lo secundó Vórtex–, incluso nuestra forma de consumir desde casa es solitaria. Decimos economía participativa cuando es enajenadora –Y aquí el líder miró a Victoria–. Y todos esos blogs mal escritos, catapultando a escritores

rechazados por editoriales. Pero como son un éxito, las editoriales luego van y los publican, y ya está el lío.

Victoria le contestó con una frase cohete, sin comas ni nada: «Pues a mí me parece que los blogs han hecho mucho bien a ver es como todo los hay mejores y los hay peores y las redes son súper útiles yo escribo poesía y cuentos y acabo de empezar a compartirlos y la verdad es que no solo me divierte, sino que aprendo y los lectores comentan y construimos juntos».

Enrique, el chico guapo, fue el único que aprobó sonriente. Le puso una mano en la rodilla, y a Victoria le subió el corazón a la garganta. Y de pronto, plas, en lo que pareció un descuido, Alegre le volcó la copa.

Qué gracia los malasañeros, solo sabéis hacer eso: tirar copas.

El dueño del bar, tres pelos como antenas en la calva, se acercó a limpiar y a ponerle otra copa a Enrique. Cuando el propietario-camarero le ordenó que se pusiera de pie –había caído alcohol hasta en la silla–, Victoria se fijó en lo musculado que estaba. Tenía la fisionomía de un modelo de anuncio de coches. Lo único que quebraba la armonía eran los ojos demasiado pequeños para tanta cabeza.

Enrique aprovechó para hurgarle el canalillo con la mirada. «Tenía muchas ganas de conocerte, te he visto por YouTube». Y con los ojos en los suyos, le deslizó una mano debajo de la camiseta, por la espalda. Victoria serpenteó en la silla. Pero no rechistó. No le retiró la mano. Era guapo Enrique, con el pelo churretoso, pero guapo. Solo estaba jugando, Enrique.

El bar olía aún al café torrefacto de la mañana y las luces bajas emitían un sonido leve, como de frigorífico. Victoria se levantó a pedir más bebida. El dueño, la camisa abierta y un trapo en el hombro, se movía con lentitud. Cuando estaba por marchar con el whisky, la retuvo por la muñeca. «Escucha…, eres muy bonita. ¿Qué haces con estos muertos de hambre?».

Las sienes te palpitaron, las palabras se atascaban. Quisiste decir que ya eras mayorcita, pero en vez de eso sacudiste la cabeza, como dándole la razón.

Vórtex les ordenó pillar un gramo. «Tenéis un cuarto de hora». Antes de asentir, Leo aspiró ansioso el humo de la pipa. Victoria sonrió: le sobraban los contactos de dealers encoñados. En seguida, estaría de vuelta. Eso no era lo que le preocupaba. La agobiaba perderse en la retracción de las encías, en el abandono de los músculos.

La farlopa ya no le sentaba tan bien. *¿Cuándo te ha sentado bien?*

Llevaba un tiempo sin probar las drogas, pero los Nuevos Vorticistas. Pero ser alguien. Pero molarles. Pero impresionarles. Siempre desde la perspectiva del otro.

Marcó el número de Galáctica, el dealer cuyos iris como platillos hipnotizaban a sus clientes. Descolgó al primer tono. El «te necesito» de Victoria se saldó con el giro de ruta y la aceleración del coche con pintas de nave espacial de Galáctica.

La citó en siete minutos en el cruce de las calles Ruíz –donde se ubicaba el bar– y Galería de Robles. Ríos de gente bajaban a la Dos de Mayo cargados de litronas de cerveza. Una abuela con medio cuerpo fuera observaba desde su balcón. A Victoria le recordó a la tía Sara. Pero la noche caía, así que apuró el paso.

Galáctica no faltó; seis minutos y cuarenta segundos después, Victoria subía a su Honda Insight. Le costó no pisar el basurero a sus pies: bolsas vacías de patatas, el envoltorio de una pantera rosa, botellines de agua…

–¿Cómo va todo, nena? –preguntó antes de abrazarla, palparla y meterle el gramo en el bolso.

–Sin tiempo –resumió Victoria, introduciendo los cincuenta euros en un resquicio debajo del reproductor de música.

–Un voltio y te invito a una *pasti* –impuso Galáctica. El arranque la imantó al asiento deportivo.

–No me gustan las *pastis* y tengo prisa.

–Entonces, una raya. Y, nena, para mí, siempre tienes tiempo.

Comprobó la hora: habían pasado nueve minutos.

–¡Frena, Galáctica!, ¡frena!

La risa de Galáctica, aquellos dientes grises unos encima de los otros, la enfureció del todo.

–¡O me haces caso o chillo que te estás propasando! –Ella bajó la ventanilla–: ¡Socorro!

Galáctica frenó, y con la cara perlada de sudor, dijo:

–Vale, nena, vale, no sabía que tuvieras tanta prisa. Te llevo de vuelt…

Pero antes de que terminara la frase, Victoria ya corría en dirección al bar.

En su carrera, alguien de la noche, otro latoso encoñado, un seguidor en redes, «¡Ey, Victoria!, te apetece…», *y un frío cansado te arrugó el alma.*

Y ella que creyó que sería una vorticista; ella que creyó que le presentarían a editores, va a perder porque Galáctica se ha empeñado en dar un *voltio*. Corre, Victoria, corre, se alentó percibiendo como los bares de Malasaña se transformaban en una estela de luces y las conversaciones de los juerguistas se fundían con el rechinar de los neumáticos. Cuando por fin, tras un eterno retorcer doblando calles, vislumbró el bar, una garra la cogió de la chaqueta.

–Mire, invítame a una rayita, a una rayita, *nomás*.

Estuviste a punto de contestar que tú no eras esa. Pero preferiste no darle importancia.

Victoria miró al Buitre como a un semáforo que se cierra cuando se llega tarde. El Buitre la tironeó hasta un portal. Prácticamente en las escaleras, Victoria se rindió, abrió el saquito, metió la llave. No hizo falta acercarla demasiado al orificio nasal del Buitre para que la coca se esfumara. Victoria comprobó el móvil, 30 segundos para llegar.

Con un ardor en el estómago, abrió la puerta de una patada.

–¡Lo tengo!

Una mano se extendió en la penumbra y, tras palpar el gramo, Alegre corroboró.

–Sudada y exhausta, apurando los diez minutos, la candidata ha superado la prueba.

–Entonces, Leo… –arrancó a decir Victoria.

–Ni lo sueñes, niña; yo también he triunfado –aseguró Leo. Con su frente lisa, sin rastro de su tic nervioso, le lanzó una de esas miradas

de hombre-que-sabe-mucho-más con las que Victoria convivía en el periódico.

La conciencia de ser chica, de estar demás, de ser una ignorante. Las lágrimas picaban en la boca. Y entonces, un olor a perfume caro y unos dedos en la espalda. «Vamos al baño, una raya te sentará bien».

Enrique.

Victoria dudó. Pero el cosquilleo en la barriga, pero el deseo bombeando sangre, pero las dudas y las lágrimas que ya asomaban y esa vocecita en la cabeza. *Victoria, va a pensar que eres una floja.*

Enrique sacudió el turulo antes de esnifar. Al pasárselo, acercó su cuerpo y a Victoria se le encabritó el esternón. «Tú no te das cuenta de lo bonita que eres». Seguía sin saber cómo reaccionar a un piropo. Sonrió. *Cuando sonreír no es siempre la mejor alternativa.*

Antes de salir, Enrique se peinó con la mano. Victoria no pudo esquivar la mirada de reprobación del dueño: el trapo sobre el hombro, las manos en la barra, el mentón ligeramente hacia abajo. Tomó asiento al lado de Alegre. Pero cuando fue a hablarle, este le dio la espalda.

Victoria se hundió en la silla, los hombros replegados.

–Seguiremos en el Abecedario –anunció Vórtex.

Victoria se acordó del concurso de relatos y de la antología. Alegre le había aconsejado llevar un cuento. «Es para un certamen que celebramos junto al Abecedario, los ganadores se incluirán en una antología». Alegre no le aclaró si el fallo condicionaría su entrada al Vorticismo.

El Abecedario era el bar de moda entre los escritores de su generación. Olía a alcohol mal limpiado. Al vinagre que le habían echado encima para quitarlo. En las paredes, fotos de James Joyce, Baudelaire, Bret Easton Ellis…

Entonces, no pensaste en el desequilibrio: ni una literata. Todos los paradigmas de esa gente eran hombres. Pero tú estabas tan acostumbrada a la injusticia, que lo obviaste.

Fulgencio, el propietario, un cincuentón larguirucho, tenía los ojos saltones y llevaba una camisa hawaiana.

–Pero qué bien acompañados venís –dijo, y le tocó el culo. Victoria iba a rechistar cuando Fulgencio le pasó el brazo por el hombro–. Bueno, *titi*, algo para beber, ¿no?

Y los invitó a chupitos. El Jägermeister como un jarabe por la garganta; esa sensación de colutorio, la quemazón en el esófago. No habían pasado ni cinco minutos cuando Fulgencio les estaba sirviendo el segundo. Ya estaba poniendo el tercero, cuando Victoria declinó.

–Con el Jäger tengo un límite.

Como si no la hubiera oído, Ful rellenó el vaso. Cerró la botella. Y afiló la mirada. Victoria se metió un puñado de frutos secos en la boca. Otro puñado.

–¿Qué pasa niña, tenemos hambre?

Era de madrugada y no había comido nada desde las tres de la tarde. Le costaba enfocar detrás de la borrachera. Más que hambre, tenía miedo. De haberse pasado con el alcohol, de haberse pasado con la farlopa. La cara le ardía.

Pasó muy rápido.

Ful se inclinó sobre la barra y le dio un pico a Victoria.

Ella sonrió.

Alegre se sentó en una banqueta a su lado. –¿Oye, estás bien?

–Sí, ¿por?

–No sé, a veces me da la sensación… Bueno, nada, déjalo.

–Dime.

–Si no te apetece, no te dejes hacer.

El aire tomó la consistencia del cemento. Victoria arrugó la boca.

–No… No pasa nada. Entiendo que no lo hacen con malicia, que es su manera de relacionarse. Estoy bien, de verdad.

–¿Pero te gusta que lo hagan? ¿Te gusta que Enrique…? ¿Que Ful…?

Victoria se mordió la lengua antes de hablar.

–Sería de locas quejarse. Si no han hecho nada.

Alegre ahuyentó la respuesta con la mano, los ojos refugiados en la barba. Parecía un peluche, un inofensivo osito de peluche.

Sonaban los Smiths, la melancolía británica con la que la educó su hermano, *but that joke isn't funny anymore, it's too close to home, and it's too near the bone…*

Fulgencio le pidió el relato. Victoria lo sacó del bolso y se quedó mirando la carpeta unos segundos antes de entregársela.

Sé que le dijiste en silencio algo al relato, pero no recuerdo qué…

Le hacía mucha ilusión que lo publicaran en papel. Soñó con un futuro de visibilidad, un futuro reconocimiento.

¿No se te ocurrió pensar que eras mujer? Solo pensó que no era buena, que, como mucho, era mediocre. Que no merecía figurar en ese libro ya que su verbo era débil y a sus intuiciones les faltaba técnica. Pensó que ya no era la adolescente que ganaba premios de escritura.

La antología se llamaría *Posretroantipsiconarrativa.* Fulgencio resolvió su pregunta sobre qué era eso de «posretroantipsiconarrativa», con una definición que la desorientó aún más: «Hay que tener cuidado para no confundir la escritura de la experiencia o la diferencia con experimentos yoístas». A partir de ahí, solo recuerda una humareda de sensaciones, pegotes léxicos. Sudor, bailes, copas. Cuerpos, lenguas, rayas. Volvió en sí en la entrada de un after, el zumbido de las letras de neón la devolvió al mundo. No tenía ni idea de qué había pasado entremedias. Como era Enrique el que le daba la mano, Victoria se fue a casa con él.

A Manuel no le hizo gracia ni que Victoria viera tanto a los Nuevos Vorticistas, ni que hablara tanto de ellos. Y Victoria, pobre ingenua, se congratuló de ponerlo celoso. Así que una tarde, mientras limpiaba la cocina, le confesó que últimamente se divertía mucho en el Abecedario, que aprendía mucho con los Nuevos Vorticistas.

–¿Con esos machistas? –denunció Manuel.

¿Nunca se te ocurrió decirle que él también lo era?

A Victoria le turbó tanto la pregunta que, despistada, le arrancó un sollozo al gato al pisarle una patita. Después de acariciarlo, siguió frotando: con el estropajo se esmeraba en arrancar la suciedad que caía en ramilletes por los azulejos y que se concentraba en los

rodapiés. Manuel, enroscándose en el vaho de un porro, la señaló antes de recalcar.

–Oye, que no son trigo limpio.

–¿A qué te refieres? –preguntó Victoria apoyando las manos plastificadas por los guantes en la encimera.

–Te están… solo quieren… –balbuceó Manuel.

Victoria achinó los ojos; si hubiera sido un cómic, habrían expulsado rayos.

–¿Solo quieren qué?

–Nada, nada.

Victoria siguió limpiando. Ya estaba pensando en la cerveza que se tomaría al terminar cuando Manuel arruinó la magia.

–¿Además, no te la han jugado con esa broma de que podrías ser una Nueva Vorticista?

Con la perspectiva de tirárselo a la cara, forcejeó para arrancarse un guante, pero estaba demasiado pegado. Que Manuel sintiera celos o estuviera nervioso ante la perspectiva del lanzamiento de *Enredados,* su medio online, no era excusa para montar esa escena.

–Algunos no tuvieron nada que ver. Como Enrique, como Alegre, que pensaron que aquella vez sí que admitirían a una mujer. Todo fue idea de Vórtex. Aunque no entre, me invitan siempre que quie…

–¿Alegre?, ¿de verdad confías en él?

–¿Cómo?

–¿Sabes lo que dice? Que está harto de defenderte. Que por cómo te comportas, es imposible que te traten en serio, que así no te van a respetar nunca.

A Victoria la sangre le subió a la cabeza.

–Ah, sí, pues de ti dicen que has desperdiciado toda creatividad y que nunca serás un buen escritor.

El gato, cansado de tanta pendencia doméstica, saltó encima de la mesa y con el barrido de la mirada, rubricó el conflicto entre los dos.

Victoria se rio mucho con lo del kilómetro de farlopa en una galería. Esa fue la primera vez que escuchó hablar de los Nuevos Vorticistas. Aquella noche de trinar de pájaros en septiembre, su mes favorito,

aquella noche de hacía siete años, la pilló, cómo no, discutiendo con Adán en la calle. Él estaba enfadado porque Victoria se había comportado como una niñata en un after y ella jugaba con las entradas de un concierto que quería regalarle en el bolsillo.

Pero Malasaña no hablaba de otra cosa. Así que tuvieron que posponer el berrinche.

Que si habéis estado en la galería. Que si habéis esnifado. Que si habéis dejado que os grabaran. Con los testimonios, recompusieron la performance: un interminable círculo de farlopa sufragado con dinero del Ayuntamiento en una galería de arte del barrio. En la entrada, se equipaba a los visitantes con un turulo. «Y tú decides si esnifar o no, y si quieres que te graben y proyecten en tiempo real en la entrada». La noticia –una exposición en la que se podía tomar coca pagada con dinero del consistorio– voló. Cuando quisieron ir, el espectáculo ya había terminado. Aquello fue lo de siempre: todo el mundo dijo haber estado allí.

–La idea fue mía –le confesó Enrique a Victoria, el colgante del tigre agitándose al ritmo de su cuerpo. Olía a perfume caro. El pelo, por fin limpio, le encuadraba con ondas la cara. Él le clavaba los ojos diminutos en cada renglón del cuerpo, ella los sentía como garras.

La aguja del plato derrapaba en bucle sobre el vinilo desde hacía media hora. El gato maulló una vez más. Pero Victoria estaba demasiado ocupada admirando cómo se agitaba Enrique encima de ella.

Algo en él le recordaba a Adán. La manera de sonreír. La manera de imponerse. Victoria lo hizo sudar. Quería colocarse con su olor. Quería un cuerpo que la despertara, un cuerpo que la trajera de vuelta. Un cuerpo que le extirpara otro cuerpo.

Con Adán, había aprendido que el placer era un puñado de arena: tan pronto parecía un conjunto sólido, tan pronto se desintegraba. Para que el placer no bajara en la cama, funcionaba que le pegasen. Deseosa de que correspondieran a sus golpes, Victoria azotaba.

Pero había algo más.

Necesitaba sentir. El dolor la conectaba al presente, la rescataba de aquel lugar en el que se había perdido.

De aquel lugar en el que no sentía nada.

A Enrique le gustó el juego.

Todo aquello te vuelve como regresan a un cuerpo que sale del coma los sonidos y los olores del mundo. Pero hay tantas cosas que no recuerdas.

A Victoria le gustaba complacer, había aprendido pronto, solo por disfrutar de sus caras de goce. Por escucharlos gemir, salirse del tiempo. Por verlos desgarrarse de placer. Era el deseo del otro el que la incendiaba. Pero para eso necesitaba mantenerse más o menos consciente. Con Enrique, volvió a las drogas, a encadenar rayas intermediadas por repiqueteos de turulo contra el cedé, el libro, la tapa del váter. *Volviste a no recordar, a no saber qué había pasado en los brazos, en los suelos, en los infiernos de otros.*

Esos infiernos que tan mal casaban con los suyos.

Cuando el Abecedario cerró, la mañana clareaba y casi todos los Nuevos Vorticistas se despidieron con prisas. Victoria se tambaleó, el rímel corrido y el alma pálida. Enrique la ancló a la acera poniéndole una lata de cerveza en la mano. Mientras la besaba, Victoria pilló a Alegre bajando los ojos.

Por mucho que se esforzara, no lograba saber si aquella primera noche besó a alguien más, si hizo algo más con alguno de ellos.

De camino a casa, los comercios iban abriendo. Una camarera levantó la vista y dejó de barrer el peldaño de entrada a su bar para verlos pasar. Enrique le recordó a Victoria que a eso se le llamaba *walk of shame.*

Victoria se maquilló con un remolino de anticipación en el estómago. Esa noche anunciarían los relatos que formarían parte de la antología. Esa noche volvería a ver a Enrique.

Aun con los radiadores a tope, con un jersey y un cárdigan, tenía tanto frío que el maquillaje no se le deshacía en los dedos. Prendió

el calefactor y las astas giraron con un ruido de locomotora. El gato, que la había estado observando desde el váter, saltó al suelo y huyó.

Después de probarse buena parte del armario, se decantó por un body y una falda plateada. En el espejo, calibró su imagen. Añadió la diadema de rosas, era un poco exagerada, pero si la orientaba en diagonal… Sonrió satisfecha.

La cita era en casa de Enrique, su rollo, su ligue, su loque-sea. El apartamento padecía la enfermedad del IKEA vintage. Era la época en la que la clase media decoraba su vida con estanterías Billy, cómodas MALM, sofás Ektorp, y los indies los mezclaban con algún mueble del abuelo, vinilos enmarcados y varios juguetes. Enrique era un escritor indie. Victoria meneó la cabeza en señal de reprobación, pero en cuanto se topó con Enrique, cambió de idea. Estaba mazado Enrique. Y ese colgante del tigre en el cuello.

La casa no le pareció ya tan hortera. Incluso tenía su gracia con aquel cactus que prácticamente rozaba la bola discotequera del techo.

–Te estaba esperando –anunció Enrique, que le puso la mano detrás de la nuca, como en las películas, y la besó.

Enrique le sacaba trece años. Aunque en las tertulias era el Nuevo Vorticista más silencioso, en las distancias cortas, a Victoria le parecía el más interesante. Antes de que pudiera pensar sobre el cuadro o la película que estaban disfrutando, Enrique ya le estaba explicando el mito de Cupido y Psique o la vida del director Yōji Yamada. Aunque ella también sabía, callaba. Enrique lo contaba mucho más bonito que ella, claro, con esa voz de encantador de serpientes.

Victoria le apretó la mano al entrar al salón.

Los escritores, entre los que se encontraban Vórtex, Fulgencio y Leo, charlaban alrededor de una mesa baja –estilo Lack de IKEA, por supuesto–, sentados en el sofá –Ektorp, por supuesto–, y en varias sillas –Gunde, por supuesto–. La mayoría eran hombres, pero también había alguna mujer. Ninguno de la edad de Victoria; el que menos le sacaba diez años. Una mujer con un béret la miró con una mezcla de pena y curiosidad. Sin presentártelos, Enrique se reenganchó a la conversación. Tampoco la saludaron Vórtex,

Fulgencio ni Leo. Victoria rastreó el espacio con la mirada: ni rastro de Alegre.

Intentó deslizarse en el debate, pero en cuanto empezaba una oración, algún escritor se inclinaba hacia delante y la apisonaba con argumentos más altos. Victoria buscó la complicidad de su pareja, pero estaba tan enfrascado que ni la veía. No quería parecer desesperada, así que no preguntó por su relato.

Te habría hecho tanta ilusión olerlo en papel.

Se levantó a por cerveza. Estaba cogiéndola de un cesto preñado de latas y hielos, cuando se dio cuenta de que no estaba sola.

–¿Me alcanzas una?

Era la mujer de la boina. Victoria secó la lata con una servilleta antes de pasársela.

–Me llamo Sandra. ¿Has venido con Enrique?

–Sí..., bueno, no... En realidad estoy aquí por lo del concurso.

–¿Lo del concurso? –Sandra hizo un gesto de no entender–. Tu cara me suena… ¿Escribes?

Victoria asintió antes de preguntárselo de vuelta.

–Sí, yo también. ¿Te apetece una raya?

Pero Victoria no quería seguir con Sandra. Quería volver con los escritores. Caerles bien. Que la trataran como una más. Charlar de. Explicarles que. Demostrarles que. Publicar.

Volvió junto a Enrique. Que no le devolvió el beso. Que cuando Victoria le puso la mano encima de la suya, la retiró. Que le levantó el dedo en señal de silencio cuando Victoria le susurró algo. Que.

Victoria se arrancó un pellejo de la uña.

Estaban hablando de Piglia, de *Blanco nocturno,* de sus diarios. Victoria aprovechó un momento en el que callaron para engarzar con el archicopiado formato autobiográfico de Joan Didion, y de paso, aludió al de Anaïs Nin. ¿Os gusta Nin? ¿La habéis leído? ¿Qué os parece? Fue como si hubieran tirado una bomba fétida. Los escritores se dispersaron. Se sirvieron más vino, fueron al baño, se fumaron un piti.

Y de nuevo, Sandra.

–¿Dices que has participado en un certamen? No sabía que habían convocado uno.

Victoria se encogió de hombros.

–¿Seguro que no quieres una raya?

En el baño, Sandra le contó que era de Albacete, que trabajaba como profe de instituto, y que tenía un par de libros de relatos publicados. No era una Nueva Vorticista, tan solo le divertía salir con ellos, porque dijo, eran unos payasos.

–Ahora caigo: eres la youtuber de los poemas, ¿verdad? Pues sí que es raro… Con lo que pasan estos de las redes. Y estás con Enrique, que las detesta…

Le habló de algunas jugarretas de los Nuevos Vorticistas, de su terrorismo literario, de cómo habían ganado un concurso con un poemario generado por bots, de los acrónimos insultando a vloggers que habían escondido en reportajes que firmaban en la prensa generalista, de…

Victoria se miró en el espejo y se sintió ridícula con su falda plateada, su body y su corona de rosas.

Cuando se sentaron, ni siquiera las miraron al preguntar si podían traerles más cerveza. Antes de que completaran la petición, Victoria ya estaba levantándose a por latas.

Se sentó orgullosa: les había pasado las cervezas con elegancia, cargada como iba, era increíble que no se le hubieran caído. Seguro que los había impresionado.

Pero ellos seguían hablando de sus cosas con un tono que se te clavó como un insulto.

–La autoficción viene a ser como hacerse un Antonio López en literatura. ¿Para qué retratar lo real?

–Como si la vida de uno fuera la hostia.

–Y encima sin los mecanismos de la narrativa, sin preocuparse por el destinatario.

De repente, el milagro, un barrigón con sombrero payés se dirigió a Victoria.

–Tú escribes autoficción.

–Sí… –pronunció Victoria bajito.

–Ahora las mujeres piensan que para ser novelista basta con juntar tonterías sobre su vida, pedazos que funcionan en Internet, no en un libro.

–Como si narrando lo que les ocurrió fueran a hacer literatura, cuando suelen ser tonterías.

–Estoy harto de que se publiquen libros ramplones.

–¿Y todos esos comentaristas hablando de autoficción cuando, por razones obvias, el movimiento pasó a mejor vida hace dos décadas?

Victoria no supo qué replicar.

Sandra le ofreció tabaco. Aunque ya no fumaba, Victoria le pidió fuego mientras las lágrimas pujaban por salir.

En un acto reflejo, buscó a Alegre con la mirada.

No estaba, tal vez no quiso ir.

De pronto, Victoria entendió, no existía concurso de relatos. Ni antología. Las palabras de los Nuevos Vorticistas caían como ruido blanco sobre una carta de ajuste. Victoria no esperó a terminar el cigarro.

Enrique no hizo siquiera el gesto de levantarse para decirle adiós.

2014
Alicante

Desorientada entre tanta gorra de marca y tatuaje de *lettering*, a Victoria le costaba seguir el ritmo de su cita. Carlos buscaba un hueco, avanzando y reculando. Al fin se detuvo: había encontrado un lugar en la barra.

A la luz de ese club con pinta de biblioteca de Oxford, Victoria lo estudió. Lo encontró más grandote y menos atractivo que en las redes sociales. Se fijó en el pecho. Lo llevaba depilado. Se imaginó recorriendo con la lengua su piel suave y bien hidratada con cremas ecológicas.

Pero esa noche Victoria no se podía liar. Al día siguiente, la operaban de los nódulos en las cuerdas vocales. La maleta a medio hacer, el billete sin subir al móvil, el autorriego sin programar…

Las aletas de la nariz se le separaron del agobio. Para que la intervención fuera un éxito no debía llegar afónica al quirófano. Últimamente bastaba poco para que perdiera la voz, demasiadas bebidas frías, un cambio de temperatura, caminar descalza…

Al menos, no se liaría a cantar. En aquel bar sonaba lo que Victoria había etiquetado como música indie cara, que en su jerga quería decir indie mainstream. Victoria empezaba a cuestionar lo del indie, a odiar todo tipo de indie. ¿Qué sentido tenía cantar letras que las convertían en grupis retrasadas?, ¿que las describían como cuerpos pasivos?, ¿que alardeaban de follarse a menores?

Censuraban el reguetón porque no se comercializaba con un envoltorio artístico, porque no lo firmaba el intelectualismo gafapasta.

Carlos deslizó las suyas tabique arriba antes de decir.

–¡Qué vergüenza, *chiqui*! La última vez que te vi, intenté besarte. Iba muy tajado.

Con aquella ingente mata de pelo bien peinada y patillas perfectamente recortadas, no podía sacudirse la expresión de niño

mimado.

Victoria sintió rabia: a ella también la poseería.

–¿Y, a parte de a tajarte, a qué te dedicas?

–Soy fotógrafo, chiqui, pero hasta hace tres meses trabajaba en una empresa de peritos –Victoria lo miró sin comprender–. Estudié arquitectura, pero terminé con el típico curro de oficinista, bien pagado y aburrido. No me quitaba una imagen de la cabeza: yo, a los 50, calvo, con barriga, en el mismo cubículo, rodeado por los mismos compañeros y contando cada segundo hasta la jubilación.

Absorta en la visión de una oficina gris, Victoria preguntó:

–¿Así que te despediste?

–Así que me despedí, y ahora soy feliz, malviviendo.

–¡Pero si tus padres son ricos!

–Pero no tontos: me arriesgué en contra de su criterio y no me ayudarán hasta que demuestre que acerté.

–¿Pero no debería ser al revés?, ¿no deberían ayudarte cuando las cosas se tuercen?

Carlos se encogió de hombros.

–Tú, periodista y poeta, ¿no?

Sí, periodista, primate, poeta; policía, prostituta, política… Los oficios que empiezan por *p* no son de fiar, que decía Miguel Ángel Bastenier.

–Escritora –corrigió Victoria–, soy escritora. Ahora estoy trabajando en mi primera novela.

–¿Y de qué va?

–De ti y de mí.

Se hizo el silencio, ese prólogo para la retranca, y a Carlos lo dobló la risa.

–No, en serio…, ¿de qué trata?

–De una generación que sale, se droga, bebe, folla. De la soledad.

Con la vista en el techo, Carlos parecía considerar el argumento.

–A ti no te gustaría –dijo Victoria, pensando en Faulkner con un vaso de burbon entre las manos; pensando en Faulkner borracho manteniendo una conversación parecida; pensando en Faulkner a la mañana siguiente, con otro burbon al lado de la máquina en la que consigna letra por letra la conversación de la noche anterior. Desde

luego, lo que a Victoria le sucedía es que codiciaba el don de la lucidez posetílica de Faulkner. Pero, como no lo tenía, lo mejor era no beber alcohol, ni nada que llevara hielos.

–¿Y por qué no me va a gustar, chiqui*?*

–Porque la mayoría de los tíos os vais a quedar con el quién es quién, las drogas y el sexo. Eso si no os sentís atacados, en cuyo caso, me odiaréis y diréis que lo que he escrito es un ajuste de cuentas.

–¡Cuánto prejuicio!

Carlos le contó que tenía una asociación para poliamorosos en la que ayudaba a gestionar los celos. A Victoria se le hizo de repente simpático, así que le propuso sacar un reportaje que citara a la asociación en la revista.

–Aprovecha antes de que me pida una excedencia. O de que deje el puesto definitivamente.

–¿Irte? ¡Con esos viajazos que te pegas! Menudas fotos subes. Siempre de evento en evento, de viaje en viaje.

Claro, él sí que puede dejarlo todo para dedicarse al arte, pero tú que eres mujer, no.

–Si no bebiera en esos viajes, la vida sería insoportable. Bebo champán en el desayuno, en la presentación de prensa, más champán; en la comida, más champán; en la merienda, más champán; en la cena, más champán. Bebo en la sala VIP, en el avión y nada más llegar a casa.

–Joder, pues sí que bebes.

–No me siento cómoda en un medio donde manda la publicidad, en el que se escribe con un listado de anunciantes. Esos viajes ya no los paga el periódico, sino las marcas.

–¿Y no te gusta escribir sobre moda y belleza?

Victoria negó.

–¿Por qué no vuelves a Cultura?

Así que le habló sobre el suplemento en el que trabajaba desde hacía casi un año, la revista del periódico, el sueldo fijo y su cargo: jefa de moda y belleza. No era lo suyo, pero un contrato, pero la cotización, pero permanezco como máximo unos meses…

Leve repiquetear de dedos sobre la barra y la pregunta que quería esquivar:

–¿Y cómo te convenciste para escribir sobre cremas?

–Pues asegurándome de que el rol del periodista era tratarlas con el mismo rigor que un suceso. Pero pronto empezaron a regalarme bolsos, y a la mierda la objetividad.

Victoria cerró los ojos y cuando los despegó lo hizo con miedo, no fuera a encontrar una cara de insatisfacción. Pero Carlos la miraba sonriente y Victoria se fue al baño como siempre hacía cuando no sabía cómo actuar. Los espejos con luces, el jabón y la hidratante de lavanda, las toallas esponjosas le recordaron el hotel de lujo donde entrevistó a Georgia May Jagger en Londres. Poco importaba la clase social, los rituales no variaban. Mujeres evaluándose, mujeres repasándose los labios y el rímel, mujeres fustigándose en silencio; qué mal me queda, te pasaste con, por qué no hice.

Si pudiera contaros lo que pasará luego, si pudiera animaros a despertar, a organizaros ya.

–Yo es que no leo prensa –confesó Carlos cuando Victoria regresó.

Los labios de Victoria bailaron; despegar, pegar; despegar, pegar. Sopesó las consecuencias de abroncarle, de enumerarle las razones por las que debía apoyar a la prensa. Y, entonces, ajeno a su voluntad, el reproche:

–Pues mira, gracias a ti, esto se hunde. Ya nadie nos compra en el quiosco.

Pero entonces el corazón tomó velocidad como si rodara cuesta abajo. En uno de los apartados de la entrada, Adán. Un cometa se estrelló en el pecho de Victoria: no estaba solo. Mientras se alzaba de puntillas para vislumbrar a su acompañante, Adán se movió y veló con su espalda la escena.

Justo en ese momento, llegó un camarero con un cárdigan de koalas rosas y preguntó qué querían. Carlos pidió un gin-tonic. Con el corazón hecho trizas, Victoria zanjó el conflicto de la bebida. Exigió un burbon. *«¿Solo?»*. La visión prendida en el estampado rosa: «Pues, claro, solo, pero con hielo, ¿no te habrás creído que soy una *friki* que lo toma sin hielo». Pero en cuanto los cubitos chocaron con sus dientes, Victoria torció el gesto. Tormenta de agujas en la

garganta. Y le entraron ganas de llorar pues no entendía qué se le había perdido en ese club con pinta de biblioteca de lujo.

Bebió para sortear la náusea, pero falló, así que regó el local con expresión enloquecida y a punto estuvo de gritar, de rasgar la atmósfera, de desenmascarar a los figurantes, a los secundarios, a los principales. Pero se dio cuenta de que Carlos era de carne, de que el mesero era de carne, de que Adán era de carne, de que la atmósfera era de aire. Y la pesadilla se hizo más insoportable pues llegó la otra, la que reflexiona, la que controla, la del guion.

Y habló sobre periodismo. Que si los beneficios de un diario procedían tradicionalmente de un 50 % de la venta y de un 50 % de la publicidad. Que si una tercera fuente de ingresos –la fiebre de los coleccionables, repostería incluida; ¡hasta llegaron a repartir cruasanes con el periódico!– había maquillado la crisis estructural, y vuelta a los porcentajes; 33 % por la publicidad, 33 % por la compra, 33 % por los coleccionables. Y Carlos nuevamente a levantar hombros, a beber, a encorvarse. Y Victoria, vuelta a lamentarse, que si nadie investiga, que si la empresa, que si el convenio, que si los derechos. Y Carlos venga a asentir, a beber, a encorvarse, hasta que sugirió: «¿E irte?». Y Victoria: «¿Sin paro?, ¿sin finiquito? Sería de locos…». Y Carlos: «¿Eso lo opinas tú o tus padres?». Y Victoria, echando en falta la etiqueta de un tercio para rasgarla: «Carlos, eres más joven que yo, ¿verdad?». Y su cuerpo, hacia atrás, menuda interrogación, parecía decir. Y Victoria, idéntico acento, idéntica dicción, disparó idéntica pregunta. «Sí, lo soy», respondió dolido Carlos, «cinco años más joven». Como un susurro: «No entiendo por qué lo mencionas».

«Porque no perteneces a una generación bipolar como yo». Carlos, entornando los ojos: «¿Eso qué quiere decir?». Y Victoria: «Pasar de lo analógico a lo digital, de la bonanza a la crisis y darse cuenta de que el amor romántico es cínico, deja secuelas». «¿Mentales?», se mofó Carlos. «Somos bipolares porque nos engendraron unos padres que creían en el amor eterno y que, más tarde, se conformaron con soportarse». Carlos retrocedió un paso. «¿Recuerdas lo que decía Schopenhauer». Carlos negó. «¿Al terminar de follar no te sientes vacío?, ¿triste?». Carlos, la vista

reconcentrada en los labios de Victoria, negó de nuevo, y ella, traviesa: «Yo, sí; de hecho, oigo reír al demonio».

Después de pegar un respingo, Carlos retrocedió y con su paso hacia atrás le arruinó la noche a una chica que llevaba horas reuniendo coraje para besar a la mujer que le gustaba. «Ey, tío, ten cuidado», gritó esta después de que Carlos la pisara.

Victoria, como si nada: «¿Sabes por qué el diablo se ríe al vernos follar? Se descojona porque sabe que lo hacemos por el síndrome de supervivencia, aunque sea inconscientemente lo hacemos para reproducirnos, si no fuera por eso, jamás nos habríamos acostado con alguien que nunca hubiéramos escogido ni como amigo».

Carlos, señalando los hielos, propuso tomar otra.

Mientras Victoria aceptaba, se imaginó enronquecida, perdiendo el tren, y sus padres: «*¿Cómo se te ocurre?*», y el médico: «Afónica, no te podemos operar». Pero en las cuerdas, no era el alcohol lo que escocía, sino Adán.

Después de la tercera, decidieron cambiar de sitio.

Antes de salir, Victoria se hundió en la visión de Adán besándose con una chica, otra chica más joven que él (y que ella), una con la que no lo había visto nunca. Las preguntas se le clavaron en el pecho, ¿y si es la definitiva?, *¿y si se enamora más de ella que de lo que lo estuvo de ti?* ¿Y si…? Un escalofrío le revolucionó las células.

Rumbo a la Dos de Mayo, Carlos y ella treparon por la calle Colón y serpentearon por Corredera Alta de San Pablo. Universitarios con las manos pringosas de mozzarella, oficinistas a paso acelerado, hipsters tironeados por caniches, señoras detrás de cochecitos donde no asoma bebé alguno, parejas que comparten tetrabriks de vino y que desbordan papeleras cuando los tiran, chinos con carritos-prótesis de cerveza y Carlos. Las patillas, el hoyuelo, el mohín de Elvis, la mitad del labio torcida, la piel suave casi hacen que Victoria lo olvide todo.

En esas andaba cuando el mantra del Buitre le resonó en el oído:

–Mire, dame una rayita, una rayita, no más.

Victoria cogió a Carlos de la mano, y echaron a correr.

El suelo del bar, el típico de churros por la mañana, lleno de huesos de aceituna, cabezas de gamba y servilletas. En un rincón, el ventanuco hacia la cocina; «¡Apartaos, chavales, que por aquí entro y salgo con los pedidos!». El camarero, la tonsura de un monje, encorvado, canijo –¿Cómo acierta a moverse sin volcar la bandeja?–, se acercó a cargarla todavía más. Victoria lo ayudó. Carlos, risa de fauno: «¡Cómo se nota que no has trabajado de camarera!». Y ella: «¿Por?». Carlos, la mano airada sobre su hombro: «Por el equilibrio, el camarero sabe dónde y cómo posicionar los vasos, si lo descompensas…». Con el aliento en el lóbulo, le confesó que él sí que había sido camarero. «¿Pero tus padres no eran ricos?». Él la miró sin comprender, y explicó que él siempre había trabajado para pagarse sus cosas. Sacando pecho, Victoria le contó que había trabajado como segunda encargada del Club durante unos años. «Lo sé», contestó Carlos. No entendió por qué Carlos le guiñó un ojo.

Entonces, el millennial gafapasta, que ya no parecía tan pijindie, le rozó la mano y Victoria, el alma ligera por el alcohol, deseó que sucediera ya. Que se desvistieran y follaran ya. En la calle, a la luz de las farolas. Pero Carlos retiró la mano. *Le gustas, no le gustas; le gustas, no le gustas; le gustas no le gustas.*

Y la vocecita en la cabeza, *esfuérzate, esfuérzate más.*

Cuando accedieron al Raro, los Electric Prunes confesaban que la noche anterior habían soñado demasiado. La camarera volaba detrás de la barra sirviendo copas como una desquiciada. En las paredes, orangutanes con bongos, Bowies *glitter*, y marcos de televisores con revistas de los años ochenta.

La consigna era el desmadre: los parroquianos saltaban sin parar; boing, boing, boing, y con cada boing, llegaban cada vez más alto. Hasta que tiraron una lámpara.

Cuando la camarera serpenteó entre la muchedumbre con una banqueta, los entusiastas dejaron de bailar, beber y saltar. La observaron como si sus movimientos escondieran un mensaje oculto. La camarera recogió el foco, se subió al taburete, lo prendió y regresó a su puesto. En cuanto se puso a servir más copas, los

parroquianos volvieron a dar más botes, a tirar la lámpara. Pero esta vez, la camarera ni se inmutó. Durante unos segundos a Victoria le sorprendió cómo se desvivían por repetir la ceremonia nocturna: comunicarse a gritos en bares minúsculos con un equipo de sonido tan afónico como ella, unos locales con barras atestadas que servían alcoholes que en el barrio de Salamanca no hubieran usado ni para desinfectar váteres, con unos baños en los que no cabía prácticamente una persona, pero a los que pasaban de tres en tres. Todo esto lo pensó en lo que tarda un rayo en desvanecerse y luego lo olvidó.

Carlos no bailaba nada mal. Victoria notó las miradas de las chicas sobre sus patillas, sobre su ingente mata de pelo, sobre su polo de Fred Perry. Se acercó a decirle algo al oído con la esperanza de que él aprovechara para besarla.

A ti, naturalmente, nunca se te hubiera ocurrido besarle primero. Eso no era lo que habías aprendido.

Pero Carlos se limitó a separar el rostro. A sonreír. A contestar. A saludar a una conocida. *Le gustas, no le gustas; le gustas, no le gustas; le gustas, no le gustas.*

Y la vocecita en tu cabeza, *esfuérzate, esfuérzate más.*

La música los catapultó a algún punto entre 1963 y 1972, *Everybody's talking about my L.S.D. Yes, I need L.S.D.* Carlos usurpó el mohín de Elvis, la mitad del labio torcida, y Victoria supo que acabaría cansada de ese gesto. No hay defecto que al principio no sea un rasgo interesante, escribió Cortázar.

Aprovechó el presagio para aleccionarse: no beber más, no drogarse, no acostarse con él.

Pero cuando Carlos la agarró de la barbilla, se le enredaron el burbon, los tercios, el mezcal; y con los labios prendidos, giraron.

Por el camino, un laberinto a lo Escher, qué lío de calles, Madrid, la ciudad construida por el rey de la geometría. Un caos, Madrid.

«¿Mi casa o la tuya?», dijo Carlos; «A suertes», contestó Victoria. «¿Piedra, papel o tijera?», dijo Carlos. «Pares o nones», contestó Victoria; «Pares, vamos a la mía», dijo Carlos. El azar quiso nones y Victoria olvidó todo lo que había prometido no hacer.

Enamorada de Madrid, su obsesión por engolfarte: brazos abiertos a las estrellas, como un cohete en bici; botellones en rotondas de madrugada; serenatas borrachas al pie de los balcones, hadas en el parque del Retiro.

Con Adán.

Adán.

Adán.

Si no cambias, el pasado, el ayer acabará contigo.

Emergieron del taxi, más tumbos.

Y en los oídos de Victoria, «¿Por qué te empeñas en vivir cada instante como si fuera tu noche de bodas?, ¡es agotador!», la reprimenda de Adán.

El pasado es lo agotador.

La llave se desliza en la cerradura y Victoria dedica todo su ser a satisfacer, a *performar* lo sexy. El gato los persigue hasta la cocina. «Tu historia con Carlos no me convence», dice. Pero a Victoria le gusta: las patillas, el hoyuelo, la piel suave. Fue camarero, no es tan pijindie, ni tan gafapasta, y además tiene una asociación de apoyo a parejas poliamorosas. *Si te la juegas con lo de la operación, que al menos valga la pena,* así que Victoria se aplica a fondo y hace que no aguanten ni la primera birra.

Mientras la sujeta con una mano; con la otra, lo desnuda. Al acuclillarse, lo reta con la mirada. Siente la misma avidez que de niña cuando el helado se le derretía sobre la arena. Con los iris prendidos, se aproxima, pero no del todo. Lo roza con la exhalación. Lo roza con la exhalación. Lo roza con la exhalación.

La cara de Carlos, una súplica.

Victoria desencaja la mandíbula y engulle: electricidad, pis, gamuza. Le encanta crear un mar en la boca, sentir la polla crecer, tan suave, tan a su disposición… Mientras la saliva se apelmaza, piensa en superarse: quiere que Carlos se enganche. Lo quiere como pareja.

Como si eso fuera a calmar el dolor que te provoca Adán.

Pero a Victoria se le mete un mechón de pelo en la boca. ¿Qué hacer? Si lo saca, perderá el ritmo y le cortará el rollo, pero si no, a lo mejor Carlos lo nota y le molesta. Victoria quiere que se corra. Que disfrute. Que se enganche.

Y en medio de las elucubraciones, Carlos toma las riendas.

Le quita las medias, las bragas. Le da la vuelta y le prende las manos a la encimera. A Victoria le sorprende la demostración de fuerza, la energía con la que la penetra. Mientras él sopla *A Love Supreme* de Coltrane, un solo de cadencias evangélicas y gongs asiáticos, Victoria traga varios lamentos. Percusión, piano; percusión, piano; percusión, piano.

Hasta que Victoria no puede más.

–Espera –ordena y lo lleva al salón.

La respiración a mareas, lo tira sobre el sofá, se arrodilla y vuelve a tragar. Acaricia el sudor en sus pectorales, tan suaves. Localiza una verruga en la ingle. La lame como si fuera el helado más caro del mundo.

–¡Si sigues así, me voy a correr! –dice Carlos.

Pero Victoria no para. No para. No para. Se oye a Totoro escarbar la arena, mear, tapar el pis.

Carlos la agarra por las caderas, la alza y se la planta encima.

Pobrecito, te sonríes, porque es tu postura. Ahí mandas tú.

Tiempo de sacudidas: Fa Lab Fa Sib Fa Lab Fa Sib Fa Lab.

Paso al contratiempo y el rostro de Carlos se trunca de repente.

–¡Quita! –exclama.

Victoria lo descabalga, la confusión en el entrecejo.

–Me duele –insiste Carlos.

–¿Cómo que te duele?

–No sé…; me duele…

–Pues no lo entiendo –contesta Victoria, que siente el tornado en la garganta. Todo debería ser perfecto. Una noche de bodas–. ¿Cómo que te duele? –repite.

Carlos le acaricia delicadamente el pelo, le besa la mejilla, la frente. Pero a Victoria le saben a poco los arrumacos, así que dibuja círculos con la lengua en su cuello, sopla con la respiración. Muerde.

Y lo vuelven a intentar. Hasta que el dolor es demasiado evidente en el rostro de Carlos.

Victoria se siente mayor. Y culpable. Como si no hubiera tocado las teclas adecuadas, siente que ya no vale, que ya no es buena en la cama. Recuerda a la acompañante de Adán, esa chica rubia tan joven. Se lleva la mano a la vulva y comprueba que está mojada. No entiende nada…

La frente contra los pectorales de Carlos, se rinde.

Pero no quiere parecer débil.

Así que se endereza y se cruza de brazos.

Cuando él va a besarla, Victoria se aparta.

–Si lo prefieres puedo dormir en el salón –propone Carlos, poniéndose la camiseta.

Y ahí sí que te ha tocado la tecla.

Victoria lo mira con furia antes de levantarse y huir a la habitación.

Portazo. Fuera edredón, fuera sábana.

Vestidos, zapatillas y pendientes en el suelo como en un campo de batalla le recuerdan los esfuerzos para embellecerse que hizo antes de quedar con Carlos. Encaja un puntapié en el aire. La sensación de abandono la intoxica. Mientras culebrean las lágrimas, convoca el sueño. Pero el descanso la elude.

Adán. La chica joven. Elvis. La mitad del labio torcida. El mezcalito. Las cuerdas vocales. La maleta. Alicante. *No le gustas. No vales. No le gustas.* Victoria pierde la cuenta de las veces que cambia de postura.

Cuando decide salir del cuarto, el alba estalla en el salón. Carlos, que está acariciando al gato, tiene la mirada de un niño perdido.

Victoria se acuclilla. Le tiende una mano.

Os abrazáis.

Para escapar de la resaca, Victoria pasó el viaje convertida en la velocidad a la que se sucedían las vías y las hondonadas marrones y verdes. Era su juego favorito, escuchar música con los ojos fijos más allá de la ventana del convoy, un juego interrumpido por las veces en las que obsesivamente comprobó el móvil en busca de señales de

Carlos. Cuando bajó del tren se consoló de la falta de noticias aspirando el sol.

Pero cuando el pelo se le rizó, acortándose unos centímetros, se le volvió a agriar el humor. Maldita humedad alicantina.

Un par de horas antes de que saliera el tren, Carlos se había declarado: «Me gustas desde la primera vez que te vi, y de eso hace doce años. No me olvides, ¿eh?».

Las palabras de Carlos, su vínculo, amante, o como se diga en el poliamor, todavía le vibraban cuando la reconoció. Junto a su padre, Javier, un sexagenario con el pelo fosco muy rizado, y su madre, Alba, de temperamento menos alegre pero cuya belleza compensaba la melancolía, contrastaba Sara. Su tía, vestida de negro, parecía un cuervo. Victoria dejó caer la mochila al suelo. Y con la grotesca imagen de sí misma, parada en medio del gentío que a zancadas cruzaba el *hall* de la estación en la mente, se sintió ridícula.

Al retomar el paso, Victoria optó por confiar en que la tía estuviera en la estación para coger un tren de vuelta a Galicia. Será eso, se tranquilizó a pesar de no ver ninguna maleta, si se fuera a quedar, sus padres la habrían avisado.

Como si hablarais mucho. Vuestra forma de comunicaros consistía en dejar sonar el teléfono tres veces y colgar. Eso quería decir que estabais bien.

La silueta alargada como una vela en un funeral de la hermana de su padre se fue definiendo poco a poco: aquellos cabellos entrecanos sobre su palidez de lejía, aquellas trazas de una antigua belleza en el rostro. ¿Cómo anunciarles que quería cogerse una excedencia para centrarse en la novela?

Como ninguno era dado a las efusiones de cariño, intercambiaron besos higiénicos. Cuando llegó el turno de la tía, a Victoria se le encogió el cariño como un gato ante un perro de caza. Los dedos frágiles de la tía chocaban con la dureza de su rostro. Todo en ella era de otro tiempo, de otro mundo.

Cuando el padre de Victoria arrancó el coche, el *Rumours* de Fleetwood Mac a todo volumen, la tía cogía de la mano a Victoria y la interrogaba sobre su vida en Madrid. Victoria respondió con evasivas. Ni estaba preocupada por la intervención, ni por la

posibilidad de un segundo ERE en el periódico. *¿Qué ibas a decirle?, ¿que te habías convertido en el arquetipo de mujer que te había programado para no ser jamás?*

–Me dicen tus padres que ahora viajas por ahí y recitas poemas. Creía que, cuando dejaste la música, era para centrarte en el trabajo. Tenemos que hablar –anunció la tía, que no paraba de removerse en el asiento. Victoria conocía las implicaciones de esas palabras de memoria. La expresión «tenemos que hablar» era la favorita de Sara.

Pero Victoria, lejos de contradecirla, había acatado casi siempre sus deseos; había algo en la tía que la atontaba, como si estuviera bajo el influjo de una hipnosis.

Levantó una posadera con la intención de separarse, pero Sara la retuvo.

–Deberías volver para Alicante o venirte para el pueblo en vacaciones. Madrid te consume, hija, estás delgadísima, huesuda –dijo calibrándola–, las clavículas y las costillas marcadas…. Un bocadillo de jamón y tranquilidad es lo que necesitas.

–Tía, soy mayorcita y sé lo que me hago.

–Claro, por eso te van a operar, trabajas en un periódico que acababa de despedir a mucha gente…

–Ha habido un ERE, por la crisis, pero no me…

–Tu mejor amiga, Pati, sigue trabajando como dependienta…

–Ahora solo curra tres días, está terminando de rodar una película en la…

–Una película no significa nada… Además, menuda carrera, actriz… pero a lo que íbamos. Cada dos por tres cambias de novio, y encima te estás jugando que te echen recitando poesía por ahí porque no eres una descerebrada y sabes lo que haces.

Victoria sintió brasas. *¿Por qué tu madre no decía nada?, ¿por qué tu padre no decía nada?, ¿por qué siempre que pasaba algo se abstraían con la música a todo trapo? ¿Y por qué le contaban a la tía lo poco que tú les contabas?*

Al creer que la telepatía funcionaba y que su madre Alba se había dado la vuelta en el asiento del copiloto para salvarla, Victoria suspiró aliviada.

–La tía Sara nos va a ayudar durante tu convalecencia.

Victoria se quedó tiesa. A duras penas logró esbozar una sonrisa. Había leído sobre cómo volver a entornos del pasado puede reactivar patrones de conducta. En Alicante, volvía a ser la pequeña, la hija, la sobrina. En casa de sus padres y con la tía rondando, le era más difícil imponer su voluntad.

¿Acaso te es más fácil cuando estás con hombres? ¿Acaso no te empequeñeces también a su lado?

Ya en casa y mientras deshacía la maleta bajo las miradas de Morrissey, PJ Harvey y Jarvis Cocker en la habitación –que sus padres habían mantenido inmutable, paredes forradas con pósteres, estanterías desordenadas por casetes y cedés–, Victoria reflexionó. La casa nunca había sido un remanso, la familia modélica de teleserie estadounidense, pero, al menos, tanto ella como su hermano habían gozado de cierta independencia, aunque eso cambiaba cuando los visitaba Sara. Se metía en todo y cargaba el ambiente con su persecución. Espiaba, registraba cajones, leía diarios y criticaba su «conducta descarriada».

Olimpia, la gata cuyas habilidades incluían mear en el váter, descubrir las encías para recibir un lavado de dientes y bordar el lenguaje binario asintiendo y negando con la cabeza, saltó encima de la cama y, arqueando el lomo, exigió una caricia. La aspereza de su pelaje, hace solo cinco años, cálido y sedoso, avivó el recuerdo de la tía Sara con la vista en la gata y no en el bordado, asegurando: «¡Qué bonita estola saldría con su piel!».

El estremecimiento que electrificó a Victoria desagradó tanto a Olimpia que la gata saltó al escritorio y se puso a mirar los álamos por la ventana. En la mente de Victoria, se dibujó su silueta con quince años en el tejado fumando un porro bajo la luna, *there is a feeling I get, when I look to the west and my spirit is crying for leaving.* Como en el recuerdo, la puerta del cuarto se abrió de golpe. En su pasado adolescente, la tía gallega la ajusticiaba por aquella locura de escuchar música endemoniada, arracimada a un tejado como un gato. «Pero es que soy un gato», le contestó en su memoria mientras apagaba el canuto en una teja, una explicación

que a punto estuvo de soltarle a la tía que era quien había abierto de golpe.

Por primera vez, Victoria se atrevió a solicitar: «La próxima vez llama antes de entrar». Los ojos de Sara, aunque en pleno día, brillaron como los de un animal en la oscuridad. La gata huyó despavorida por la puerta entornada. «Solo venía a ayudarte, hija: estarás cansada, te iba a proponer deshacerte la maleta». Victoria se sintió culpable y, con un gesto, la invitó a entrar. Antes de seguir con la faena, la tía le pasó una mano por el pelo. «¿Recuerdas cuando te lo cortaste? Nunca entendí por qué te privaste de tu encanto». Victoria se visualizó con el orgullo de su trenza en una mano –aquella soga que tanto la había condicionado en la infancia– y las tijeras en la otra. Nunca reconoció lo mucho que lloró los meses después de haberla guillotinado.

«Cierra la puerta de los armarios, mira que te lo tengo dicho, que soy alérgica al polvo y a los ácaros; ¿es que no me quieres?», dijo Sara mientras cerraba las hojas de madera. «Ahora vuelvo, tía… Tengo que hablar con mi madre», y la dejó guardando camisetas en los cajones. «Te cierro la puerta», anunció Victoria antes de salir, y al hacerlo se sonrió al percibir las cerraduras que sus padres habían colocado en cada puerta para que tuvieran privacidad. «¿Por qué no la cerraré?», se preguntó mientras descendía de dos en dos los peldaños que conducían a la biblioteca. La casa de su infancia no tenía nada de especial, quizá lo único que llamaba la atención era la inmutabilidad de los muebles, como si por ellos no pasara el tiempo. Como si nadie les diera uso.

Victoria abordó a su madre a bocajarro:

–¿Alba, por qué ha venido la tía?

–Ella insistió en ayudar: tu padre y yo tenemos mucho trabajo y casi no vamos a estar en casa.

–Pero si no voy a necesitar nada: me quedaré sin voz, pero no manca, podré cocinar, limpiar, conducir…

–Ni hablar. No puedes forzar las cuerdas.

–Alba, estás exagerando.

Y como si el silencio fuera suficiente, su madre se dio la vuelta.

Sentada en el váter, rodeada de las baldosas pastel escogidas en un impulso rococó junto a su madre, aquella pared rosa con lacitos, apremia empujar: Victoria se acaba de zampar un platazo de avena con leche de quínoa, tres onzas de chocolate, espirulina, sirope de arce, nueces y miel. Lo ha bautizado *power bowl.*

Sobre el asiento frío del inodoro donde tantas veces ha cagado, donde se puso su primer tampón, después de que su hermano dijera: «No me fio de un animal que sangra una vez al mes y no muere». En el mismo váter donde estudió la caja de tampones que le entregó su madre con un escueto: «Ya sabes lo que tienes que hacer y cómo», y que le sirvió de apoyo para intentar colocarlo; el mismo váter que la vio salir triunfante 50 minutos después, los ojos hinchados de tanta frustración (había probado a colocárselo en todas las posturas que indicaban las instrucciones antes de conseguirlo), dispuesta a chapuzonearse porque era una chica támpax y a ella la regla no la frenaría.

En ese baño, donde se encerró –*Do you remember the first time? I can't remember a worse time*– a llorar después de la accidentada primera vez con su novio. Donde semanas más tarde, recordó el maleficio que le había soltado este: «No creo que seas capaz de correrte». «Sí, sí, lo soy… pero soy clitoriana, creo».

Esto último lo pensaste, nunca lo dijiste.

El mismo inodoro donde la revolvió el caldo de pescado en el que se transformó el flujo con una vaginitis, el mismo que la espió mientras colocaba un óvulo para repararlo, el mismo en el que meó encima de una prueba de embarazo y donde aprendió a interpretar las rayitas.

En ese mismo baño, apremia empujar.

Y cuando lo hace, la mano izquierda –que reserva para las situaciones del váter– va directa a la vulva.

Por la apertura, algo viscoso. Y húmedo. Por si es un extraterrestre con forma de gusano, Victoria lo atrapa con aprensión con dos deditos, y lo guía también con aprensión hasta la altura de los ojos. Lo estudia. Esta cosa macilenta parece un ratoncillo. Y oler… huele mucho. Casi se le desorbita la visión:

–¡Un tampón! –chilla–. ¡Es un tampón!

Victoria se levanta de un salto y lo arroja a la basura.

Permanece varios segundos observando el bulto. Lo repesca con la izquierda. En efecto, es un tampón. Con el objetivo de hacerle un vestido de capas, atrapa el papel higiénico y lo despilfarra entero. Enfunda aquella cosa en uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis mil giros de muñeca y cuando la tiene momificada, la ametralla contra la papelera.

De golpe, entiende. ¿Contárselo a Carlos? Ni de coña, esto también se queda entre el váter y ella.

¿Cuántos días habría dormido dentro? Recordó haberse puesto el támpax antes de reunirse con Carlos. Tenía tanta prisa. Luego se le habría olvidado que lo había colocado y… el resto; los intentos infructuosos por follar, la cara de dolor de Carlos.

A esas alturas, no subiría la fiebre. Al contrario que hacía unos años. ¿Cuánto tiempo había permanecido el tampón en el coño entonces?

El olor de aquella cosa… repugnante, otro ratoncito muerto. El médico de urgencias ni se inmutó. Recetó unos óvulos lavativos y para casa. Adán taladraba la sala de espera con la pierna.

¿Por qué no le toca a él pasar por esto?

¿Por qué no se hace él la prueba del embarazo?

¿Por qué no se toma él la píldora del día después?

¿Por qué no se hormona con anticonceptivos?

Adán la recibió con una sonrisa torpe, con el repicar de dedos en las rodillas. *Y va y te suelta que las chicas siempre le han parecido un misterio.*

«¡Cerve, quiero una CERVE!».

–¡No hables! ¿Recuerdas lo que pactamos antes de que te durmieras? No debes hablar. ¿Sabes dónde estás?

Victoria palpa la camilla: mierda, el hospital, las cuerdas; mierda, acaban de lijárselas; mierda, la sirenita; me gustas cuando callas porque estás muda… Ha perdido la voz: como a tantas mujeres, se la han arrancado, *¿quién eres?, ¿qué vas a escribir?, ¿cómo vas a*

decir lo que sientes? Si tan solo pudiera tumbarse de nuevo en el colchón de la anestesia.

Instantes antes, cuando reconoció los límites de las batas y de las mascarillas, Victoria intentó aferrarse a la droga, pero la intensidad del foco, pero los dedos que la agarraban. Enfurruñada, despegó los ojos completamente y, a pesar de captar la materialidad del quirófano, se empeñó en que seguía de after como en el sueño. Así que cantó, *it doesn't hurt me, do you wanna feel how it feels, do you wanna know that it doesn't hurt me?, do you wanna hear about the deal I'm making?*

Los médicos solo escucharon un ah deformado. Hasta que Victoria verbalizó la orden: «¡Cerve, quiero una CERVE!», había confundido al fonocirujano con un camarero.

Antes de clavar la vía, el médico había avisado: «Es la parte que más duele». Y ella: «No, qué va, pero si no duele». «Sí, sí que duele», refutó el doctor.

Victoria recordó el maltrato. Las caricias piedra, las nalgas que se teñían de rojo. De pronto, el dardo de la vía.

Pero tú eres una negacionista: varas la comunicación, bloqueas la corriente, esquivas el dolor. No lo compartes.

Pero tú eres una yonki. Por eso, cuando la anestesista ordena aspirar, Victoria se engancha a la mascarilla como Lestat el vampiro a una lesión abierta. Caramelo de metal amargo. «¡Tanto, no!». Y su recriminación como el platillo volante del quirófano se pierde en la caída de Victoria, abajo, más abajo, la mirada amusgada, la sonrisa en el aire.

En vez de andar, flota, cabecita a un lado, cabecita al otro, hasta despegar del suelo del Club. Al presentir a Adán, apoya la cabeza en su hombro, pero pronto se da cuenta de que no hay nadie. Lo busca por el bar que de pronto está abarrotado, se abre camino con una cerveza en la mano entre espaldas y sobacos mojados, piernas que se agitan al ritmo del DJ, narices con pegotes de farlopa. Adán besa a una chica. Más guapa, más joven que Victoria. Una mano la sacude y, con la oscuridad en las pupilas, Victoria aspira cánulas, bisturí, tijeras, cerveza, farlopa, Adán, pinzas, agujas, saliva.

Su madre le tira del camisón, le coge una mano y se interesa por su salud. Tras ladear con dificultad un cuerpo que ya no siente como suyo, Victoria le dedica una sonrisa y a, pesar de la prohibición, se le escapa un ¡bieeeennnnn! que la tía Sara, sentada al lado de su madre, liquida con un «en boca cerrada no entran moscas». Victoria tuerce el gesto: le esperan tres semanas muda, tres semanas escuchando que las chicas guapas, aún más guapas calladas.

En cuanto Victoria llegó a casa, comprobó el móvil. Estaba segura de que encontraría un mensaje de Carlos: «¿Qué tal estás, chiqui?, ¿salió bien la operación?».

Nada.

Así que apagó el smartphone y lo sepultó en un cajón; para sacarlo y encenderlo diez minutos después. Y vuelta a mirar el wasap. Y vuelta a sepultar el móvil. Y vuelta a sacarlo y a encenderlo. Y el bip que no llega.

Victoria se acordó de Adán, que debía estar disfrutando en un concierto junto a su novia; de Manuel, que debía estar entrevistando a algún político para *Enredados*; de Pati, que debía estar memorizando el guion de la película. *¿Qué tenías tú?* Un poemario en una editorial que la fichó más por sus seguidores que por su escritura, un principio de novela caótico, un trabajo en una revista de moda que odiaba y en la que la maltrataban. No tenía voz, ni pareja, ni reconocimiento.

Las lágrimas cayeron sobre el teclado. Cuando intentó seguir escribiendo la novela, las teclas no respondieron. Con las piernas estiradas, el respaldo sobre el cabecero azul de la cama, Victoria leyó. Acudió solícita a la llamada de la tía, cenó con cara de muerta y se enterró de nuevo en el cuarto donde leyó hasta bien entrada la madrugada. Su cuarto se diluía; las luces de los coches en las paredes forradas de pósteres. En el techo, quiso entrar en el techo, encerrarse ahí, pero en vez de subir, descendió.

Soñó con Adán.

Follan. Se corren. El sabor a tabaco rancio. También, a cielo. «¿Nos emparejamos otra vez?». Sí. La casa de Adán, pero las vigas

en sus visiones eran de carne y no de madera. El seísmo le durará una semana. El sueño es como un niño con los ojos vendados que en vez de golpear la piñata se estrella contra un árbol.

Verlo en el bar con pinta de biblioteca pija había bastado para que la retina lo mandara a las neuronas que, cuando no practicaban el insomnio, la intoxicaban con la película de Adán y su nueva novia; Adán y su nueva novia en un concierto; Adán y su nueva novia de after; Adán y su nueva novia follando. *¿Por qué no soñar que te pide perdón por comportarse como un imbécil y pasar página?*

Escribió Rulfo que los viejos no necesitan dormir demasiado y que lo poco que descansan lo hacen pensando: Victoria soñaba como Páramo. *Too much to dream last night*. Los sueños tienen la misma influencia que los hechos; ¿Qué filósofo lo escribió?, ¿o fue un poeta?, ¿pero no eran los poetas los auténticos filósofos? «¿Nos emparejamos?». Los sueños son más lúcidos que las acciones, en ellos aflora cuanto hemos disimulado durante la vigilia, que decía alguno. ¿Y si no somos nosotros los que soñamos?, ¿y si son los sueños los que nos sueñan?

La segunda pesadilla adquirió tintes grotescos: Victoria hablaba con voz de pito, la operación había sido un fracaso y le había robado los graves.

En la tercera, soñaste conmigo.

En la casa de muebles superfluos de los papás, supo que su vida nunca sería como la proyectó en su adolescencia de piercings, de moto trucada por la playa de Sant Joan. *Así que soñaste con mi cuerpo desintegrándose bajo un sol infernal, con gusanos horadándome la barriga, con los picos de pájaros asomando a mis cuencas.*

Al despertar, Victoria se limpió el sudor de la frente. Todavía no había amanecido. Calibró la casa: en calma, todos dormían. Manteniendo la respiración, descendió un piso, agarró un vino de la bodega y lo descorchó con precisión. Mientras el alcohol respiraba en la mesa de la cocina, cogió un chato –algo sucio en los bordes–, y vertió el líquido rojo. Sin siquiera sentarse, tragó. Llevaba tanto tiempo sin beber… Sintió como todos los poros se destapaban al

mismo tiempo, las compuertas que se habían cerrado en la cabeza se abrían.

Con la vista en los cristales de la puerta que comunicaba con la terraza –que requerían una buena limpieza– escuchó el inconfundible crujido de la escalera. La silueta fantasmagórica de la tía Sara, las concavidades de los pómulos como grutas en la noche, y aquellos surcos debajo de los ojos que colgaban hasta el cuello, se cruzó de brazos en postura marcial. Después del agrio rapapolvos –«¡Pero tú estás loca, chiquilla!, ¡no puedes beber con la laringe irritada!»–, mientras Sara guardaba el vino en la alacena y recogía el chato para fregarlo, Victoria se retiró muda con todas las réplicas rebullendo como si la mente fuera una olla exprés.

¿Por qué a pesar de todo lo que había hecho la tía por ella, Victoria la odiaba? Su presencia en el mismo lugar bastaba para que sintiera su respiración en el cuello. Era la oreja de la casa. «Te crie yo», repetía, y cuando lo hacía delante de los padres de Victoria, estos callaban y miraban a la tía como se mira a un loco. Ambos reconocían que la tía los había ayudado cuando no podían recoger a sus dos hijos del cole, hacerles la comida o llevarlos al médico; «pero de ahí a criaros…», completaban levemente heridos.

Cuando Victoria era una niña, la tía pasaba largas temporadas en casa. Al trabajar mucho sus padres, no era extraño que se ocupara de ella y Abraham. Victoria nunca olvidará la tarde en la que la tía la sacó de casa con tanta urgencia que se olvidó calzarla de calle. En cuanto Victoria, un *mico* de cinco años, exigió dar media vuelta para quitarse las pantuflas, la tía se negó, que llegaban tarde. Durante el camino, Victoria la odió en silencio mientras confiaba en que se le cayeran los pies de golpe, habría preferido amputárselos antes de cargar con la vergüenza. Incluso con los ojos cerrados sentía las miradas en sus minúsculos, que en su imaginación crecieron enormes, pies de fieltro. «Pero ¡qué haces, hija!», ladró la tía salvándola del brazo cuando Victoria tropezó, «¿Qué haces con los ojos cerrados?». Victoria se limitó a abrirlos y a odiar a la tía.

Cuando era adolescente solía fantasear con ella delante que las esquelas del periódico llevaban su nombre impreso: la tía había muerto, imaginaba al tiempo que olía el jabón de lagarto que emanaba la piel de Sara.

Por ese olor, se le dispararon las sospechas a Victoria. Aburrida, sin poder salir, sin ser capaz de escribir nada nuevo, corregía el manuscrito. Una mañana le extrañó que dos páginas que había editado el día anterior estuvieran traspapeladas. Olían a Sara. ¿Quién le había dado derecho a hurgar entre sus pertenencias? Aunque algo le divertía: imaginarla escandalizada por los encuentros sexuales que había detallado con esmero.

A lo del manuscrito, se unió la obsesión para que comiera porciones ingentes de comida y la bronca que le echó al pillarla practicando yoga: «¡Tienes prohibido hacer deporte, loca!», riñó a Victoria, a quien le fue imposible convencerla a través de la pizarra de que algunas *asanas* podían acelerar la sanación de las cuerdas vocales.

Victoria escarbó en las fotografías. Le sorprendió encontrarse con un ser que no recordaba: una niña con hoyuelos y rizos, una niña de cinco, seis, siete años delgada y sonriente. Era preciosa. Tan segura. Nada que ver con la chica regordita y tímida que recordaba. Es cierto que a los siete años la sonrisa se había desvanecido casi por completo, solo aparecía tímidamente en la comisura, como si alguien tirara de una cuerda y levantara un poco el labio.

Incluso de niña tenía la facultad de parecer personas diferentes en fotografías distintas. Con once y doce años, no estaba delgada, pero tampoco obesa. Una lágrima le mojó el rostro antes de unirse a las que adivinó en una fotografía detrás de la máscara de sus trece años. A partir de los dieciséis años, la metamorfosis:más fina, con ojos más grandes y palidez de hada, su propio mito con las mismas lágrimas un poco más soterradas.

Es curioso cómo el maltrato nos tornea más que el metabolismo o las hormonas. Sobrevivió a los años de acoso y jamás volvió a hablar de ello. Ahora se da cuenta de que el silencio no fue jamás un fiel escudero: todos aquellos años en los que se lo puso como coraza

pesan, duelen las contracturas y las lesiones que desconoce cómo sanar.

Y el bip, bip que solo suena para anunciar mensajes de Pati. Y la vibración del móvil que solo la despierta para avisarle de que tiene 114 seguidores nuevos en Instagram, Twitter y Tumblr, que la foto que subió ayer con el pijama gustó a 216 personas, que tiene 46 comentarios sin responder.

Carlos. El mohín de Elvis, la expresión de niño mimado, la mata de pelo. Por las noches, en la cama, Victoria se baja los pantalones, las bragas, mete la mano, se masturba y patea sin querer a Olimpia, la gata. Se acaricia, pulsa, moja y vuelta a galopar. Imagina a Carlos entre sus piernas. A Adán entre sus piernas. A desconocidos. Cuando intuye el orgasmo inspira. Lento. Más lento. Al trote, suave, sin prisa. Ha aprendido a bridar a la yegua, a redoblar con la respiración la intensidad del salto. A que la carrera no termine abrupta, sino en un vuelo pausado que roza el suelo con delicadeza y elegancia.

Pero la soledad la intoxica. Así que vuelven las noches en vela y el vacío Camus y un nombre rebota contra su frente una, dos, tres mil veces, hasta que la oscuridad la mece en un duermevela. E insomne, lo convoca. Repite sus nombres, se esfuerza en asirlos, en retenerlos, pero las letras se le evaporan entre las sábanas.

Semana Santa. Por la ventana se cuela un aire marino, pesado y fresco. Adolescentes dejan esa zona residencial en moto, se escuchan sus risas; pasan coches con las ventanillas bajadas y la música se le cuela a Victoria en la cabeza, *Like the legend of the phoenix, all ends with beginnings, what keeps the planet spinning.*

Quedan nueve días hasta la revisión.

Y el móvil sin vibrar.

Victoria piensa en Dani, su amor alicantino.

Desbloquea el teléfono, entra en el wasap de Dani. ¿Y si sigue con Paula? Lo entierra en un cajón, da vueltas en la cama. Pero ¿y si ya no están juntos?

Y le escribe el primer mensaje en meses.

Por la ventana, antenas, nubes, cables mezclados; bolis, un Moleskine abierto, por los aires; *Transmetropolitan,* la *Trilogía de Nueva* York en las paredes; los muebles en el techo, las lámparas en el suelo.

Y Dani en Victoria, y Victoria en Dani. Delante, atrás; arriba, abajo; derecha, izquierda. En bucle y del revés. La naturaleza se esmeró con Dani y las sábanas también ruedan. A Victoria siempre le gustaron con barriga. Rayas sobre el disco de Babes in Toyland; el de los Porno For Pyros en un armario, «*Pets!*», se le escapa a Victoria con un hilillo de voz y se lanza a cazarlo, pero, Dani la intercepta, «¿Para qué si podemos pinchar en *streaming*?». La empotra contra el colchón. Desliza jeroglíficos en las ingles, convoca las contracciones, las exige, «Déjate hacer, quiero que disfrutes», *pero cuanto más lo nombren, más te rehuirá el orgasmo.* «Relájate». Él no lo capta, no lo sabe, no se entera de cómo funciona Victoria, ni siquiera durante el segundo en el que se cruzan sus miradas, el segundo que tarda Victoria en desviar los ojos.

Cuando el universo recupera su eje, Victoria se pone triste. Los planos encuentran su lugar y recuerda: la operación, la tía Sara, la comida familiar, Semana Santa, Paula. Se despide con el corazón amordazado. Otra vez marcha con una camiseta que le ha dejado Dani puesta. Intenta convocarlo en el roce del tejido sobre la piel.

La operación, la tía Sara, la comida familiar, Semana Santa, Paula.

Al enfilar el corredor, Victoria no mira atrás. Desciende los peldaños como si huyera de un espectro y se alecciona, no importa, volver con Dani no ha sido importante. Su novia, Paula, regresará en unas semanas. Cuando ya no quedan escalones, aminora la marcha. Frente al portón de madera siente la urgencia de voltearse. No le basta con el olor en su camiseta. Le gustaría que Dani estuviera ahí. Que la besara.

Nadie, solo la oscuridad que por el cansancio Victoria atraviesa con ojos de miope. Coloca la mano en el picaporte, pero no gira. Rastrea el interruptor. Pulsa. Es el de la luz. Otro ruido la obliga a girarse. Desea, desea, desea.

Nada.

Y otra vez a por el picaporte. No hay duda, cerrada. Vuelve sobre sus pasos y a la derecha, debajo de un espejo –pelo enredado, ojeras filosóficas–; da con el interruptor. Cuando va a pulsar, siente su presencia enraizar hasta ella.

Dani, una manta a la cintura, la contempla desde el pie de la escalera. Sonríe. Entonces, a Victoria, haber vuelto con él le parece lo más importante del mundo. Corre a abrazarlo. Dani sujeta con una mano la colcha y con la otra, le revuelve más el cabello. Mirándola directo a los ojos, la besa. La presión es suave; el intercambio, largo. Victoria siente el fuego entre las piernas.

En cuanto se instala en el asiento trasero del taxi, se echa a rezar. Que no me cruce con nadie –la voz gangosa–, que no haya nadie despierto –las hileras de chupitos–, que no me encuentre con Sara –el rímel corrido–, que no me pregunte, las carreras a los baños. Suplicante, introduce una llave en la primera cerradura; otra, en la siguiente; la tercera, en la última; cruza el zaguán a cuatro patas –los acusadores ojos de los retratos familiares en la espalda–; encorvada introduce el código de desbloqueo de la alarma. Un crujir de madera le hace alzar la vista. Sara. El insomnio es genético.

Victoria se queda petrificada observándola descender por la escalera. El jabón de lagarto rodando peldaños abajo. *La abrazarías, pero no debes porque la noche palpita en ti.*

Sara pregunta y Victoria no contesta; Sara dice y Victoria no contesta; Sara pregunta y Victoria no contesta; algo sobre el alcohol, el tabaco, las horas. Algo sobre la operación, las cuerdas, la voz. Algo sobre el trabajo, el futuro, la vida. Las lágrimas ruedan por las mejillas de la tía Sara, *¿cómo no empatizaste?, ¿cómo no la abrazaste? ¡Ah!, ¡sí! El otro amor. Da. Ni de delantero en la foto que os sacó la tía después de un partido de fútbol del cole.* Victoria posa con un dedo sobre la boca, un gesto que actualmente repite ante la cámara; el pelo en ondas. Dani tan blondo y pecoso como anoche, con la mano a modo de visera, la misma estrategia para protegerse del sol que Victoria le ha visto emplear al amanecer.

Desangelada la habitación, con la veladura del cuerpo al que echa de menos, tiritera entre sábanas, Victoria tose, esputa, palpa la camiseta de Dani y recuerda.

Mierda, el sujetador.

Una llamada la despierta, al otro lado del móvil, Pati. Victoria, que no debería hablar todavía, contesta con poco más que monosílabos. Que qué hace. «Dormir». «¿A estas horas?». «Qué horas». «Son las 14:30», «¡Las 14:30! Mierda, la comida familiar… Luego te llamo».

Sonámbula, con pasos fantasmales, Victoria desfila entre la familia. Saluda y se sienta a la vera de su hermano, que cómplice le guiña el ojo. Victoria no habla, casi ninguno habla. Cuando Sara la mira, Victoria rehúye su atención.

Al terminar, regresa al cuarto. Doble giro de llave. Sueña a gran velocidad, imágenes como de videoclip: una casa, decenas de gatos, y ella que es incapaz de evitar que se escapen, que mueran atropellados o envenenados.

Marca el número de Pati. «¿Mire, no pensabas decírmelo?, ¿acaso no soy tu mejor amiga, fotre?». «¿El qué? Y no me llames…». «Pues ¿qué va a ser?, lo de Dani», replica Pati con un «eh» final. «¿Hace mucho que os líais?». «No sé, es que ha sido intermitente». «¿Pero, la primera vez cuándo fue?». «Hace un año, o así». «Ah, pues Xabier dice que hace más de tres años». Ni siquiera con el dedo índice sobre la boca, Victoria logra evitar que se le escapen dos mierdas: «¿Xabier lo sabe?». «Lo saben todos». «¿El qué?», responde Victoria por responder. «Pues ¿qué va a ser?, lo de Dani».

Más que lo sepan los del cole, más que se lo digan a la novia de Dani cuando vuelva, lo que más la atormenta es que Dani les cuente lo del sujetador. Pati, intrigada: «¿El sujetador?». Hilvanando penosamente, Victoria musita: «Pues…, lo del sujetador… es… que».

Por cómo suspira Pati al otro lado, Victoria entiende que no es por impaciencia, pues bien conoce los tiempos de Victoria y que está convaleciente por la operación de las cuerdas vocales.

Después de mucho farfullar y poco aclarar: «Es que se me olvidó en su casa». «¿El qué?». «Pues eso, el sujetador», contesta Victoria. «¡Ah!», dice Pati que pega una larga calada al porro y parece atajar el silencio como puede: «¿Y cuál es el problema?, ¿te gustaba mucho o algo?». Victoria lloriquea: «¡Que tiene mucho relleno!». La

carcajada de Pati le obliga a despegar el aparato de la oreja. Victoria fija la atención en el gotelé del techo, mucho más fino que el de la capital y rápidamente ubica las siluetas, Saturno antropomorfo, como la cara luna de Méliès. Pati convulsionándose por la risotada, la consuela. Que qué más da. Que en todo caso, es una suerte, la prueba definitiva. Así sabrán si ha madurado en estos años. Si se lo cuenta a los demás, se desvelará como un crío. Victoria resopla. «Pero… ¿nos vieron o qué?». «No. Lo que se dice veros no os vio nadie. Pero intuirlo, lo que se dice intuirlo, lo intuyeron todos. Además, lo ha corroborado tu hermano». Y de repente, Victoria comprende por qué Abraham le ha guiñado el ojo en la mesa: lo vio anoche en el Black Dog.

«Pues eso, que tu hermano se fue de la lengua y se lo dijo a Claudia, que se lo debió decir a Xabier que ya lo sabía y que también se lo debió decir a alguien más que se lo dijo a Marcos que fue el que me lo dijo a mí». «¿Que se lo dijo a la alemana?». Victoria relincha. Por alguna razón recuerda el Club, los flácidos, Claudia, la faja. El sujetador con mucho relleno. La vergüenza.

Pero nada de eso evita que vuelva a llorar al no recibir noticias de Carlos, que vuelva a quedar con Dani. Que vuelva a comprobar que un clavo quita a otro clavo, que a rey muerto, rey puesto.

En el exterior, granos de polvo salino, coronas de palmeras sacudidas. Junto a la moto de Dani, Xabier; la situación le divierte. Tantos años después, parece decirse, y ahora estos… A Victoria también le agrada. Estaba escrito, es como debe ser. Quedamos pues en el Cure, sugiere Xabier. Vale. Pero Victoria adivina y vuelta a morder el labio: Dani y ella escaparan a otro bar; ¿el Chichón, tal vez? El Chichón. Victoria se pierde, mientras elucubra, entre las pestañas rubias, la piel morena de Dani y no puede evitarlo; mentalmente, tararea: «Tu piel morena sobre la arena, nadas igual que una…». Guapo, siempre fuiste guapo, aunque se nota que te tienes descuidado, las arrugas, las manchas, la barriga. Es como debe ser. Dientes fuertes; seguramente lo haga con menos asiduidad y en menor cantidad que Victoria en Madrid; Madrid, por eso, bebe

hasta caer, en especial después de Adán meneándosela en la cama, a su lado, después de que lo rechazara; en especial, después de despertarse con la polla de Adán dentro después de que le dijera que no le apetecía. Cansada, cansada de las madrugadas de bíblico síndrome de culpabilidad con tíos entre las piernas. Cansada de no recordar qué pasó entremedias, «¿te enrollaste con alguno?». Cansada de los encuentros con hombres que le doblaban la edad, que pagaban cenas en restaurantes con estrella Michelín, masajes a cuatro manos, faciales oxigenantes, bolsos de Loewe; todas esas cosas que dice que ya ha dejado atrás. Todas esas cosas de las que dice estar harta pero que de algún modo echa de menos.

Victoria recorre las pecas de Dani, tan irregulares y, de pronto, siente el roce frío en la mano. Un casco que Dani le tiende. Victoria lo examina con suspicacia, lo coje dubitativa, se lo coloca. Mierda. Siempre se le resiste el enganche.

Dani presenta: «Esta es Scirocco». Victoria mira el asiento (de sport) y el manillar (elevado, muy elevado). En la cabeza: *le strade… piene di quel lucido scirocco… la realtà abusata…* Mientras Victoria forcejea con el mecanismo del casco, Xabier, voz en apariencia despojada de intenciones, anuncia, Dani también escribe. Victoria interroga a Dani con los ojos mientras reza para que el combate con el cierre del casco se resuelva a su favor. Sin dejar de pelear con el mecanismo, Victoria gime: «¡Pero, si no me ha dicho nada!». «Porque son tonterías», responde el interpelado. Y sin añadir ni una palabra, Dani pasa a abrocharle el casco. «Que están bastante bien», opina Xabier que los abraza y permanece clavado en el sitio hasta que el ruido de la moto se apaga*, dietro allo specchio segreto d'ogni viso, dentro di noi.*

En el Chichón, mal sentada en una banqueta, a Victoria le dura la sensación de apertura, de libertad, ese poder ver más allá de los edificios, ese espacio que se abre entre las palmeras y la ronroneante brisa del mar. Alacant, ciudad que mira a las olas, con esa luz tan mística que todo lo baña. En tres días vuelta a Madrid. Se acabó el posoperatorio.

–Pues entonces, pide la excedencia, y te vienes a Alicante a escribir. ¿Mire, no dices que estás harta? –sugiere Dani.

Las pupilas de Victoria se retraen como las de un conejo momentos antes de huir de un cazador. No quiere que Dani la llame Mire, pero como para Pati, como para sus padres, como para su hermano Abraham o para la tía Sara, siempre será Mireia. Regresar a Alicante, dejar Madrid, centrarse en el libro. *¿Pero cómo escribir lejos de lo que quieres retratar?* El sudor, el cielo de Adán. La pierna ametrallando el suelo de Adán. Las patillas, la ingente mata de pelo, la camiseta de Fred Perry de Carlos. Los pisos con suelos inclinados y vigas torcidas, con esquinas abuhardilladas que en un despiste se cobran tu cabeza. Los dibujos de bocadillos, gambas y cañas en las vitrinas de los bares. Las servilletas estrujadas con huesos de aceituna en el suelo. Los edificios que se reflejan en las ventanas de otros edificios. El ERE del periódico del que se ha librado, ¿y si hay otro, y ella está de excedencia?

–Pide la excedencia, y vente para acá –insiste Dani.

Victoria sonríe y hace un gesto que bien podría ser un sí o un no. Dani la atrae cogiéndola de la cintura, la besa. La música los cubre y las olas rompen en el corazón.

Sara, manos en las caderas, lloriquea por obviedades: «¿Otra vez has salido?, y encima vas borracha, seguro que también te has drogado, ¿no te das cuenta de que estás poniendo en riesgo tu salud? No te hagas esto. Ni te sacrifiques por hombres. No te merecen. No tires tu vida por la borda. No hagas como yo. Céntrate. Construye una carrera. Piensa en ti». Victoria se desliza como un gato entre ella y la barandilla y, muda, sube la escalera.

Doble vuelta a la llave. Sueños a voluntad.

Las escenas se sucedían a la velocidad del paisaje por la ventanilla del tren. La excedencia, la tía, los padres. La discusión, Sara, Alba, Javier. Al menos en Madrid, en casa de una amiga, espera Totoro. Qué ganas de achuchar al gato.

Pero la excedencia, la tía, los padres, la pelea. En la casa de su infancia. Donde los sueños se gestan, donde los sueños se derrumban. *A house is not a motel*, pero ella duda que algún día les diga eso a sus hijos. Duda que alguien la haga madre.

–Tienes casi cuarenta años. Ya es tarde para convertirte en novelista y vivir de ello. Tienes suerte de que no te echaran del periódico.

–Piensas que no valgo, pero yo sé que sí valgo, tía.

Lo que más molesta a Victoria es lo que sigue, también sus padres la abandonan.

–¿Por qué no sigues escribiendo en tu tiempo libre? No te va mal con la poesía…

Victoria les explica que hay mucho estrés en la revista, que la jefa los maltrata, que muchas veces para ir a la redacción tiene que tirar de orfidal, que varios compañeros se sumaron al ERE voluntariamente, que para centrarse en la novela, necesita una rutina. Entonces les habla de la excedencia.

–¿Una excedencia?

–¿Con la que está cayendo?

–Ni indemnización te iban a dar.

–Tú estás loca.

–Ya no tienes veinte años.

La tía le repite que escriba en su tiempo libre; su madre, propone, por las noches, antes de ir a trabajar, los fines de semana; su padre le dice que no arriesgue, y la tía Sara que escriba cosas divertidas, cosas que entretengan: «Demasiada crisis hay ya para que estés con dramas y sexo».

Victoria podría mandarlos a la porra como cuando tenía diecisiete años y se escapó de casa para vivir en Madrid. Pero ya no es la misma. Ya no es Mireia, ni tan siquiera Victoria. No sabe quién es.

Me creíste más vulnerable, tonta, fea; te creíste mejor que yo. ¿Qué has conseguido en estos años? ¿Qué nos has dado? Esa felicidad tuya que solo dependía del deseo de los demás y no del nuestro; ese voy a ser la más deseable para poder ser; ¿y dónde quedaba nuestra autonomía? Me borraste porque yo era la niña buena, la rellenita, la marginada; te llamaron guapa, y me ahogaste

en aquel mar, orgullosa de tu nuevo yo –pero solo eran escamas–; eres mucho peor que las enemigas de la urbanización.

«Próxima estación, Albacete Los Llanos…». *Ya no eres la misma. Las clavículas de Adán, la pierna taladrando el suelo; nueve minutos, nueve minutos,* Irreversible*; rojeces en las nalgas, más trazado sobre la piel; despertar con la polla de Adán dentro después de que le dijeras que no te apetecía; una mañana de bajar a comprar el periódico, te lo cruzas; ningún taxi libre, todo se reduce a dos movimientos: subidón, bajón; era guapo, Enrique, con el pelo churretoso, pero guapo; «Dime: ¿eso que llevas es una falda o un cinturón?»; te arrastra a la cama tirando de la coleta, vuelves en ti en la entrada de un after, ni idea de qué ha pasado entremedias, pedazos que funcionan en Internet, no en un libro; un ERE, la crisis; tres semanas muda, tres semanas escuchando que las chicas guapas, aún más guapas calladas.*

Y, de repente, el bip. Carlos, que por qué no quedan para un cine.

2017
Madrid

Atardece sobre las fiestas de San Isidro; olor a gallineja, a porras, a choricete. Y la exaltación de cada mayo: Victoria quiere follarse a los chicos con claveles en los bolsillos; a las chicas que se dan la vuelta para admirar a esos mismos chicos. Pero Carlos grita:

–Deja de repetirme que no estás enamorada. ¡Es lo de menos!

–¡No es lo de menos! ¡Y no me cortes!

Carlos se lleva las manos a la cabeza.

–A ver, ¿por qué no es lo de menos?

El fluir de los transeúntes, pendiente arriba, pendiente abajo, desconcentra a Victoria. Como siempre que quiere expresar una idea que vuela por la cabeza, en el aterrizaje, la estrella.

–Pues porque me gustaría…, me gustaría que…

–Yo también quería dejarte, pensé en hacerlo antes de marcharme de vacaciones en Semana Santa.

Victoria bufa.

–Sí, claro. ¡Venga ya!

En un partido en el que la pelota va cogiendo cada vez más rapidez:

–¡Déjame hablar; ¡joder! ¡Que no he terminado!

–¡Pero si todavía no he dicho nada! –lamenta Victoria.

–¡Nunca me dejas hablar! De hecho…, ¡nunca dejas hablar a nadie!

Esas palabras la silencian. Permanece muda, esperando a que Carlos actúe. Victoria quiere que todo termine, pero a la vez desea vengar el tiempo que han perdido. El tiempo que no ha estado con Adán. Pero se fija en las patillas, el hoyuelo y se siente caer hacia el recuerdo, así que, a punto está de besar a Carlos*. Te gusta, ya no te gusta, te gusta.* Pero, en vez de eso, Victoria ordena:

–Bueno, habla de una vez.

–Pues eso, que pensaba dejarlo antes de las vacaciones, pero mis amigos me lo impidieron. Ya ves, lo de terminar no es solo idea tuya, chiqui.

Al reprender Victoria el camino, Carlos la imita: asfalto encharolado por el alcohol. Enfilan una cuesta de episodios pasados cuando Victoria frena.

–Cuando me planteé dejarlo, no me pareció lo correcto. Seguía pensando que eras un tipo increíble y esperaba…, llegar a ti, que te abrieras, conocerte. Pero nada de eso ha sucedido. Y me toca ser since…

–Mis amigos me decían –engarza Carlos sobre el «-ra» de Victoria–, no lo hagas, no lo dejéis, daros un tiempo. Pero yo –y aquí ralentizó el ritmo del discurso–, yo sé que es imposible. Porque sigues pillada de Adán.

La risa de Victoria se mezcla con los sonidos bailongos de Corizonas que a punto están de terminar su actuación. Victoria la ve desgajarse, crecer y calarse de sombras. Carlos palidece. Por cómo la mira, Victoria intuye que no sabe si lo que ella dice luego viene a conceder o a negar.

–Yo también; también comenté con mis amigas antes de que te marcharas que lo suyo era dejarlo, les dije que lo nuestro no funcionaba y me di tiempo para reflexi…

–Chiqui, quiero que sepas que yo siempre te he sido fiel –intervino Carlos, hablando sobre el «-onar» de Victoria–. No te he faltado nunca al respeto.

Sobre el «-peto» de Carlos:

–¡Genial! Salgo con un experto en poliamor y me habla de infidelidades: estábamos en una relación abierta. A-BI-ER–Bueno, eso no es del todo así, porque…

–Lo cierto es que no hay quími…

–No eres la mujer de mi vida. Y eso lo sé desde hace ya bast…

–Nunca he estado enamorada de ti, nunca lo he tenido claro. Ni siquiera al principio. Y eso me sorprendía porque, ¿no es al principio cuando más ilusionado se debe estar? Siem…

–Ya, a mí me pasa…

–…pre nos lo hemos pasado bien, eso es ver…

–…ba. Sí, sí, eso es ver…

–…dad… Pero dijimos que éramos novios por…

–…verdad. A ver, a mí me gusta…

–…que nos convenía. Y nos venía bien porque nuestros ex también tenían par…

–…bas mucho. Bueno, eso ya, no sé…

–…eja. Pero para estar simplemente bien, mejor no estar, ¿no?

–Todo esto para decirme que sigues enamor…

–…trar…

–…ada de Adán.

–¿Cómo? ¡Ni de coña! –y la estupefacción se acalla en una balsa que a pesar del sosiego fingido está a punto de zozobrar–. ¿Tú crees? No sé, tal vez –y Victoria repite «puede» un par de veces más. Los mensajes de Adán, las cartas que le manda a casa. Los dibujos, los regalos. Los te echo de menos. He cambiado. Qué guapa estás.

–Bueno, no pasa nada –la tranquiliza Carlos.

Victoria se traga el «sí pasa», y se perfora el labio con el incisivo. Le falta un trocito. Recuerda la noche en la que su dentadura se estrelló contra la de Carlos.

Es de madrugada y a ella las venas le burbujean de deseo. Carlos la invita a internarse en él y ella, que se cree mar, intenta fundirse. Pero el golpe de los dientes…, la fina lluvia de arena… Esa esquina hueca en el incisivo. En el amor, como en aquel beso, Victoria lleva las de perder, por bruxista. En el amor, lo sabe, no se trata de competir, pero aquí está Victoria en las Fiestas de San Isidro vociferando su flato en una pendiente.

Toca el diente roto con la punta de la lengua, la desliza por el hueco, y cuando aprehende el llanto, se empaliza recta como una farola.

Examina el cielo: un solitario pájaro escapa y Victoria se acuerda de cuando Carlos la arrinconaba en la cama, obsesionado con hacerle la cucharita. Qué pesado con la cucharita. Rememora cómo la orillaba hasta el borde, donde acababa por cazarla. La abrazaba hasta que se dormía. Victoria no piensa en el calor, ni en las veces que despertaba contracturada. Escucha otros pájaros por encima de

la música y se acuerda de que los amigos la esperan en una terraza. El resto del guion es fácil de interpretar.

–¿Amigos?

–Amigos –asiente Carlos.

Pero cuando Carlos se acerca, Victoria le da la espalda y tira calle arriba y, mientras anda, destila el tiempo que se le ha ido hacinando en las rodillas.

Piensa en las paellas abortadas –lista de la compra esbozada de after, por lo que al supermercado nunca llegaban–, en las disquisiciones literario-amorosas: Cortázar buscando a la Maga en París, habían proyectado recorrer juntos sus puentes; la relación entre Casares y Camus; el mito de la pareja (Oona y Salinger) que nunca pudo ser.

Piensa en los inútiles debates sobre fotografía alrededor de un porro que nunca terminaban porque siempre se apagaba, en la simpática manera de Carlos de pedir que se lo pase; «*ma hai mangiato pollo?*». Rememora los folleteos sobre las sillas y hasta echa de menos la manera en la que Carlos usurpa el mohín de Elvis, la mitad del labio torcida.

Lo recuerda hablando por encima del plato del desayuno, manchado de ceniza; lo recuerda, probándose vaqueros en el Rastro, en pleno invierno, detrás de dos amenazantes montañas de jerséis, «¡Se van a caer!», y a dos clientes sacando suéteres de las columnas; «¡Se cayeron!».

Carlos, solicitando cuatro chupitos para dos en una barra de codos que se entrechocan, se envuelven, se enrollan.

Carlos, enseñándole a correr por el Retiro; levanta la rodilla, así, muy bien; pisa con la punta, no con el talón, no te vayas a lesionar como ya me ocurrió a mí, y tengas que llevar esta rodillera. Y cuando alcanza la cima, mira calle abajo pero Carlos ya no está.

Ojalá pudieras despeñar todo ese tiempo cuesta abajo. Ojalá pudieras ver cómo ruedan los recuerdos más allá del horizonte. Hic sunt dracones.

Pero los amigos aguardan en una terraza, y no es plan de hacerlos esperar. Nada más entrever el avispero de brazos por encima de la mesa, Victoria se siente en falta.

Madrid.

Le debe una al laberinto de calles, de esquinas que unen el cielo al techo; a las gentes coloreadas por los encuentros –cualquier hora es buena–, que destejen por la noche las mortajas que tejen por el día, a los amigos que desandan a esas horas los caminos que han recorrido por la mañana. Aunque a veces se sienta desligada, aunque a veces, barullo, soledad.

¿Y si fue culpa tuya? Arruinas toda relación, con nadie alcanzas la complicidad. Te dejan, los dejas, os dejáis; se van, vuelven, se marchan. Adán dice: «Te echo tanto de menos, que si no quedamos voy a arrancarme una uña».

Y, «¿es que no recuerdas cómo nos miraban cuando paseábamos de la mano? Con admiración». Y, «¿crees que vas a follar con alguien como follábamos nosotros? No volverás a sentir como sentías por mí».

Y, «lo que nos estamos perdiendo por orgullo».

Y, «me alegra que te vaya bien con la poesía. Siempre pensé que habías nacido para escribir».

Y, «tu mejor actuación fue en el Club. Nunca supiste lo preocupado que estuve la noche que desapareciste con un tío. Yo te llamaba y él cogía: "La estoy cuidando", soltaba con acento andaluz. Volviste a las dos horas follada y con el vestido sin atar. Hay que ser muy puta para hacer eso. Y las putas suelen encontrarse con cabrones. Pueden violarte, o se les puede ir la mano en alguna práctica y dejarte jodida».

Eres única, especial, lista, guapa; escucha, lee, mira, recuerda…

Victoria no responde. No responde. No responde. Hasta que no puede evitarlo.

Todavía no ha llegado el taxi a la puerta del Club, y Victoria ya nota la precipitación, los latidos en la garganta. Intenta desenrollar el billete en el monedero. Pero los 20 euros se envuelven también

fuera de la cartera, así que, cabizbaja, se los entrega hechos un turulo al conductor.

La cola para entrar al Club dobla la esquina. Victoria esquiva conocidos y se deja besar muy cerca de las comisuras por el portero. Total, es la última vez. el Club cierra.

Para abrir hasta las seis, como hacía desde los noventa, ahora se necesita una nueva licencia, la que tienen equivale a cerrar a las 3:30 a. m. La crisis, los impuestos, la reducción de aforo y dos policías apostados religiosamente cada noche a la entrada terminan de frustrar a Felipe. Es la última noche del Club. La fiesta de despedida. Y, como Victoria augura, su reencuentro con Adán.

El Club huele a un secreto que ha estado guardado en un altillo demasiado tiempo. Se arrepiente de no haber venido acompañada, de haber roto con Carlos. *Colgada de un brazo te sentirías más segura, ¿por qué?* No es ni medianoche y ya no cabe un alfiler. Corrillos, gente apretujada que bebe, chilla y canta. Purpurina en los labios, algún tutú y varias camisetas de rejilla. Flota un ambiente de verbena. Lenguas enredadas en lenguas, hielos contra dientes, saltos hasta el techo. El DJ la saluda con el mentón. Para abrirse hueco, Victoria mete un par de codazos y sube el escalón hacia la cabina. Todo cables, pletinas para cedés u ordenador, platos de vinilos. El DJ también la besa demasiado cerca. El pelo le huele a coco. *Es guapo, así que te arrimas mientras te dice al oído que llevabas tanto tiempo sin ir, que pensó que te perderías el cierre, le respondes de puntillas que eso nunca, que no te habrías perdonado no venir, pareces realmente interesada en lo que contesta, pero la única razón por la que has subido a verlo es para rastrear desde allí a Adán. El coño te late cuando lo localizas.* Lleva el pelo más largo. La camisa negra que tan bien le queda. Barba. A Victoria el corazón se le cae a la vulva.

De camino a los baños, cuerpos sudorosos le ofrecen que beba de sus copas, la invitan a mojar el dedo en bolsitas de eme, le cuentan historias para olvidar. Victoria reconoce a Coque en una esquina; a Pati en la barra.

En el baño inspecciona la sombra de ojos, le tiembla tanto la mano que se mancha de rímel las ojeras y emborrona de eyeliner el

lagrimal. Tarda más de la cuenta en arreglar el desaguisado. Repasa dos veces el pintalabios, se cuadra el escote.

Mientras el camarero la invita a un burbon, reza para que Adán no la haya visto, *todavía estás a tiempo de irte,* pero siente el peso de una vida en los hombros, como si alguien perforara el suelo con ella. Lo intuye por el rabillo. Cuando se gira, sus ojos se encuentran y el latido vulvar la tira hacia él.

Hola.

Hola.

Todo se diluye. La música, el secreto, las luces, los cuerpos, las paredes.

¿Cómo estás?

Bien. ¿Tú?

Bien.

Sus ojos verdes tragan a Victoria. El camarero los invita a mezcal. Y ellos hablan de libros. De viajes. De periodismo. Adán y ella se ríen. Victoria se siente en casa. El tiempo desaparece. Una humareda de gente en los camerinos: cuerpos amontonados en un sofá; de pie, alrededor de las mesas llenas de cedés, chupitos vacíos. Felipe la abraza. Pati la abraza. Hasta Galáctica la abraza. Adán sonríe y le alarga un cedé con coca. Amargor revenido en el paladar.

Estás preciosa. Igual que siempre. Increíble. No has envejecido.

A Victoria le entran ganas de enredar un dedo en las canas de su barba.

Al hacer hueco para que quienes desean salir, lo hagan, sus cuerpos chocan. Es el precipicio. El vacío que se abre bajo los pies. Nada como su piel. Nada como su olor. Y a cada nada Victoria se pierde un poco más.

Al salir, se reservan la esquina al lado de la barra, a la izquierda de los camerinos. Victoria intuye miradas inquisitivas. Adán y Victoria hablando en el mismo lugar en el que solían enrollarse hace diez años. A Victoria no le importa que Pati no apruebe. No le importa que Coque no apruebe. *Me sorprende lo mucho que eres capaz de beber esta noche sin emborracharte.*

El alcohol, como cuando era adolescente, baila con ella.

Victoria le dice que la camisa que lleva le trae buenos recuerdos. Con una mano Adán le quita un mechón del rostro, con la otra la jala hacia él. El corazón en la vulva choca contra sus pantalones empalmados. Durante lo que dura una vida solo existen sus labios. Sus labios que a cada segundo se hacen más grandes. Hasta que Victoria los deja de ver.

Te entiendo, Victoria, nos entiendo. Lo siento.

Victoria bloquea y desbloquea el móvil en busca de señales de Adán, desaparecido y presumiblemente de juerga desde hace dos días. Ni siquiera la acompañó anoche al estreno de la última película de Pati. Tampoco ha contestado a los mensajes ni a las llamadas. «¿Estás bien?, ¿vienes a comer? ¿Nos vemos esta noche?». Al marcar de nuevo su teléfono, otra vez el tono de apagado.

Victoria se pregunta qué hace en el piso de Adán. Ese cuarto piso con vigas de madera que en un descuido se cobran tu cabeza. Los vinilos (los de Adán), los libros (los de Adán), la hielera que le regaló Victoria, el póster enmarcado de Sonic Youth. Cuando Totoro la mira, intuye en sus ojos la misma duda. Se mudaron hace tres meses. Québonitoeselamorloslosprimerosdías. El olor a crepes de plátano y chocolate antes de despegar los párpados; las maratones de series sepultados bajo las mantas con las piernas trenzadas en un mismo cuerpo; el tiempo que se suspende cada vez que follan.

Quéamargoeselamorcuandonoscansamos. Las conversaciones a gritos de una acera a otra porque Adán se ha enfadado y la castiga cruzando la calle; las recriminaciones de Adán que dice que Victoria no tiene pudor, que todo lo cuelga online, que se sexualiza en redes.

Quéinfiernocuandonosprovocan. Las indirectas de Adán sobre una tal Sol, sobre lo bien que escribe la tal Sol, que aparte de poeta ha triunfado con una novela de autoficción ambientada en Madrid.

Hace días que Victoria no baja a hacer la compra, así que encanasta mendrugos de pan con hebras de queso mientras bebe de la botella de vino. La comida le sienta mal y el tinto, peor, así que engulle un Omeoprazol y un ibuprofeno. Aunque se ha hecho tarde, se maquilla a la velocidad a la que avanza la cola del paro en una ventanilla en España.

Ha quedado con Pati, con la novia de esta y un par de amigos más en el Pop, el local que han abierto en el antiguo Club. Preferiría pedir un chocolate caliente y ver una peli, pero su amiga ha insistido mucho: tiene algo que anunciarles.

La Latina es una gincana: manos confundidas por las matemáticas de las cañas, las dobles, los tercios. Parejas que se besan, parejas que se besan, parejas que se besan. Al cierre de la puerta del metro, Victoria suelta un suspiro que atrae las miradas del vagón. Se apea en Callao, cruza la plaza Luna y se pregunta dónde estarán los exiliados del capitalismo distópico que esnifaban pasta base. Dónde habrán emigrado ahora que han abierto una comisaría en la plaza.

Los músculos se le agarrotan frente a la fachada del Club. La han pintado de verde. Han arrancado el letrero de neón. Ahora pone Pop negro sobre blanco. Encima, toca pagar la entrada. Aunque el nuevo portero no la reconozca, podría tirar de influencias, soy amiga de; he tocado en; publico. Pero le da pereza. *Te empieza a dar pereza ser quien has decidido ser, traficar tu identidad.* Por primera vez, Victoria paga.

Dentro, ni un rostro conocido. Huele a lejía, a los baños del colegio recién adecentados. Se fija en las zapatillas Nike, en los vaqueros de corte ochentero de los clientes. Por supuesto, más jóvenes que ella; diez, quince años menos. Al pasar al lado de la cabina del DJ, Victoria manotea como si espantara moscas, pero son los fantasmas los que ahuyenta.

No es difícil moverse por la sala. Está prácticamente vacía. El Club era otra cosa: siempre lleno, la gente que juraba haber pasado más horas en la cola que estudiando o trabajando. Felipe ya le estaría poniendo una copa en la mano. A Victoria y a sus amigos.

Todos esos fines de semana en este antro *apisonahoras*. Segundos como noches y noches como segundos; uno, dos, tres días hablando, bebiendo, tomando drogas. *Os envidiaban porque querían saber qué ocurría en el camerino –ya ves, qué sitio–. Os envidiaban porque querían saber qué ocurría en la oficina –ya ves, qué sitio–. Os envidiaban porque reinabais en la barra del fondo, a la derecha –ya ves, qué sitio–. Os envidiaban porque cuando cerraban, os quedabais –ya ves, qué sitio– 24, 36, 72 horas más. Y el ruido de*

la cerradura, ¡ya está aquí Matilde!, ¡ya ha venido a limpiar!, y Felipe, como si en vez de la empleada, entrara su madre, os empujaba escaleras arriba para que salierais por la otra puerta.

Y ahora nadie os recordará.

Victoria mete un puntapié a la puerta de los aseos. Están limpios. ¡Limpios! Ni rastro de la pintura rosa y negra, ni de la mugre, ni del sudor. Recuerda la noche en la que el portero –también dealer– la encerró en un baño, la invitó a spid, y cuando Victoria estaba a punto de largarse, la retuvo: «Hazme una mamada». «¡¿Qué?!». Pero él ya se había bajado los pantalones.

Tampoco conoce al camarero. Un burbon. Junto al cambio, le entrega una tarjeta: «Para después del concierto; con esto copa gratis hasta las 2:00 a. m.». Victoria se extasía mirando el ticket, ella que nunca los necesitó. Y de pronto revive una escena de hace años.

Adán y ella beben en la barra y charlan con Toni, el camarero del Club, uno de los flácidos más hermosos que Victoria ha conocido. Relinche de la puerta de entrada. Lucía, DJ residente y novia de Toni, cruza la sala como si fuera un sargento de las SS. Besa en las mejillas a Adán y a Victoria. Cuando encara a Toni se le tuerce el gesto. Lo abofetea. Se marcha.

Así era el amor para vosotros, una guerra en la que no cabía el diálogo.

Han cortado la música; el concierto va a empezar. Dos veinteañeras con kimonos y botas de cowboy salen a escena. Victoria envidia que lo hagan solas, que no compartan grupo con ningún hombre. La propuesta, una mezcla desprejuiciada de folk y electrónica, la descoloca. Que canten en español –adiós al maleficio que hizo que muchos pensaran que en inglés todo sonaba mejor– la convence.

Fusila la entrada con miradas ansiosas. Quiere que los amigos lleguen. Quiere dejar esa noche atrás cuanto antes. Una chica con gafas y el pelo muy corto levanta la mano en señal de saludo. Victoria se muerde el labio, no sabe quién es. No saber la agota. Desconoce si las lagunas se deben al alcohol y otras drogas o a una

táctica de supervivencia del inconsciente que olvida todo lo que rodea al trauma.

Por fin, los amigos.

–¿Pero qué mierda de música es esta? –suelta Coque.

–Pues a mí me encanta –contesta Victoria.

–A mí también –asiente Pati.

Antes de que Victoria pueda corresponder con un beso en la mejilla, siente un dedo en el hombro. «Hola», la saluda la chica de las gafas. «Claro que te recuerdo», miente Victoria, con un dolor cansado en las pupilas. Cuando se va, Pati le refresca la memoria.

–Se llama Ana. Os enrollasteis hace siete u ocho años.

Victoria se esfuerza por recuperar el sabor de su boca. Pero hay tanto que no recuerda.

Cuando el dúo desaparece del escenario, se pregunta cómo será la vida en los camerinos. Seguro que ellas no se dejan dominar. A punto está de subir los tres escalones que llevan a su antiguo rincón para comprobarlo. Se imagina golpeando en la puerta de la zona vip, una cara desconocida la sopesaría y, tal vez, la reconocería, Victoria Sanz, la reina del pop, la instapoet, la influencer.

No fuimos más que humo.

Como si le leyera la mente, Pati comenta lo cambiado que está todo, lo críos que son la mayoría, lo fuera de lugar que se siente. El rictus se le relaja cuando Bea, su novia, la enlaza por la cintura. Victoria mira hacia otro lado cuando se besan. Hay tanta pasión en sus gestos. Tanta complicidad en sus miradas.

–Bueno, ¿y qué es eso que querías contarnos? –pregunta Fátima. Hace más de diez años que es amiga de Pati. A Victoria le parece atractiva, con ese lunar encima del labio. Odia las redes sociales y viste siempre vaqueros y camisetas holgadas. *Crees que no le caes bien. Que vuestros universos están demasiado alejados. Cuando sois tan parecidas. Lucháis por lo mismo desde diferentes trincheras.*

Pati se pasa una mano por la ceja libre de piercings. Hace tiempo que se los quitó.

–Unos chupitos antes –dice, y los invita.

Después de brindar por el estreno de su película, todos la felicitan. Y Pati tira la bomba.

–Chicas, lo dejo. Dejo la interpretación.

Fátima le pone la mano en el hombro, ladea la cabeza y sonríe; su novia le planta un beso en la sien; Coque suelta un «hostias».

Victoria nota crecer la bola en la garganta, la escupe.

–¿Cómo que lo dejas? –pregunta con el ceño fruncido. Pati resopla antes de contestar.

–Sí, ya está bien de hacerse la artista. Si no he triunfado, no voy a hacerlo ahora.

Te entiendo, dice Fátima. Cariño, añade su novia. Coque asiente. Victoria mira hacia los camerinos, aprieta la copa como si fuera a romperla.

Pati tiene un plan: trabajará en el hotel de su familia mientras oposita, quiere sacarse la plaza de auxiliar de bibliotecas.

Su novia la abraza, Coque y Fátima brindan. A Victoria le arden las mejillas. La bola crece tanto que la ahoga.

–¡No puedes dejarlo! Si se te da genial. Y cada vez te sale más curro –argumenta, el corazón le va a mil. Pati pestañea varias veces antes de contestar.

–Estoy harta de trabajar en la tienda para compensar lo poco que gano. Harta de no llegar a fin de mes.

–Pero si en la tienda solo trabajas los fines de semana –rebate Victoria.

–Pues no quiero seguir, fotre, y llegar a los cincuenta años agotada, fea y gorda. Me apetece llevar una vida mejor, estoy siempre sin un duro.

Os recuerdas en este mismo lugar la primera vez que pisasteis el Club, ella fichando actores; tú, avergonzada, con el pelo rizado, una niña más bien fea, una niña rellenita. Como si Pati fuera tu yo adolescente, niegas con la cabeza. Piensas en la excedencia que nunca te cogiste, en la novela que no terminaste, en tus poemas de autoayuda que triunfan en Internet. No te vale. Quieres arriesgar, dejar la revista, escribir en serio.

–Eres una cobarde. No estás lo suficientemente comprometida –dispara Victoria.

–¿Y tú sí lo estás?

–Sí. Yo escribo, sigo escribiendo.

–Ya.

–¿A qué viene ese «ya»?

–Nada, déjalo.

–No. Ahora me lo dices.

Pati se vuelve a pasar la mano por la ceja. Su novia, Coque y Fátima asisten al duelo paralizados.

–Con la poesía no te va mal, pero ¿cuántos años llevas diciendo que te ibas a coger una excedencia para trabajar en la novela?

La bola se ha hecho tan grande que raspa. Victoria siente la primera lágrima correr por el pómulo. Quiere hablar pero no le sale la voz. *Y Pati y su novia ahí mirándote. Y Coque y Fátima ahí mirándote.*

Victoria sabe que irse sin decir nada es un error. Rota hacia la salida y, con el ánimo por debajo de los pies, camina. En la calle, el viento agrieta el corazón. En el bar de abuelos de enfrente, en el que quedaban antes de ir al Club, ya hay clientes que podrían ser sus hijos. De repente, siente una garra en el brazo. «¡Ey, Victoria!, ¿te vas ya?». Por mucho que Victoria hurga, no encuentra rasgos familiares en la cara que la enfrenta. Sin saber muy bien por qué, empuja al chico al que pertenece. «¡Que no soy Victoria!», grita antes de correr en dirección al metro. En la huida, se golpea con una pareja que se besa, con otro chico que derrama la birra y con el Buitre: «Una rayita, una rayita*, nomás*».

Cuando entra en casa de Adán, tira todo lo que le sale al paso, cedés, vinilos, la hielera, el póster enmarcado de Sonic Youth. Desea rasgar el apartamento en papelitos, limpiarse el trasero con ellos. Está cansada de ser Victoria, de fingir. Se estudia las manos: manchas de sol, las venas como troncos retorcidos, las uñas pintadas de rojo. No sabe cómo salir. Cómo escapar. Cómo expulsar a Victoria. Se le descorcha la angustia que sube y rebosa. Las lágrimas diluvian por la barbilla. Y entonces, el móvil se ilumina. Por fin, Adán.

Desde pequeña, juega a saltar las sombras de las farolas en las aceras. *Si no las pisas, todo saldrá bien; si rozas alguna, matarás a*

tu espíritu. Esta noche Victoria las brinca encorvada, el recuerdo de Adán como una contractura. Necesita aflojarla con alcohol. Necesita desnudarse ante cualquiera, que la abrace cualquiera, que la bese cualquiera. El cuerpo y todos sus líquidos-gasolina la empujan, como si una mano encendiera pequeños fuegos en su interior.

Ya no queda tanto hasta el siguiente bar. Remonta las calles húmedas y estremecidas por el viento. Hace tanto frío este invierno en Madrid. Cuando entra, se percata de que no encontrará allí lo que busca. Ya no se le avivan los sentidos entre mesas de zinc y paredes de azulejos, aquellos bares con las manchas con las que los inauguraron los clientes en los ochenta le dan igual. Aunque suma más de doce horas sin comer, solo exige una caña. El camarero la estudia como si estuviera ante una especie en extinción. *Se te debe trasparentar la mala suerte.* Y los ojos saltones y las manos huesudas y la mirada suspendida en el límite.

Al menos está en terreno familiar, en uno de esos bares con baldosas de la abuela y platos con rebordes en ondas. En la pared, la fotografía de la primera comunión de un niño vestido de marinero; a su lado, el escudo del Real Madrid; al otro, un reloj de Coca-Cola. Ris, ris; cucharillas en el fondo de las tazas. Los abuelos rebañan el café. A Victoria le gustaría conversar con ellos, ser amable. Pero.

Encima, la lluvia se ha reactivado. No lleva paraguas.

Se analiza en el espejo detrás de la barra: las ojeras y los pómulos hundidos, el pelo mojado y cree distinguirlo también a él, los ojos verdes, la delgada línea de los labios, la nariz de boxeador. Pero cuando se gira, solo el humo que asciende desde un cenicero, *el mensaje que te envío desde este lado: ¡deja a Adán!, ¡deja a Adán! Rompe el círculo de las reencarnaciones. Plantándolo tú. La culpa no es tuya, ni mía, no lo es… No es culpa nuestra.*

Victoria lo imagina en calzoncillos, un cigarro entre los dedos, confiando en escuchar la llave en la cerradura, pero se ha jurado no volver. Pati se ha ofrecido a ir a por Totoro y a por sus cosas.

Pero mi mensaje no te alcanza. Esta no será la definitiva.

Victoria apura la cerveza, paga y se marcha sin tocar la tapa de pan con queso.

Sortea espectros en las aceras, todavía un trecho hasta el siguiente indicativo de Mahou.

Un hombre que está en la barra se gira al oír la puerta. No es feo. Victoria se sienta a su lado y pide un whisky. El camarero, las mejillas tiesas por el aburrimiento, se lo sirve hasta los bordes. «Otro», exige el hombre. Es moreno y tiene la voz ronca. Victoria centrifuga los hielos y encuentra la mirada furiosa de Adán en el fondo del vaso.

¿Por qué habéis discutido esta vez?

Una escalera empinada de metal, Victoria pierde el equilibrio y rueda abajo. La risa la amorata más que el golpe. Cuando alza la mirada, descubre que Adán intenta disimular la sonrisa con la mano. «¿Estás bien?», pregunta Adán antes de explotar en otra carcajada. Victoria llora en silencio. Cuando por fin él le ofrece la mano, Victoria se la rechaza. El bar tiembla con el enfado de Adán: «¿Y ahora a qué viene retirarme la mano? Estás loca. Es la última vez que salgo contigo, ¡no te soporto!, tienes muy mal beber». Adán la deja sola. Ella lo llama decenas de veces. Él no lo coge.

Victoria hace girar los hielos. Remolino abajo, Adán y ella viajan en el primer servicio de metro. Adán la obliga a apoyar la cabeza sobre su hombro. Pero Victoria está incómoda: con cada traqueteo, se le clavan los huesos de Adán. Cada vez que intenta incorporarse, él la retiene por la cabeza. «¡Que te estés quieta, coño!». Adán saca el móvil y teclea. El cuello duele, así que Victoria resiste. «¡Que te calmes, joder!». No aguanta más. Le clava las uñas y él le arrea. Victoria lo mira sin comprender. Adán no augura el manotazo. «¡Pero qué haces loca!». Del bolsillo extrae el móvil de Victoria –se lo ha estado guardando toda la noche–, lo estampa contra la pared del vagón: ¡pum!, ¡pum! Con el ruido, a Victoria le explota la cabeza.

Contempla los hielos y los ojos se le empañan. *No, todo esto acaeció hace tiempo, tras ambos episodios, os reconciliasteis.*

En el primero, tras someterla a su habitual castigo de silencio, Adán timbró a la puerta de Victoria. «¿Cómo estás?». «Bien». Follaron y vuelta a empezar.

Tras el capítulo del metro, Victoria estaba decidida a cortar. Llegó media hora antes al bar en el que lo había citado y se sentó al

fondo. Estaba repasando el discurso, cuando él entró. Adán sonrió y deslizó una planta sobre la mesa: «Es ruda…», dijo. Victoria se sonrojó y las palabras se inmolaron contra el suelo. Hicieron las paces, claro. Más besos.

¿Entonces? ¿Esta vez, qué ha sido?

Con los ojos enrojecidos, Victoria rastrea indicios de cordura, rescoldos de orgullo. Tampoco encuentra la autoestima ni el sentido del humor para reírse de la escena.

«¿Por qué no cortas el rollo?, te has pasado toda la tarde hablando sobre tus viajes. No nos interesan una mierda, ¿crees que alguien quiere saber por qué estuviste en Yakarta? La gente te escucha por educación, pero les importa una mierda qué estuviste haciendo en Indonesia, te escuchan porque estás buena, eres famosilla y quieren ligar. No les interesas más que por tu físico. Y ese rollo que tienes con decorar mi casa con fotos, ¿pero qué coño es esto?». Adán sacude una imagen en el aire; acto seguido, recopila otras dos. «¿Tú en una bicicleta oxidada?, ¿tú con un kimono japonés?, ¿medio desnuda con no sé qué hostias proyectado en la piel? ¿No te mueres de vergüenza? ¡Quita todo esto!, o mejor, ¡tíralo! Y lo de subir fotos en bikini, ¿es eso el feminismo para ti? Por no hablar de los tíos que te comentan esos posts…».

Victoria no sabe quién es él y menos aún quién es ella, solo sabe cuánto lo quiere y que no soporta las cosas que le dice. Cuando jura que es mala, que está loca y que una amiga le ha recomendado cortar, porque la gente como ella no cambia. *¿Acaso eres un monstruo? No lo eres, Vi…; no lo somos… ¿No te das cuenta de que no es culpa nuestra?*

Los hielos giran. Victoria bebe el whisky de un trago. Al levantarse, roza al cuarentón. Lo reclama desde la puerta del aseo con las caderas, con el pecho.

Una luz manchada de polvo riega el lavabo. Victoria se apoya en la pared, cerca de una ventana, y lo aguarda escuchando los coches circular.

Te lo tiraste, y la culpa que sientes me golpea con el ruido de la puerta del baño mientras te vistes sola. Pero no estás sola, estamos juntas.

2020
Nosotras

Por las ventanas del salón se cuela el rumor de la fuente de Argumosa. Para crear corrientes de aire, Mireia las tiene todas abiertas. Se escucha a los vencejos planear, a su vecina desayunar con su nueva pareja, a un chico y a su perro pasear por Doctor Fourquet. Apaga el ordenador y ojea el manuscrito. Las letras salen del papel y se le cuelan en la carne.

Más de un año escribiendo. La misma casa. Totoro. Lavapiés. Más de un año editando. Sin pareja. Cobrando el paro. Cuando pidió la excedencia, le hicieron una contraoferta: un buen finiquito por largarse de la revista. Aceptó. Al bajar en el ascensor de recursos humanos, no le hizo falta fingir sonrisas. Aquella noche durmió por fin seis horas sin sobresaltos. Pero tardó meses en sacudirse las órdenes soniquete: el tienes que, tienes que, tienes que. Tantos años repitiendo el traqueteo del metro, el detector de metales al acceder a la redacción, la cuchillada sonora del ordenador al arrancar. El tienes que, tienes que, tienes que. Hasta que una mañana tiró las pastillas de Orfidal.

Recibió la llamada de la editora hace unos días. Una casa pequeña, una casa que admira va a publicar su primera novela. Victoria mira el aire cálido por la ventana del salón. ¿Y ahora qué?

En las estanterías, los libros que ha devorado el último año. Todos firmados por mujeres, *Cambiar de idea,* de Aixa de la Cruz; *Permafrost,* de Eva Baltasar; *El verano que mi madre tuvo los ojos verdes,* de Tatiana Ţîbuleac; *Temporada de huracanes,* de Fernanda Melchor; *Voz de vieja,* de Elisa Victoria; *Las niñas prodigio*, de Sabina Urraca; *Casas vacías,* de Brenda Navarro. Pero también, *Los recuerdos del porvenir,* de Elena Garro; *Memoria de chica,* de Annie Ernaux; *Los años rotos,* de Dacia Maraini. Caminar junto a ellas la ha reconciliado con las heridas. Le ha devuelto una genealogía. Mireia es Mireia y es Victoria; Mireia-Victoria se siente Ellas.

Escoge las sandalias cómodas, el vestido mexicano; no se cepilla. Le gusta el pelo rizado, revuelto. Se protege con crema solar, se pinta los labios.

Coincide con la vecina en el ascensor, lleva la esterilla de yoga. Después de bostezar, señala el carrito de Mireia. «¿Hoy no vienes a clase?», pregunta. «Ya fui a primera hora. Ahora toca mercado, se me ha antojado una lubina a la sal». Hablan de la madre de la vecina a la que hace unos días operaron de cataratas. Se despiden con dos besos en el portal.

El sol recorta las sombras de los árboles en las aceras. Mireia disfruta cada pisada, se regodea en las historias que inventa sobre los clientes en las terrazas, les inventa una personalidad basándose en si acompañan el café con un cruasán, un pincho de tortilla o pan tumaca. Empuja el carrito y se deja penetrar por el clon, clon de las ruedas. Alrededor de los cubos de basura, juguetes, ropa, botellas, cartones… Dos chicos bajan de una furgoneta y recogen algunos enseres.

En vez de entrar por la rampa de Tribulete, Mireia alza el carrito y sube las escaleras del mercado de San Fernando con un brillo en los ojos. Ese edificio de piedra contundente, tan Madrid. Los arcos y las rejas. Las farolas le recuerdan a Max y don Latino. Las columnas en relieve. El gris y el rojo. El frescor punteado por la *charreta* de los vecinos del barrio. A Mireia le apetece mucho ese pescado a la sal. Pelar patatas, lavarlas; cortar calabacines y pimientos. Regarlos con aceite, esperar a que se doren en el horno mientras lee en la terraza.

Algo le afila los sentidos. Al principio, es solo una interferencia. Luego, el pálpito.

Adán.

A medio sentar en un taburete. Con la pierna izquierda taladrando el suelo. La mesa llena de botellines que comparte con otros hombres. Mireia no ha sabido nada de él desde que lo mandó a la mierda. Fue tajante. Hasta lo bloqueó en todas las plataformas. Y de eso hace más de un año. Pero ¿cuántas veces lo ha echado de menos? El olor a crepes de plátano y chocolate antes de despegar los párpados; el tiempo que se suspendía cada vez que follaban;

bailar después de un concierto hasta bien entrada la madrugada; el choque de las pieles.

¿Cuántas veces ha estado a punto de contactarlo? Mireia lo evita torciendo por la sección de encurtidos. Camina tan veloz que golpea una torre de manzanas y varias ruedan por el suelo. Al ir a recogerlas, se le caen las gafas de sol de la camiseta y un perro se le engancha a una pierna que Mireia sacude mientras el perro se menea hacia delante y atrás. Suspira.

Mientras separa al perro con delicadeza, se concentra en la respiración, en el aire que entra y el que sale por los orificios nasales, en el nudo en el estómago, la rigidez del cuerpo.

Afloja, se dice. Afloja.

Con la cabeza en otro sitio, escoge una dorada bien rechoncha. Antes de enfilar hacia el puesto de verdura ecológica, se para. La gente pide patatas, sopesa naranjas antes de decidirse, sonríe a los tenderos antes de pagar. También los hay que miran al suelo o a las paredes del edificio.

Mireia da media vuelta y, mientras se aproxima al bar, respira sensaciones. El tobogán de la sangre. El temblor en la garganta. El corazón a la carrera. Cuanto más las respira y más las observa, mejor circula la sangre, más baja la temperatura, más y más sonríe.

Sigue siendo el mismo, lo sé.

Hola.

Hola.

Adán le cuenta sobre el último ERE encubierto que han hecho en su periódico; que un fondo buitre ha comprado el edificio de su piso y que está buscando casa; que se va a Ámsterdam a cubrir un macrofestival, y y y. Adán le pregunta por qué no sube poesía a las redes, le extraña que no hayan coincidido por bares, que no lleve el pelo liso. Porque he cerrado los perfiles *online*, porque prácticamente no salgo, es que así es mi pelo. Ya está pidiéndole una cerveza, cuando Mireia le dice que se la beban ellos, que no le apetece. Adán baja la mano como un hincha cuyo equipo acaba de perder. Ella se despide y mientras compra pimientos, la figura de Adán regurgita. La imagen de hombre mayor, barrigudo, con entradas. El rostro hinchado, la mirada vacuna.

Y entonces me veo, Victoria, huesuda, la melena planchada, la sonrisa triste; me veo enfrentándome a él, dejándolo. La reconozco escribiéndome, escribiéndonos, Victoria, comprendiendo nuestras razones, las de tantas mujeres.

Aunque tiene ganas de llegar a casa y cocinar esa dorada, Mireia se para delante de la librería –su último poemario con su verdadero nombre en el escaparate–, e imagina que su lugar lo ocupa su novela.

Nuestra novela.

Agradecimientos

Este libro se escribió entre Madrid, Sant Joan d'Alacant (Alacant), Villaescusa (Zamora), el Bruc (Tarragona) y Brión (A Coruña), en medio del caos, pero también del silencio de las bibliotecas de la Casa Encendida, de las Escuelas Pías y del Museo Reina Sofía.

Sus células se gestaron de noche, pero es al día al que debe sus órganos. Las residencias artísticas y sus residentes (Emma, Regina, Panda, Victoria, Ben, Noa, Laura, la Jacqueline, Ely…) lo pusieron en pie. Gracias a la editorial Axóuxere por la primera beca; a Can Serrat, por la última, y por ese sueño de mujeres que compartí entre los muros de su masía. Mi agradecimiento a María Ruíz de la Casa de Belmonte por haber creído en mí.

Quien diga que escribir un libro es una tarea solitaria miente: nunca estamos solos y aún menos cuando creamos. Todas las obras que hemos y las personas que hemos conocido nos acompañan. Para esta historia, fueron esenciales las charlas con Celia Martínez Sáez, Ana García Iglesias y Adrián Gualdoni.

Gracias a mi madre por leer los primeros borradores; a mi padre, por el refugio en campos de Castilla; y al taller de Clara Obligado por el empuje. A Porres le debo la filosofía sobre la coca del primer capítulo.

Sin las amigas y amigos que no he citado aún –Chuchi, Cristina V. Miranda, Sara Martínez, Charlotte, Javier Tendero, Gloria Muñoz, Ana Sánchez, Eros Quesada, Hénar, Ben Vine, Bárbara Salus, Toni García, Lalo de la Noche boca arriba y tantos otros– este libro no sería.

Y, por supuesto, gracias, Totoro.

Imagen de cubierta

Laura Pérez es una ilustradora y autora de cómics española cuyo trabajo ha aparecido en *The Washington Post*, *National Geographic* y *Vanity Fair,* entre otros. Ha creado varias novelas gráficas premiadas. En 2022, fue nominada a un Premio Emmy por su trabajo en el diseño de títulos de la serie *Only Murders in the Building* con Elastic.

La colección **El origen del mundo** rastrea otras formas de pensar, sentir y representar la vida. Resignificamos el título del conocido cuadro de Courbet desde una mirada feminista e irónica, para ahondar en la relación entre ciencia, economía, cultura y territorio. Literatura que especula, ficciona y disecciona realidades. Sumergidas en la turbulencia, amplificamos ideas contagiosas y activamos teorías del comienzo.

Grupo asesor

Esta colección se gestó inesperadamente en una comida de cumpleaños de una amiga, a partir de la insistencia por traducir y publicar otras voces. Fieles a este espíritu original, conformamos un grupo asesor en contenidos. No un reducido comité de expertos, sino una muestra de la comunidad amplia y diversa a la que apelamos. Conformamos así una sociedad no secreta con la que compartir conocimientos, a la que escuchamos propuestas. Algunas se publican en esta colección o saltan a otra, algunas se quedan en la recámara, otras no serán. Queremos visibilizar este apoyo y asesoramiento generoso y muchas veces informal, que muchas de vosotras nos vais proporcionando.

Entre otras inspiraciones, en 2025 este grupo flexible que nos ha propuesto contenidos ha estado principalmente compuesto por:

Ixiar Rozas, Maielis González, Leire Milikua, Helen Torres, Maria Ptqk, Blanca de la Torre, Teresa López-Pellisa, Elisa McCausland, Rosa Casado, *Pikara Magazine*, Arantxa Mendiharat, Arrate Hidalgo, María Navarro, Remedios Vincent, Daniel García Andújar, Verónica Gerber Bicecci, Iván de la Nuez, Alicia Kopf, Maria Colera, Cabello/Carceller, Cristina Ramos González, Rosa Llop, Claudio Iglesias, Constantino Bértolo, Tamara Tenenbaum, Tania Pleitez, Marta Rebón, Rakel Esparza, Lilian Fernández Hall, Mariano Villarreal, Jorge Carrión, Beñat Sarasola, Katixa Agirre, Goizalde Landabaso, Uxue Alberdi, Carlos Almela, Txani Rodríguez, Mónica Nepote, Laura Casielles, Itzea Goikolea Amiano, Ana González Navarro, Mercedes Melchor, Luz Gómez, Georgina Monge López, Leire Bilbao, Elena Medel, Elisabeth Massana...

Este título ha sido sugerido por María Ruíz de la Casa de Belmonte.

www.consonni.org

Producimos y editamos cultura crítica

El origen del mundo

Suya era la noche se terminó de imprimir por Cosmos Gráfico, en Cambre, Galiza, el 26 de febrero de 2025, en el aniversario del nacimiento de Christopher Marlowe (1564), un dramaturgo, poeta y traductor inglés del período isabelino, considerado como el gran predecesor de Shakespeare; del poeta, dramaturgo y novelista romántico francés Victor Hugo (1802), considerado como uno de los más importantes en lengua francesa, además de un político e intelectual comprometido e influyente en la historia de su país y de la literatura del siglo XIX; Porfirio Parra y Gutiérrez (1854), médico, catedrático, filósofo, periodista, escritor, historiador, político y académico mexicano; de la bailarina, coreógrafa, profesora de ballet, actriz, modelo y escritora alemana Claire Bauroff (1895), cuya actividad se encuadra dentro del movimiento coreográfico alemán denominado *nackttanz*; de la escritora bengalí de literatura infantil Leela Majumdar (1908); del actor estadounidense Mason Adams (1919), famoso por su papel como Charlie Hume, jefe de redacción, en la serie de televisión *Lou Grant*; de la actriz checomexicana Miroslava Stern (1926), cuya carrera se desarrolló en México; del cantante, compositor, músico y actor estadounidense Johnny Cash (1932), considerado uno de los músicos más influyentes del siglo XX y uno de los máximos representantes de la música *country*; de la actriz estadounidense Sandy Brown Wyeth (1941), conocida por su actuación en *Easy Rider;* de la cantante brasileña María Creuza (1944), considerada la embajadora de la *bossa nova*. Por mencionar tan solo a algunas de las muchas activadoras de comienzos.



Springfield

Davydov, Sergey

9788419490636

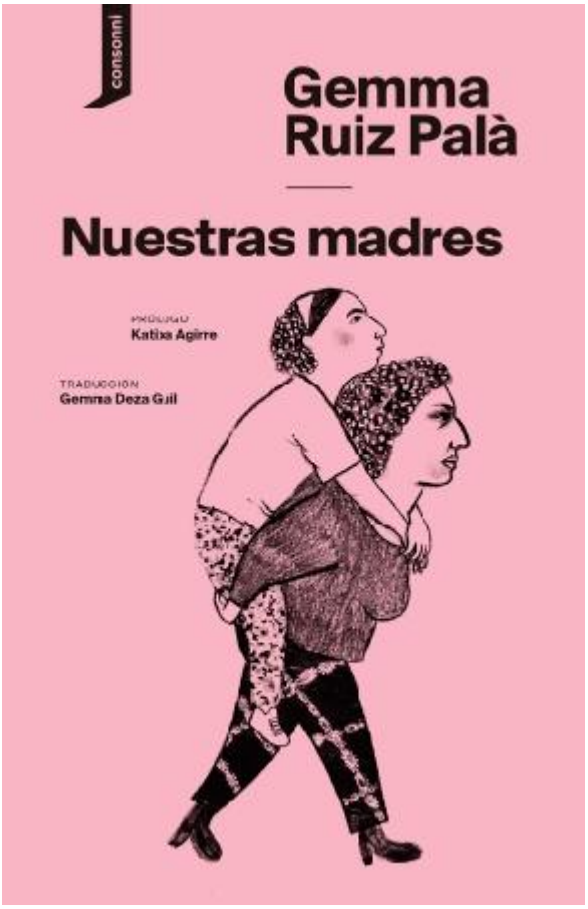
192

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Andréi y Matvéi tratan de huir de Togliatti, su ciudad natal, industrial y deprimida, con la esperanza de escapar de sus miserables familias y encontrar algo mejor en el oeste de Rusia. Jóvenes, homosexuales y sin dinero, sobreviven entre situaciones tan cómicas como trágicas,

alimentados por sueños que siempre parecen aplazarse. Springfield no es solo una historia de amor y desarraigo: es un retrato generacional, contado con humor y crudeza, de quienes crecieron bajo el peso de la represión, fuera del radar de las cosmopolitas Moscú y San Petersburgo. Prólogo de Marta Rebón

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Nuestras madres

Ruiz Palà, Gemma

9788419490346

320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La celebración literaria de una generación de mujeres que son un referente vital. ¿Qué soñaba ser tu madre? Fuera lo que fuese, casi seguro que se quedó en el tintero.

A las protagonistas de esta novela, nacidas durante la dictadura, no las dejan desplegar su talento. Pero ellas plantan cara y no se amilanan ante nada ni nadie. Y con sororidad y alegría huyen de la jaula doméstica, mantienen la pulsión artística, se atreven a lo impensable por el amor a un hijo, lideran luchas vecinales, descubren el feminismo y suben a aquellos vuelos chárter a Londres para ser dueñas de su destino.

Nuestras madres rinde homenaje a la generación que renunció a sus sueños para que sus hijas sí que pudieran escoger. Después de conocer a estas poderosas mujeres, entenderemos una cosa extraordinaria: pese a que siempre se reconozcan solo las figuras masculinas, resulta que los auténticos referentes de vida eran ellas, nuestras madres.

Novela ganadora del prestigioso premio Sant Jordi en 2022, tras 19 años sin otorgárselo a una escritora. Escrito y publicado originalmente en català, ha tenido una acogida impresionante por crítica y público en Catalunya llegando a ser todo un fenómeno literario.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Seguir con el problema

Haraway, Donna J.

9788416205424

368

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En medio de una devastación ecológica en aumento constante, la teórica feminista multiespecies **Donna J. Haraway** ofrece nuevas y provocadoras maneras de reconfigurar nuestras relaciones con la tierra y sus habitantes.

Evita referirse a nuestra época actual como el Antropoceno: prefiere el concepto de lo que llama el Chthuluceno, ya que describe más y mejor nuestra época como aquella en la que humanos y no humanos se encuentran inextricablemente ligados en prácticas tentaculares. El Chthuluceno, explica Haraway, requiere sim-poiesis, o hacer-con, en lugar de auto-poiesis, o auto-creación.

Aprender a seguir con el problema de vivir y morir juntos en una tierra herida favorecerá un tipo de pensamiento que otorgará los medios para construir futuros más vivibles. Seguir con el problema, conducido teórica y metodológicamente por el significante SF –siglas en inglés de figuras de cuerdas, hechos científicos, ciencia ficción, feminismo especulativo, fabulación especulativa y hasta ahora– consolida aún más la reputación de Haraway como una de las pensadoras más osadas y originales de nuestro tiempo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Tristes por diseño

Lovink, Geert

9788416205486

256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La tristeza es ahora un problema de diseño. Los altos y bajos de la melancolía están codificados dentro de las plataformas de redes sociales. Después de dar clic, navegar, pasar el dedo y dar "me gusta", todo lo que nos queda es el evidente y vacío resultado del tiempo perdido en la aplicación.

Tristes por diseño ofrece un análisis crítico de las crecientes controversias en torno a las redes sociales, tales como las fake news, los memes virales tóxicos y la adicción en línea. La fracasada búsqueda de un gran diseño ha dado como resultado la despolitización de los estudios sobre Internet, los cuales son incapaces de generar ya sea una crítica radical o una búsqueda de alternativas. Geert Lovink nos llama a abrazar la intimidad dirigida de las redes sociales, las aplicaciones de mensajería y las selfies, porque el aburrimiento es la primera etapa para superar el "nihilismo de plataformas". Luego, tras la bruma, podremos organizarnos para interrumpir las industrias de extracción de datos en su núcleo mismo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Tiempo de cerezas

Roig, Montserrat

9788419490384

256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Natàlia Miralpeix, la protagonista, vuelve a su ciudad, a la Barcelona de 1974, después de vivir doce años en Francia e Inglaterra. Desde el principio hasta el final de la historia solo transcurre una semana, durante la cual Natàlia se reencuentra con el pasado y el presente de su familia y con una Barcelona efervescente que vive una revolución sexual y política ante la inminente muerte de Franco. Es una crónica familiar en la que, con las voces de las mujeres como hilo conductor, Roig nos invita a reflexionar sobre el pasado, el presente y el futuro de una sociedad en transformación. Es la continuación de un ciclo novelesco que comienza con Ramona, adiós y termina con La hora violeta.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)